



¿Hacia dónde vamos?

El adventismo después de San Antonio

William G. Johnsson

¿Hacia dónde vamos?

El adventismo después de San Antonio

William G. Johnsson

¿Hacia dónde vamos? Copyright © 2017 by Oak & Acorn Publishing

Derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de forma alguna sin permiso por escrito excepto en el caso de citas breves en artículos o reseñas. A menos que se indique de otra forma, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera 1960.

Para mayor información:
Oak and Acorn Publishing
PO Box 5005
Westlake Village, CA 91359-5005

Imagen de la portada: Gergen Bakhshetyan/Shutterstock

Diseño de la portada por Lindsey Weigley

Primera edición: Abril de 2017

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Para
Las intrépidas —mujeres en el ministerio



Contenido

Preámbulo	i
Prefacio	v
Introducción	
El punto de inflexión	1
Capítulo uno	
La ordenación de las mujeres:	
Terminó la pelea	7
Capítulo dos	
Los elegidos:	
¿Exclusivos o inclusivos?	25
Capítulo tres	
A la espera de Jesús:	
¿El cuándo o el quién?	43
Capítulo cuatro	
El mensaje:	
¿Mantendremos lo principal lo principal?	57
Capítulo cinco	
Organización:	
Pensando lo impensable	75
Capítulo seis	
Los adventistas y la creación:	
¿Júbilo o confrontación?	93
Capítulo siete	
Misión:	
Más que contar cabezas	113

Capítulo ocho	
Interpretación de las Escrituras:	
¿Tendrá Elena White la última palabra?	129
Capítulo nueve	
La promesa del adventismo	149
Capítulo diez	
Unidad:	
¿De arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba?	141

Preámbulo

Nuestra mayor necesidad es inspirarnos a ser lo que sabemos que podríamos ser.—Ralph Waldo Emerson

TAN APASIONADO EN EL BIENESTAR y el crecimiento de la Iglesia Adventista en su retiro como lo fue durante su larga carrera de servicio, Bill Johnsson ha contemplado la vida de la iglesia después del verano de 2015 con dos interrogantes en mente: ¿Qué temas han moldeado a la Iglesia Adventista? ¿Cómo deberíamos de reaccionar?

El pastor William Johnsson fungió como editor de la *Adventist Review* de 1982 a 2006. Durante casi 25 años sus observaciones sobre esas dos preguntas eran la primera página que los lectores deseaban leer los sábados por la tarde cuando tomaban en sus manos el número más reciente de la *Review*.

Johnsson no ha dejado de escribir y predicar desde su retiro. Motivado por los importantes temas que la iglesia encaró en 2015, el pastor Johnsson se conduce fácil y efectivamente, en este libro, en el papel de pastor y maestro tan familiar para él —y que hemos apreciado por tanto tiempo.

Esas preguntas son profundamente personales para el pastor Johnsson. Si bien es cierto el pastor aborda varios tópicos

relevantes, su mayor interés es casi inmediatamente aparente: promover una discusión acerca de la fidelidad y el compromiso para comprender mejor lo que significa ser un discípulo de Cristo y un Adventista del Séptimo Día, para llevar la discusión de retorno a nuestra misión y nuestro cometido.

Oak & Acorn Publishing es una empresa de recursos impresos iniciada por la Unión del Pacífico de Adventistas del Séptimo Día. Utilizará los talentos de pastores y teólogos entrenados académicamente que residen en el oeste de los Estados Unidos de América. Oak & Acorn permitirá el desarrollo de recursos para servir a ministerios de diversos tamaños y utilizará tecnologías de e-publishing para su distribución.

Como será el caso de todos los recursos producidos en el futuro, ¿Hacia dónde vamos? aparecerá tanto en español como en inglés. Ambos libros pueden ser ordenados en formato tanto electrónico como impreso a través de Amazon publishing.

Nuestra oración es que Dios sea glorificado a través de este volumen y a través de la labor de esta nueva empresa de publicaciones. Nuestra esperanza es que ¿Hacia dónde vamos? desafíe y afirme la vida y el ministerio de los creyente

Prefacio

Si no hay lágrimas en el escritor, no hay lágrimas en el lector. Si no hay sorpresas en el escritor, no hay sorpresas en el lector.—Robert Frost

ESTE LIBRO BIEN PODRÍA SER CONOCIDO como mi Isaac. No, todavía no he vivido el siglo que vivió Abraham pero el proyecto fue concebido y escrito durante mi octogésimo segundo (82) año.

Isaac fue un hijo inesperado; lo mismo que este libro. Generalmente mi mente trabaja en ideas en relación a un libro por un buen tiempo, varios años, con frecuencia. Pero no en el caso de este libro: salió de la nada, preparado y horneado en menos de un año.

Es producto de la Sesión de la Conferencia General en San Antonio en 2015. No asistí a la Sesión, pero la seguí de cerca a la distancia. Algunas de las cosas que escuché y vi me afectaron profundamente, especialmente la forma como el tema más esperado en la agenda —el asunto de la ordenación de las mujeres al ministerio— fue tratado.

Por un par de semanas después de la Sesión estuve desanimado y gruñón en mi casa y prácticamente hice la vida miserable a mi dulce esposa. Hasta que se me prendió el foco: en lugar de estar molesto, haría lo que hago mejor —¡escribir al respecto!

Así que puse manos a la obra. Saqué el asunto de mi sistema. Y punto. Hecho. No tenía que seguir refunfuñando.

Pero mientras escribía sobre el tema de la ordenación de las mujeres, continuaba recibiendo correos electrónicos y llamadas telefónicas acerca de otros aspectos de la Sesión. Resistí la tentación de ir más allá del tema original, pero poco a poco se empezó a formar un patrón en mi mente.

Así que traté otro tópico. Los pensamientos se transmitieron fácilmente a la página. Después vino otro y otro...

Mis pensamientos, presentaciones orales y escritos recientes se abrazaron. Casi antes de que me diera cuenta o lo hubiese planificado, había escrito un libro.

Inesperadamente. Como Isaac.

El nombre Isaac significa «él ríe». Abraham y Sara rieron cuando los ángeles les dijeron que Sara daría a luz un hijo. Rieron incrédulamente, ante la absurdidad de la idea.

Pero Sara dio a luz. Ahora todos estaban riendo de nuevo —la risa era de alegría, de asombro, de agradecimiento.

Pero no todos reían. Abraham ya tenía un hijo, pero no era hijo de Sara. Se había cansado de esperar y había terminado llevando a Hagar a la cama y, producto de esa unión, nació Ismael.

Ahora que Isaac había nacido Hagar e Ismael no estaban riendo con los demás.

Algo similar ha sucedido con mi Isaac: he experimentado emociones cruzadas al escribir este manuscrito. En algunos lugares lo que he escrito probablemente produzca agruras a algunos de mis antiguos colegas, a quienes considero mis amigos. Así que, queridos amigos, les recomiendo que mantengan a la mano una botella de Tums conforme leen este libro. Cualquiera que sea su opinión

de mis ideas, pueden tener la seguridad de que lo que escribí lo hice después de mucha consideración y oración. Le prometí al Señor y a mí mismo que el libro no iba a ser publicado a menos que tuviese un impacto redentor.

Varias personas me proveyeron invaluable asistencia en este proyecto. En primer lugar, mi estrella luminaria fue Noelene: no solamente copió el manuscrito de mis garabatos a la computadora sino que me dio sabias opiniones en relación al contenido. Cuando titubeé, contemplando lo que la publicación me podría costar personalmente, me animó y me dijo que tuviera una visión amplia —el beneficio que traería a los pastores y laicos.

Ray Tetz y Brad Newton, de la Pacific Union, me brindaron su apoyo entusiasta para su publicación. Les estoy muy agradecido.

Rosy Tetz editó el manuscrito; Alberto Valenzuela lo tradujo al español. ¡Muchas gracias!

En varios capítulos tomé de mis recientes presentaciones orales y de mis escritos previos: En el capítulo 3, «Los elegidos», de mi presentación a la Adventist Society for Religious Studies en su reunión anual en Atlanta, Georgia, el 21 de noviembre de 2015. En el capítulo 4, «Esperando a Jesús», de mi presentación dada en el Charles E. Weniger Award for Excellence el 21 de febrero de 2015. En el capítulo 5, «El mensaje», de mi presentación a The One Project en Seattle en febrero de 2016. En el capítulo 7, «Adventistas y creación», de mi artículo «Cristo y creación», publicado en el libro *In the Beginning: Science and Scripture Confirm Creation*, ed. Bryan W. Ball (Pacific Press, 2012). En el capítulo 6, «Organización», cito el editorial de James Standish, «Pensamientos», publicado en el *South Pacific Record*, en julio de 2015. Agradezco al doctor Standish por ese material. Y en el capítulo 10, «La promesa del adventismo», cito

la historia narra-da por el Dr. Richard Hart, presidente de Loma Linda University Health en junio de 2016, «Notas del presidente».

Las regalías de este libro serán destinadas a un ministerio merecedor. A fin de cuentas, su propósito no es ensalzarme —quero ensalzar a Jesús.

Introducción

El punto de inflexión

Si pudiésemos saber dónde estamos y hacia dónde nos estamos dirigiendo, podríamos juzgar mejor qué hacer y cómo hacerlo.
—Abraham Lincoln, 1858

SAN ANTONIO FUE UN PUNTO DE INFLEXIÓN en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. La Sesión de la Conferencia General de 2015 reveló y amplificó las diferencias fundamentales que se han estado desarrollando por mucho tiempo. En el futuro la sesión será considerada como una ocasión similar a la convocación de Mineápolis en 1888, cuando se enfrentaron dos puntos de vista, dos posibilidades, de la iglesia.

El tema principal en San Antonio, por supuesto, fue el tema de la ordenación de las mujeres. Después de un debate apasionado, el pronunciadamente dividido voto dejó destrozada la unidad del adventismo mundial. Muchos delegados, lo mismo que otros que no eran delegados, partieron desilusionados, sintiéndose molestos por la forma como consideraron se manipuló el proceso.

Aunque el lado a favor del «No» prevaleció, su victoria vino

a un precio muy alto. Los eventos de ese día fatídico me preocupan enormemente. Cuando un previo presidente de la Conferencia General, alguien que ha servido con distinción y quien con su esposa pasó muchos años en servicio misionero a la gente de África, es abucheado y silbado porque hace una presentación a favor de la ordenación de las mujeres, tengo que preguntar: ¿Qué está sucediendo? ¿Es esta mi iglesia? Me quedé esperando una disculpa del liderazgo. No hubo tal cosa, en ese momento o subsecuentemente.

Creo que fue, verdaderamente, un día triste para la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Me avergüenzo de que tal cosa haya ocurrido.

Tan importante como era la discusión acerca del papel de las mujeres, ese tema era solamente parte de algo más tarde. El Adventismo se dividió por la mitad. La división no es simplemente geográfica entre el norte y el sur global —es todavía más complicado que eso. Como los dos bebés luchando en el vientre de Rebeca, están naciendo dos iglesias adventistas:

- una iglesia con un clero de mujeres ordenadas luchando con una iglesia que limita el ministerio de los hombres;
- una iglesia que se involucra con la sociedad con una iglesia que se aísla de la sociedad de una forma sectaria;
- una iglesia que descansa confiadamente en la promesa de la Segunda Venida con una iglesia que destaca el inminente retorno de Jesús;
- una iglesia que entre todos los cristianos está a la vanguardia elevando el calvario con una iglesia que envuelve a la cruz en un paquete de mensajes;
- una iglesia que minimiza los cuadros directivos y se enfoca en las raíces con una iglesia cada vez más burocrática

- y autocrática;
- una iglesia que exalta al Creador y su creación con una iglesia que se enfoca en defender el cuándo de la creación.
- una iglesia que ve el hacer a hombres y mujeres completos su misión con una iglesia interesada en contar cabezas;
- una iglesia que adopta una interpretación íntegra de las Escrituras con una iglesia que ve a la Palabra de una forma llana y literal;
- una iglesia para la cual los escritos de Elena White son consejos inspirados pero sujetos a la autoridad de las Escrituras con una iglesia que los eleva a un nivel de igualdad con las Escrituras, o sobre ellas.

He amplificado deliberadamente las alternativas. La posición de muchos adventistas se encuentra entre esos dos polos. En general, sin embargo, esta es la realidad: dos versiones radicalmente distintas del adventismo están luchando por el futuro de la iglesia. ¿Cuál de las dos va a prevalecer? ¿Dónde vamos a parar?

La Iglesia Adventista del Séptimo Día va a sobrevivir. No solamente va a sobrevivir; va a crecer —pero no lo hará uniformemente. En algunas regiones del mundo, donde ha estado en existencia por más de un siglo, está bajo sistema de soporte vital; podría desaparecer. En otras partes va a avanzar cada vez más fuertemente. La membresía oficial se acerca a los 20 millones; esa cantidad será alcanzada y sobrepasada por mucho más.

Hago esas declaraciones confiadamente porque creo que, más que ningún factor humano, el Señor Resucitado es Cabeza de la Iglesia. Es Señor de la iglesia invisible desparramada entre muchas diferentes comuniones en todo el mundo —los adventistas no pueden pretender una posición exclusiva— pero creo que Jesús

ha hecho que surgiera el movimiento adventista para proclamar el mensaje del tiempo del fin.

Hay algo distintivo en la Iglesia Adventista, algo distintivo que nuestras enseñanzas «remanentes» tratan de articular, aunque expresemos esos conceptos en términos que son fácilmente malinterpretados.

Amo a esta iglesia y le he dado la mayoría de mi vida tratando de edificarla. Este pequeño libro, aunque pueda contener algunos temas puntiagudos, proviene del amor de mi corazón. Si he discrepado con aspectos de lo que está sucediendo, como lo hago, se trata de discrepancias amorosas. Esta labor no me va a beneficiar financieramente: estoy donando todas las regalías.

Creo también esto: el Señor no nos va a salvar de nosotros mismos. El Señor no va a prevenir que tomemos decisiones necias, tal como no lo hizo para librar a la iglesia de antaño, Israel, de sí misma. Así que, aunque el adventismo va a continuar avanzando, conforme los números sigan aumentando, ¿qué tipo de iglesia va a ser?

No soy un historiador, pero lo que leo acerca del desarrollo de la iglesia cristiana primitiva me lleva a escudriñar profundamente mi corazón. Durante el segundo siglo la iglesia se apartó de las enseñanzas y prácticas de Jesús. Fue de ser una comunidad en la que el clero y los laicos no estaban separados por una línea brusca —porque todos los creyentes constituían el laos, el pueblo de Dios— a una comunidad que estaba cada vez más dominada por el clero. De una iglesia basada en Jesús, el Siervo Líder que no vino a ser servido sino a servir (Marcos 10:45) a uno que proclamaba y ejercía autoridad eclesiástica cada vez mayor. De una iglesia basada solamente en las Escrituras a una que mezclaba la Biblia con las tradiciones y las declaraciones eclesiásticas.

Los adventistas estamos ahora en nuestro segundo siglo. Conforme comparo la iglesia del segundo siglo después de Cristo con la iglesia adventista en su segundo siglo, me asusta lo que veo. Los líderes de nuestra iglesia deberían de estudiar muy seriamente ese tema, por muy desagradable que sea.

En los siguientes capítulos de este proyecto voy a centrarme en ocho áreas en las que el adventismo está dividido. En cada uno voy a señalar lo que considero son las enseñanzas bíblicas al respecto. Con este libro espero hacer un llamado a los adventistas, «el Pueblo del Libro», para que regresen al Libro.

Durante muchos años, como editor de *Adventist Review* y *Adventist World*, procuré compartir la verdad con el pueblo, incluso cuando era algo doloroso. Los adventistas no somos buenos para eso. Nos gusta escuchar «un buen informe». Preferimos escuchar de las grandes cantidades de personas bautizadas durante un esfuerzo evangelístico que enterarnos cuántos de esos continuaban atendiendo a la iglesia un año después. Nos encantan las apariencias, somos muy cuidadosos en tener la apariencia y la presencia adecuada, aparentemente más preocupados con la forma como los demás nos consideran que cómo nos considera el Señor, que lee los corazones.

Algunos lectores, especialmente mis colegas del pasado, quizá se sorprendan con el contenido de este libro. Les aseguro, mis queridos hermanos y hermanas, que no los juzgo. Tengo que admitirlo: probablemente esté equivocado. Sin embargo, el tiempo demanda que exprese mi opinión y que lo haga sin darle vueltas al asunto.



CAPÍTULO UNO

La ordenación de las mujeres: Terminó la pelea

*Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón
y hembra los creó.—Génesis 1:27*

EL PAPEL DE LAS MUJERES EN EL MINISTERIO de la Iglesia Adventista del Séptimo Día ha sido debatido casi desde el principio de nuestra denominación en 1863. Eso se debe a que en el periodo de los pioneros las mujeres cumplieron funciones ministeriales. Más aún, una mujer en particular jugó un papel muy importante tanto en nuestro desarrollo como en la proclamación pública. Esa mujer era Elena G. de White, justamente considerada como una de las fundadoras del movimiento. Además de sus consejos y sus escritos, predicaba extensamente y con autoridad, no solamente aconsejando a los presidentes de la Conferen-

cia General sino también reprendiéndolos.

No todos los primeros adventistas se sentían cómodos con una mujer ocupando el púlpito. Sabemos esto porque los dirigentes como Urías Smith consideraron el tema en la *Review and Herald*, contestando sus objeciones basadas en las palabras de Pablo: «Guarden las mujeres silencio en la iglesia, pues no les está permitido hablar. Que estén sumisas, como lo establece la ley» (1 Corintios 14:34, NVI).

En 1881, solamente 18 años después de que la Iglesia Adventista del Séptimo Día fuera organizada oficialmente, la sesión de la Conferencia General consideró un tema sorprendente —una resolución de que las mujeres que han demostrado las cualidades para ministrar podrían ser ordenadas al ministerio evangélico: «Resuelto, que las mujeres que poseen las cualificaciones necesarias para cumplir con esa función, pueden, con toda propiedad ser apartadas para la ordenación en la labor del ministerio».¹ Después de discutir el asunto, fue referido al Comité de la Conferencia General para su consideración y el tema no se volvió a tratar de nuevo. (El Comité de la Conferencia General estaba formado solamente por hombres).

La opinión de Elena White sobre este tema puede ser debatida. Se mantuvo en silencio en aquel entonces y en los años subsiguientes. Su silencio puede ser interpretado como señal de que estaba a favor o en contra de la ordenación de las mujeres al ministerio; no podemos presentar ningún argumento conclusivo. De lo que podemos estar seguros, sin embargo, es que si el Señor le hubiese dado luz sobre este tema, lo hubiera compartido. Claramente no recibió ningún consejo divino respecto a este tema que, un siglo

¹*Review and Herald*, diciembre 20, 1881, p. 392.

después, se tornaría en una papa caliente para los adventistas.

Ella nunca fue ordenada por la imposición de las manos. Sin embargo, le fueron otorgadas credenciales oficiales de ministro ordenado durante su larga vida de servicio. Las credenciales expedidas a veces tenían tachada la palabra «ordenado», pero la mayor parte del tiempo tal no era el caso.

Dios había llamado a Elena; había recibido una unción especial. La imposición de las manos humanas no hubiera añadido a lo que el Espíritu Santo ya había hecho obvio.

Elena pasó al descanso, llena de años, en 1915. Después de su muerte la cantidad de mujeres en el ministerio declinó lentamente. La iglesia olvidó que una vez había puesto a las mujeres en un lugar prominente, con varias de ellas sirviendo en varias ocasiones como tesorero de la Conferencia General.

Con el auge del movimiento femenino en la sociedad americana, los adventistas de nuevo empezaron a animar a las mujeres a entrar al ministerio. Bajo el liderazgo de Neal C. Wilson, quien era entonces presidente de la División Norteamericana, se instó a las iglesias a que ordenaran a las mujeres como ancianas. Las puertas del seminario después les fueron abiertas a las mujeres que sentían el llamado al ministerio pastoral conforme la División les proveía becas para su estudio. Para principios de la década de los ochenta, las mujeres estaban sirviendo en el ministerio como «ministros en atención pastoral», empleadas y, después de la ordenación como ancianas, autorizadas para llevar a cabo casi todas las responsabilidades de los ministros ordenados —predicar, presidir el servicio de la comunión y officiar en bodas y funerales. (La única excepción era organizar iglesias nuevas, una responsabilidad que sucede muy raramente en el clero adventista, si acaso).

El curso de los eventos —mujeres ancianas, becas para la preparación ministerial, asociadas en atención pastoral— puso a las mujeres en el sendero hacia la ordenación. Pero se añadió un nuevo elemento al proceso. Todas las acciones que hasta este punto animaban a las mujeres para entrar al ministerio habían sido votadas por el Concilio Anual, no por la Conferencia General en sesión. En los ochenta, el pastor Wilson, ahora presidente de la Conferencia General, se convenció de que la autorización para ordenar a las mujeres como pastores requería un voto representando a la iglesia mundial, o sea, durante una sesión de la Conferencia General. La razón principal presentada era que somos una iglesia mundial y la ordenación de los ministros confiere autoridad a los ministros para servir en el campo mundial.

La Conferencia General, bajo la dirección del pastor Wilson, preparó una comisión para considerar el asunto con instrucciones de presentar una recomendación a la Sesión de la Conferencia General en 1990. Estuve profundamente involucrado en la labor de esa comisión no solamente informado acerca de su progreso sino también contribuyendo a las discusiones.

La comisión contaba con muchos miembros y al poco tiempo fue aparente que no se llegaría a un consenso. El problema estaba en que no había una dirección clara de los escritos inspirados —tanto de la Biblia como del material escrito por Elena White. La comisión, por lo tanto, recomendó que la Iglesia Adventista del Séptimo Día no prosiguiese con la ordenación de las mujeres. Esa recomendación, después de mucha discusión, fue votada por la Sesión de la Conferencia General en Indianápolis.

Esa misma Sesión de la Conferencia General, sin embargo, también consideró un tema relacionado. Autorizó que las mujeres

sirvieran como asociadas en la atención pastoral, llevando a cabo las mismas funciones ministeriales que habían sido estipuladas por acciones previas del Concilio Anual.

Pero el debate no había terminado. Cinco años más tarde, en 1995, el tema de las mujeres figuraba de nuevo prominentemente durante la Sesión de la Conferencia General en Utrecht, los Países Bajos. Ese mismo cuerpo consideró la petición de la División Norteamericana solicitando autorización para proceder con la ordenación de las mujeres. Después de acalorado y apasionado debate, la petición de la División Norteamericana sufrió una derrota rotunda.

Inevitablemente, el tema reaparecería. La cantidad de mujeres en el ministerio en Norteamérica continuaba creciendo y algunas otras Divisiones también empezaron a colocar a mujeres en puestos pastorales. Cuando el pastor Ted Wilson, hijo del anterior presidente de la Conferencia General, fue elegido en 2010 al mismo puesto, anunció que se establecería una comisión para estudiar el tema de la ordenación misma lo mismo que la ordenación de las mujeres para ser considerado durante la sesión de 2015.

Voy a considerar rápidamente varios puntos ya que están todavía frescos en mi mente. La comisión fue establecida —una comisión muy grande, de unos 100 miembros— y consideró primero el tema de la ordenación misma y después la ordenación de las mujeres. En el primer punto el consenso general fue que en la comprensión adventista la ordenación no confiere ningún nivel o don especial a la persona ordenada. (La comisión estudió declaraciones específicas de Elena White sobre el tema). En cuanto al asunto de la ordenación de mujeres, sin embargo, fue evidente una división muy amplia dentro de la comisión. A pesar de eso, una gran ma-

yoría favorecía la ordenación de las mujeres al ministerio, sin que la ordenación fuese forzada por la iglesia en regiones donde no sería aceptable.

Esto nos lleva a San Antonio. No fui delegado a la Sesión de la Conferencia General en 2015 ni asistí. Seguí por la televisión los eventos del 8 de julio, cuando se dedicó todo el día a discutir el tema. Más tarde escuché de algunos delegados y otros que asistieron.

Por lo que vi y escuché, llegué a la conclusión de que fue un día triste en la historia del adventismo. La reunión se tornó en un circo, con los delegados llamando numerosas cuestiones de orden y tomando tiempo de la discusión que había sido prometido. Lo más triste fue la vergonzosa reacción a las palabras del anterior presidente de la Conferencia General, Jan Paulsen.

Después de la Sesión, algunas mujeres pastores pasaron un periodo muy malo. Fueron confrontadas por miembros que demandaban que renunciases a su puesto porque la Sesión de la Conferencia General había votado que las mujeres no podían servir en el ministerio adventista. Nada de eso: el tema considerado era si cada División podía sentirse en libertad de ordenar mujeres al ministerio, si consideraban que ese curso de acción era benéfico para el adelanto de su misión. (El tema era similar al debatido en 1995 en Utrecht).

Mientras tanto, en el periodo antes de San Antonio, varias uniones habían ordenado a mujeres al ministerio sin autorización de la Conferencia General. Algunos administradores, después del voto de la Sesión, empezaron a cuestionar si esas entidades «rebeldes» de la iglesia deberían de ser sujetas a alguna forma de disciplina. Eventualmente, sin embargo, esa línea de pensamiento no preva-

leció entre los líderes —sabiamente, me parece, por razones que más adelante se verá son aparentes.

Así que, ¿tenemos que empezar de nuevo en relación a la ordenación de las mujeres? ¿Continuará el tema tomando tiempo, esfuerzo y dinero por el futuro predecible o se acabó con San Antonio?

¿Qué hay por delante?

Te voy a decir qué hay por delante. Terminó la guerra —San Antonio lo puso claro, pero no de la forma como muchos adventistas piensan. La guerra terminó porque la ordenación de las mujeres al ministerio se va a regar rápidamente por la mayoría del mundo.

En muy poco tiempo —quizá en cinco años, ciertamente en menos de diez años—, nos vamos a preguntar: ¿A qué vino todo ese asunto? ¿Por qué perdimos tanto tiempo y dinero que podría haber sido usado de una manera más beneficiosa para nuestra misión?

Eso es lo que hay por delante. Estoy seguro de ello. Estas son mis razones:

1. La muralla se está derrumbando. El caballo se salió del potrero y no puede ser acorralado, se fue. Para finales de 2015 uno podía contar por lo menos una docena de uniones conferencia que habían tomado acciones, de una manera u otra, contrarias a la política de la Conferencia General en este asunto. Raramente pasa un mes sin que otra se les una. Es un movimiento. La bola de nieve está rodando; no puede ser detenida.

¿Qué quiero decir con esto? En Norteamérica, donde las mujeres fueron ordenadas primero, han continuado las ordenaciones. Las Conferencias han votado abrir las oficinas administrativas a las mujeres; por política de Conferencia o Unión el cargo presidencial

requiere de ordenación. En varias áreas los pastores varones han cambiado sus credenciales como ministros ordenados por las que son conferidas a las mujeres —«comisionados» en lugar de «ordenados».

Fuera de Norteamérica, varias Uniones han tomado votos de que todos los ministros, tanto varones como mujeres, llevarán credenciales idénticas —o han presentado declaraciones anunciando que, después de una rigurosa consideración tanto de las conclusiones de la comisión de ordenación como la acción tomada en San Antonio, han votado proceder con la ordenación de las mujeres.

Dos de esos votos son dignos de notar porque proceden, no de Norteamérica o de Europa, sino de un área que frecuentemente se considera estar en oposición a la ordenación de las mujeres. Tanto en Sudáfrica como en Papúa Nueva Guinea, una mujer ha sido comisionada oficialmente al ministerio pastoral.

Desde el punto de vista bíblico, la ordenación y la comisión son la misma cosa. En el Nuevo Testamento encontramos solamente comisión; el término «ordenación» no existe. (La referencia a Jesús ordenando a los doce en Marcos 3:14 se encuentra solamente en la versión inglesa King James, no aparece en ninguna traducción al español, ni en la Vulgata latina).

Desafortunadamente muchos adventistas probablemente no están al tanto de esos acontecimientos. La prensa de la iglesia oficial no los ha dado a conocer; uno tiene que acudir a fuentes adventistas independientes para ello. Eso en sí mismo, me parece, es algo que no es parte de nuestro patrimonio religioso.

2. Un asunto moral. Por eso no va a desaparecer. Tres Sesiones de la Conferencia General, tres votos en contra, pero no desaparece.

Un asunto moral significa conciencia. Conciencia, como se-

ñaló Martín Lutero ante la Dieta de Worms: «Esta es mi postura; no puedo hacer otra cosa». Consciencia, como en el clásico de Elena White:

La mayor necesidad del mundo es la de hombres . . . cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos (*La educación*, pág. 54).

Nueve maestros del Seminario Teológico Adventista en Berrien Springs, Michigan, enviaron cartas individuales a la Conferencia General después del voto negativo en San Antonio. Cada uno de los maestros, todos hombres, solicitaron que sus credenciales ministeriales fuesen cambiadas para que no apareciesen más como ministros ordenados. Esos maestros escribieron a la Conferencia General porque el Seminario es una institución de la Conferencia General; su empleado es la Conferencia General, ahí es donde se originan sus credenciales.

Me puedo imaginar la consternación que esas cartas han de haber producido entre los hermanos en las oficinas generales. Una solicitud de cambiar sus credenciales de ordenación —¡inaudito! No hay provisión para tal cosa en las políticas de la iglesia.

¿Por qué enviaron esos hombres, exponiéndose en cierta manera por sus acciones, esas cartas? Consciencia. Ven el tema de las mujeres como un asunto moral que sobrepasa los votos eclesiásticos.

Durante muchos años estuve en el centro de los debates teológicos sobre la ordenación de las mujeres. Escuché muchos argumentos teológicos y muchas sofisterías. En todas esas discusiones

de teología escuché casi nada acerca de las implicaciones éticas.

El Señor, sin embargo, nos llama a ser un pueblo de profunda sensibilidad moral. Está menos preocupado en tener la razón en cada punto y cada jota teológica que en la forma como nos relacionamos con temas morales. Nos dice que lo que espera de nosotros es «practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miqueas 6:8, NVI). Jesús hizo eco a este pasaje cuando condenó a los maestros de la ley y a los fariseos: «Han descuidado los asuntos más importantes de la ley, tales como la justicia, la misericordia y la fidelidad», les dijo (Mateo 23:23, NVI).

Permíteme mostrar un ejemplo concreto que muestra que la ordenación de las mujeres es un asunto moral. Cuando enseñé en el Seminario, entre mis estudiantes en mis clases estaba un esposo y esposa, ambos se sentían llamados al ministerio. Ambos eran buenos estudiantes, ella un poco mejor que él. Ambos se graduaron con un título de Maestría en Divinidad. Ambos fueron empleados como pastores en la misma Conferencia pero en iglesias distintas. Ambos sirvieron capazmente como pastores de sus respectivas congregaciones.

Pero hasta ahí llegan los paralelos. Después de varios años, él fue ordenado; ella no lo fue, porque la Iglesia Adventista del Séptimo Día no ordena mujeres.

¿No es injusto? ¿No es discriminatorio? ¿Cómo se mide en cuanto a lo que el Señor requiere, señalado en Miqueas 6:8 y Mateo 23:23?

3. Argumentos falaces. Muchos adventistas que se oponen a la ordenación de las mujeres han empleado argumentos que, al estudiarlos, prueban ser falsos. Aunque esos argumentos hayan sido presentados con motivos sinceros, eso no los hace correctos.

Un argumento que escuché con frecuencia en el pasado, no tanto en años recientes, es que el interés en la ordenación de las mujeres surgió a causa del movimiento de «liberación femenina». Quienes consideran el movimiento como algo negativo atribuyen a las mujeres adventistas pastoras el estereotipo de individuos agresivos, militantes e irritables.

Ese tipo de razonamiento, sin embargo, es patentemente falaz. La discusión sobre la ordenación de las mujeres entre los adventistas antedata al «movimiento femenino» por más de 70 años: ya hemos señalado que la Conferencia General de 1881 consideró una resolución a favor de la ordenación de mujeres cualificadas al ministerio. Es más, el esfuerzo actual entre nosotros no proviene de las mujeres, sino de los hombres, especialmente ministros ordenados en varios países que han cambiado sus credenciales en solidaridad con sus contrapartes femeninos.

En debates recientes la ordenación de las mujeres ha aparejado la ordenación con los gays. La afirmación sostiene que la historia de otras denominaciones que han ordenado a mujeres al ministerio muestra que el siguiente paso inevitable es —la ordenación de homosexuales.

De nuevo el argumento es insostenible considerando los hechos. Desde su principio, una iglesia que surgió poco después que la nuestra colocó a las mujeres al mismo nivel que los hombres en completa igualdad en el ministerio. Me refiero al Ejército de Salvación (Salvation Army). Desde el comienzo las mujeres no solamente han servido en el ministerio sino que han sido elegidas a sus puestos más elevados, incluyendo el supremo, de General.

Nadie puede identificar al Ejército de Salvación, ampliamente respetado por sus actividades humanitarias, como una iglesia con

un clero gay. Así que el argumento de la inevitabilidad —primero ordenar mujeres, después ordenar gays— es falaz.

Otro argumento en contra de un clero femenino es que ese puesto va en contra del orden natural. Desde la Creación, Dios puso un orden en la sociedad, dando a los hombres autoridad sobre las mujeres. Por lo tanto, permitir que una mujer predique y dirija a los hombres en una congregación, viola el orden establecido por el Señor.

En años recientes esta línea de razonamiento se ha desarrollado en una elaborada teología «de la cabeza» que involucra relaciones en el cielo lo mismo que en la tierra. En ese esquema, Dios es la cabeza de Cristo y el hombre es la cabeza de la mujer. Así son las cosas en el cielo y la forma como las cosas deben ser en la tierra.

Tan convincente como este argumento pueda aparecer al examinarlo superficialmente, es erróneo. En el principio —durante la Creación— Dios creó al hombre y la mujer a su imagen (Génesis 1:26, 27). Estaban en una relación complementaria, no subordinada. Sugerir que el Hijo está subordinado eternamente al Padre minimiza la posición del Hijo como Uno que es Dios eternamente —Dios en todo respecto— y resuena mucho como una antigua herejía.

Para los seguidores de Cristo, Él es la última palabra en doctrina y práctica. En sus enseñanzas, Jesús marcadamente reprendió las ideas «de la cabeza»: «Como ustedes saben, los gobernantes de las naciones oprimen a los súbditos, y los altos oficiales abusan de su autoridad. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de los demás; así como el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y

para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20:25-28, NVI).

Jesús estableció el ejemplo del sacrificio:

Quien, siendo por naturaleza Dios,
no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse.
Por el contrario, se rebajó voluntariamente,
tomando la naturaleza de siervo
y haciéndose semejante a los seres humanos.
Y al manifestarse como hombre,
se humilló a sí mismo
y se hizo obediente hasta la muerte,
¡y muerte de cruz! (Filipenses 2:6-8, NVI).

Así que los argumentos en contra de la ordenación de las mujeres basados en la historia o la Biblia son falaces, sin importar la sinceridad con que sean presentados. Su falla ha sido evidente a un cada vez más creciente círculo de adventistas.

4. Los Millennials². No solamente apoyan la ordenación de las mujeres, consideran la posición oficial de la iglesia fuera de contacto con la realidad y desconcertante, incomprensible. Su generación ha crecido con convicciones fijas en cuanto a la igualdad. Encontrar que su iglesia no concibe adoptar la ordenación de las mujeres desentona con sus sensibilidades sobre justicia e igualdad. La Iglesia Adventista del Séptimo Día —su iglesia— se rezaga en relación a los valores morales de la sociedad, en lugar de estar a la vanguardia.

Hace treinta años, cuando la iglesia en Norteamérica debatía intensamente el tema de las mujeres, nuestros dos hijos estaban

²El término *millenials* generalmente se aplica individuos que han llegado a la edad adulta a principios del siglo XXI. Consiste en individuos que nacieron entre 1982 y 2004.

en la universidad. Ellos y sus amistades seguían los argumentos a favor y en contra y los desarrollos oficiales con gran interés. En una ocasión varios de los amigos de nuestro hijo estaban en el área de Washington y vinieron a comer a casa. En ese entonces yo estaba en medio del debate, sirviendo en la comisión que se estableció para estudiar el tema. Los amigos de Terry, todos brillantes estudiantes, expresaron perplejidad ante el hecho de que la iglesia estuviese incluso estudiando el tema. ¿Qué hay que estudiar? Querían saber. Para ellos la respuesta era evidente, no había necesidad de estudiarlo más.

Pero la Iglesia Adventista del Séptimo Día giró en contra de la ordenación de las mujeres. Terry y sus amigos se decepcionaron y desilusionaron. Su reacción fue típica a la de muchos otros de su generación. La imagen de la iglesia decayó considerablemente en la mente de esos jóvenes idealistas. Muchos que en alguna ocasión consideraron la idea de unirse a la obra y adelantar la misión de la iglesia cambiaron de opinión. Con el tiempo, una gran cantidad de ellos se alejaron completamente de cualquier asociación con la iglesia.

Solamente el Señor sabe qué tan grande fue la pérdida que sufrimos a causa de este asunto.

En la actualidad estamos pasando por una crisis similar —similar, pero no peor. El debate en San Antonio, con su voto en contra, produjo una amplia decepción. El hecho de que la iglesia mundial no tomase una medida a favor de la ordenación de las mujeres fue bastante deplorable, pero que la Sesión de la Conferencia General votase en contra de permitir que cada División decida el asunto basados en lo que consideren ser mejor para su misión pareciera ser algo increíble, incomprensible.

Nuestra iglesia ha llegado a un punto crítico en su historia. En-

frentamos el prospecto de que un gran número de nuestros mejores y más brillantes miembros pierdan la fe en la iglesia y se salgan de la misma. Algunos han señalado claramente que su intención es quedarse y luchar; muchos otros, tristemente, ya están hastiados de lo que han concluido es una organización desesperanzadamente ciega a los asuntos morales.

La situación presente es intolerable. La ordenación de las mujeres vendrá y tiene que venir. Trágicamente, vendrá como resultado del dolor de ver a jóvenes y señoritas que abandonan la iglesia.

5. Risa. En cualquier lucha la risa es un arma poderosa. Cuando la gente ríe en una situación difícil, están ya muy avanzados en el camino hacia el triunfo. La risa muestra que miran a largo plazo y saben que, aunque la escena inmediata se vea oscura, habrá un final brillante.

Algunas veces una situación se torna absurda, tan contraria a la realidad que lo mejor que podemos hacer es reírnos. Nuestros hermanos afroamericanos nos demostraron eso hace mucho tiempo. Durante los negros años de su opresión bajo la esclavitud, se reían y cantaban. Contaban sus chistes —fuera del oído del amo, por supuesto— acerca de lo absurdo que resultaba que el amo blanco los golpease con un látigo y les enseñaba a recitar su oración: «Padre nuestro...». El humor, el humor negro, les llevó a la gracia salvífica.

Hoy en día, en Norteamérica y en otras partes, los adventistas millenials se ríen de los líderes de la iglesia. Se ríen, no por falta de respeto, sino por la ingente ridiculez de la posición oficial de la iglesia en relación a la ordenación de las mujeres:

- Una iglesia con una mujer como uno de sus fundadores.
- Una iglesia que abrió sus puertas a todas las mujeres, adelantada a sus tiempos, admitiéndolas en la recién formada

escuela de medicina en Loma Linda.

- Una iglesia en la que una mujer puede fungir como presidente de una universidad.
- Una iglesia en la que las mujeres pueden predicar, bautizar y officiar en bodas y funerales, y conducir la Cena del Señor.
- Una iglesia que ya ha ordenado mujeres al ministerio en la China.
- Todo esto en una iglesia que niega a las mujeres un pedazo del pastel: la ordenación al ministerio.

Los adventistas nos hemos colocado en un embrollo lógico y teológico. La práctica oficial no tiene sentido y los jóvenes se dan cuenta. La risa es el único recurso —además de sacudir la cabeza y salirse de la iglesia.

Los millenials tienen su propio sistema de comunicación. Pasa de largo las redes impresas establecidas hace largo tiempo en las que los líderes de la iglesia han confiado para esparcir su mensaje. El nuevo método, totalmente fuera del control oficial, ha tomado el control —los medios sociales. Así es como los millenials se comunican hoy día; así es como obtienen las noticias.

Comparto esta estadística de San Antonio: el miércoles, 8 de julio, el día del debate acerca de la ordenación de las mujeres, más de tres millones de personas fueron al sitio de Twitter de Spectrum. ¡Tres millones! Eso es algo impresionante. Seguro, algunos fueron a ese sitio más de una vez, pero la cantidad no deja de ser impresionante.

Nota: se trata del sitio de Spectrum, no del sitio oficial de la iglesia. Los millenials estaban interesados; se involucraron. Estaban descontentos ese día y especialmente a causa del voto negativo.

En esta era de Twitter y Facebook, han surgido nuevas páginas adventistas en la Web. No dejan nada a un lado —van desde lo crítico y serio a lo cómico. Uno, anónimo, presenta reseñas cómicas de lo que considera disparates del adventismo. Muchos de los mensajes son pueriles, pero ocasionalmente son divertidísimos. Cuando el Papa Francisco visitó Washington, DC, el sitio publicó una pieza satírica que describía cómo había hecho una visita sorpresa a las oficinas de la Conferencia General en Silver Springs, MD. Manejó su Fiat «movilidad-papal» y agradeció personalmente a los líderes de la iglesia por no haber cedido a la presión de ordenar mujeres.

Un consejo no solicitado a mis hermanos

Por muchos años fui uno de «los hermanos» en las oficinas centrales de la iglesia. Una vez tuve voz y voto; ahora solamente tengo voz y una pluma. Esto es lo que quiero, compartir con mis hermanos y hermanas llamados al liderazgo: terminó la guerra. No traten de remendar la muralla para mantener a las mujeres fuera. Se empezó a desmoronar. Está por caerse.

Escuchen, los jóvenes se están riendo y se están yendo de la iglesia.

Miren a su alrededor, las mujeres están en el ministerio en todas partes y el Señor está bendiciendo sus esfuerzos.

Ha llegado la hora. De hecho, lleva un largo retraso.

Una ola de ordenación de mujeres está arrasando al mundo adventista.

El alba está por despuntar. No la podemos detener.

La verdad de Dios sigue avanzando.



CAPÍTULO DOS

Los elegidos: ¿Exclusivos o inclusivos?

*Trazó un círculo que me excluía —
Herético, rebelde, digno de desdén.
Pero el amor y yo tuvimos ingenio para el bien:
Trazamos un círculo que lo incluía
—Edwin Markham*

NO MUCHO DESPUÉS DE QUE TERMINASE la Sesión de la Conferencia General en San Antonio recibí una carta muy larga de un pastor que había sido elegido como delegado. Conozco bien las cualidades de una mente brillante, amor por el Señor, y amor por la Iglesia Adventista del Séptimo Día que esta persona contribuye al ministerio.

Me voy a permitir citar extensamente de su carta. Alguno lo

podría encontrar perturbador; como yo. Alguno podría estar tentado a descartar los pensamientos como proviniendo de alguien resentido, un descontento. Pero estaría equivocado. Este pastor, que pertenece a una generación mucho más joven que la mía, es un excelente ministro, valuado por los administradores de su Conferencia.

Al principio de la carta menciona el tema de la ordenación de las mujeres. Como muchos otros en la Sesión, este pastor se incomodó por la forma como el tema fue presentado lo mismo que por el voto final. Pero eso no es todo —de ninguna manera.

«El tema de la ordenación, sin embargo, no es tan perturbador como el cuadro general de la iglesia en su totalidad, conforme lo veo. Exclusivo. Cultista. Obsesionado con los eventos del tiempo del fin. Dispuesto a ser dirigido por celebridades populares. Irrespetuoso hacia los teólogos. Renuente a ver a Dios obrando en cualquier otra parte del mundo si no es a través de nosotros. El amor, el orgullo, y el querer estar en control estaban al mando del timón en lugar de Jesús.

»Conforme lo he procesado desde entonces, siento que uno de los temas más importantes es nuestra idea falsa del remanente. Una creencia de que nuestra denominación es el remanente exclusivo de Dios, en lugar del cuadro más bíblico (por lo menos desde mi perspectiva) de que hay un remanente de Dios en la tierra, que siempre lo ha habido, que se nos ha dado una luz para compartir en este periodo en la historia de la tierra.

»Pero el problema que veo con el tema de la teología del remanente para nosotros es la arrogancia que se nos ha dado como denominación —la creencia de que todas las otras iglesias son del diablo, engañadas, peligrosas; el temor de leer cosas que no son

de nuestra denominación, de trabajar con otras iglesias, de aprender de ellas. Esta teología ha levantado una enorme barrera entre nosotros y el resto del cristianismo. Pasamos demasiado tiempo y energía tratando de preservar nuestra identidad, de permanecer diferentes.

»Existe la presión que se nos ha colocado: siempre debemos tener la razón, porque somos el remanente de Dios. En otras palabras, porque somos el remanente de Dios, todo lo que ha ocurrido en el pasado no debe ser cuestionado porque si lo cuestionamos, estamos cuestionando nuestra propia identidad. No debemos revisar nuestra teología pasada, no inquirir, no hay lugar para más luz porque la idea de cuestionarlo todo desafía nuestro concepto de ser un remanente. Por supuesto, no debemos admitirlo —tenemos la verdad presente. Pero eso no es lo que veo en nuestra arraigada cultura.

»Somos como el Israel de antaño, obsesionados en nuestro propio reino, sin ver a Jesús caminando en nuestros templos y nuestras ciudades. Cuando Jesús le habla a través de la gente, lo consideramos una amenaza. Amenazan nuestra estructura, nuestra tradición, nuestra identidad, nuestros presupuestos para evangelismo público, así que los callamos —generalmente sugiriendo que son herejes o jesuitas».

La carta concluye: «Habiendo dicho eso, Dios está todavía en su trono. Soy su hijo y hay gente increíble que ha traído a nuestras vidas para avanzar a su lado así que hay mucho de que regocijarnos. Aunque hay muy poco en la iglesia mundial, en su estado presente, con lo que me identifico, sé en mi corazón que aquí es donde Dios me tiene y voy a continuar sirviendo».

¿Es este pastor una voz solitaria en el desierto? De ninguna

manera. Estoy convencido de que los sentimientos de la carta son compartidos por un gran número de hermanos, especialmente en América, Europa y en el Pacífico del Sur.

Insto a los líderes de la iglesia para que consideren cuidadosamente lo que he compartido. Es doloroso, pero es la realidad.

¿Qué tipo de iglesia adventista revelará el futuro? ¿Un organismo exclusivo, tan seguro de tener la razón considerando que todos los demás están equivocados de modo que siente que puede «avanzar solo», rechazando el contacto y la cooperación de los demás? ¿O considerará una visión más amplia, reconociendo que, si bien Dios nos ha levantado y nos ha dado un mensaje para el mundo, él es un Dios GRANDE, más grande que nuestra pequeña esfera y que está llevando a cabo sus propósitos a través de muchas otras agencias diferentes?

Es interesante que la posición oficial de nuestra iglesia hacia otros cristianos es inclusiva, no exclusiva. En 1870 encontramos la siguiente acción votada por la Octava Sesión Anual de la Conferencia General:

«RESUELTO, que a causa de nuestro bendito Redentor deseamos cultivar sentimientos fraternales y mantener relaciones amistosas con todos aquellos que nombran el nombre de Cristo; y en particular con aquellos que en común con nosotros mantienen la impopular doctrina del segundo advenimiento de nuestro Salvador está cercana».

Durante unos 100 años la relación de los adventistas con otras iglesias ha sido definida y guiada oficialmente por la política del *Reglamento Operativo de la Conferencia General* 0110, «Relación con otras iglesias cristianas y organizaciones religiosas». En parte, señala: «Reconocemos esas agencias que ensalzan a Cristo ante los

hombres como parte del plan divino de evangelización del mundo y mantenemos en alta estima a los hombres y mujeres cristianos de otras comuniones ocupados en ganar almas para Cristo».

Desafortunadamente, como en otras áreas, nuestra posición *oficial* no se lleva a la *práctica*. Muchos adventistas, tanto laicos como líderes, son cautelosos de entrar en contacto con otros que no son uno de «nosotros».

Necesitamos volver a la Biblia para ser guiados —de regreso a Jesús, nuestro Señor y Salvador.

¿La ciudad o el desierto?

Dos jóvenes empezaron a predicar —tan similares y tan diferentes.

Eran familia y casi de la misma edad. Ambos habían nacido bajo circunstancias poco comunes. Presentaban el mismo mensaje de parte de Dios: «¡Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se acerca!». Ambos atraían grandes multitudes y un grupo selecto de seguidores. Ambos murieron jóvenes, talados en espantosas ejecuciones, sin recibir justicia.

Ahí terminan las similitudes. Uno, el mayor, creció en el desierto; el otro en un pequeño pueblo, pero a unos cuantos kilómetros de la ciudad. Uno se vestía como un profeta antiguo, en piel y pelo de camello; el otro con una túnica (*chitón*) y la ropa (*himation*) que usaba la gente común. Uno comía lo que encontraba en el desierto —langostas y miel silvestre; el otro, el pan y el pescado que constituían la dieta local. Uno predicaba que el reino de Dios era inminente; el otro que el reino ya se estaba manifestando. Uno proclamaba que el Mesías estaba por aparecer; el otro se declaraba a sí mismo ser el por tanto tiempo prometido Ungido.

Uno llevó a cabo su ministerio en el desierto que le era familiar. Predicaba y la gente venía a él: «En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea» (Mateo 3:1, NVI). El otro, sin embargo, iba a la gente, donde estaba. Era el Hombre de la plaza pública. Para el primer predicador el ministerio se enfocaba en sus palabras —predicaba. Pero Jesús ministraba a la persona completa —enseñaba, predicaba, sanaba, hacía completas a las personas. «Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente» (Mateo 4:23, NVI).

Juan el Bautista era el hombre de Dios para ese tiempo. Era, como el evangelio de Juan nos dice, un hombre enviado por Dios (Juan 1:6). Jesús habló de él con palabras de elogio: «Les aseguro que entre los mortales no se ha levantado nadie más grande que Juan el Bautista» (Mateo 11:11, NVI).

Los adventistas ponemos una atención muy especial a Juan el Bautista. En sentidos muy importantes era el precursor del Mesías, llamado a anunciar su inminente aparición —como nosotros. Para los adventistas la atracción va todavía más allá: la sencillez del ropaje de Juan y su dieta estricta. (Aunque con todas las comidas de moda entre nosotros, todavía no he encontrado «langostas y miel silvestre para una vida más saludable»).

A lo largo de los años los adventistas tendemos a seguir el enfoque de Juan al ministerio en lugar del de Jesús. Hemos sido gente del campo, rechazando la ciudad, proclamando el mensaje de llamar a la gente a que venga a nosotros. En general, hemos evitado la plaza pública, la hemos visto con sospecha. Construimos escuelas y hospitales «retirados del mundanal ruido». Se acostumbraba decir que al final de cada camino uno podía encontrar un hospital

adventista.

Los tiempos, por supuesto, están cambiando. Las ciudades han crecido alrededor de nuestros colegios¹ y centros de salud. La población se ha acumulado en las ciudades. Y «el mundo» ha invadido hasta los más remotos rincones de nuestro desierto —a través del internet, celulares y la televisión.

Mientras tanto algunos de nosotros hemos vivido y servido en la plaza pública. Los adventistas afroamericanos han sido y son, mayormente, gente de la ciudad. Nuestros hospitales, llevando a cabo un ministerio masivo, han colocado a los adventistas sólidamente en la plaza pública —y, por lo tanto, me parece, nos han rescatado de algunos extremos que con frecuencia acompañan a los movimientos apocalípticos.

Es hora de que los adventistas salgan del desierto y vengan a la plaza pública. Es hora de seguir el método del ministerio de Jesús en lugar del de Juan. Es hora de dejar nuestra zona de confort en el desierto.

Para una iglesia que se jacta de tener «la verdad», es sorprendente que con frecuencia somos renuentes a salir de nuestra zona de confort. Tenemos un mensaje, ¡son las buenas nuevas! El mundo necesita oírlo; el mundo está esperando para oírlo.

Hemos permitido que cosas insignificantes y estúpidas se interpongan entre nosotros y la plaza pública. Cosas como nuestra dieta vegetariana. Incluso nuestro nombre: Iglesia Adventista del Séptimo Día. ¿Cómo no ha de pensar la gente que somos bichos raros, una especie de culto?

Todas esas reservaciones son sandeces. El mundo no considera más una dieta vegetariana como algo excéntrico —al contrario,

¹«Colegio» aquí es *college* en inglés, no lo que se entiende en español.

está de moda. «¿Adventistas del Séptimo Día? ¿Quiénes son y que creen? ¿Qué los hace diferentes de otros cristianos?». Esa es la reacción a nuestro nombre hoy en día, cuando las designaciones denominacionales y las diferencias cuentan cada vez menos.

Fuera de la zona de confort

Quiero compartir brevemente algunas de mis experiencias de cuando salí de mi zona de confort adventista y fui a la plaza pública. Me voy a limitar a unas cuantas experiencias en relación a mi involucración en actividades interiglesia e interfe.

Mi primera experiencia con el diálogo interiglesia ocurrió hace unos 30 años. Las circunstancias eran fuera de lo común: un grupo de líderes evangélicos, dirigidos por Kenneth Kantzer, quien era entonces editor de *Christianity Today*, solicitó una conversación con la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Deseaban determinar cómo podían relacionarse con los adventistas: ¿podían extendernos la mano en hermandad como cristianos genuinos, hermanos y hermanas cristianos, o habíamos pasado los límites de lo aceptable?

En esos momentos la relación entre los evangélicos y los adventistas era mezclada. Muchos evangélicos nos veían con sospechas; eran abiertamente hostiles en sus escritos y en sus predicaciones. Algunos, sin embargo, habían entrado en contacto con los adventistas en una base personal y encontrado que somos sinceros seguidores de Cristo. De parte de los adventistas, muchos entre nosotros albergaban sentimientos negativos similares hacia los evangélicos, considerándolos, lo mismo que a las otras iglesias en general, como parte de Babilonia. Debido a esa desconfianza mutua, se acordó desde el principio que las discusiones se manten-

drían fuera del público por ambos bandos.

Nos reunimos por algunos días en las oficinas generales de la Conferencia General en Takoma Park, MD. Los evangélicos trajeron a varios de sus peritos bíblicos, con Kenneth Kantzer encabezando al grupo. El bando adventista consistía de Gerhard Hasel, Bert Beach, Bill Shea y yo.

Las reuniones no fueron un verdadero diálogo, ya que todas las preguntas estaban dirigidas a los adventistas. El foco principal eran las Creencias Fundamentales, con dos en particular destacadas para examinación más detallada. Eran —como pueden imaginar— las declaraciones sobre Elena White y el ministerio de Cristo en el santuario celestial.

Las relaciones durante esos días fueron cordiales pero cautelosas. Los líderes evangélicos presentaron preguntas respetuosas pero penetrantes. Nos interrogaron a fondo hasta que estuvieron satisfechos de que comprendieron nuestra posición en relación a la Biblia —¿realmente consideramos la Biblia como la base de nuestras enseñanzas? Y en relación al santuario —¿disminuye nuestra doctrina del santuario el sacrificio todo suficiente y una vez para siempre de Cristo en el Calvario?

Después de un par de días de exploración, los evangélicos pasaron un tiempo considerando lo que habían escuchado. Se reportaron después con los resultados de su deliberación: no encontraron cosa alguna en nuestras creencias fundamentales que estorbaba para extender su mano de hermandad a los adventistas. Recuerdo bien la declaración de Kenneth Kantzer, durante la reunión final: «¡Nunca hagan a un lado su sábado! Los evangélicos somos débiles en el área de la obediencia; ¡necesitamos aprender de ustedes!».

¡Cómo me hubiera gustado haber podido decirle a nuestra gente acerca de las reuniones a través de las páginas de la *Review*!

Durante los 30 años que han transcurrido las relaciones entre los evangélicos y los adventistas han cambiado drásticamente. Tengo que concluir que esas reuniones en la Conferencia General, cuando nos sentamos con Kenneth Kantzer y su grupo, jugaron un papel muy importante que llevó a un nuevo día.

De los muchos diálogos interiglesia en los que estuve involucrado —primero como miembro del equipo adventista y después como su director— dos de ellos se destacan debido a su impacto: la conversación con los luteranos y después con la World Evangelical Alliance.²

El primero involucraba a la Lutheran World Federation,³ basada en Ginebra, Suiza, y representante de unos 60 organismos luteranos. Nos reunimos cuatro veces durante una semana cada vez durante 1994-1998. Los intercambios estaban marcados por una preparación cuidadosa y documentos eruditos serios; los eruditos provenían de distintos países.

El encuentro inicial, patrocinado por los adventistas, se llevó a cabo en el Marienhohe Seminaire en Alemania. Durante los primeros días la atmósfera era glacial. Varios de la delegación luterana no podían esconder su desdén por sus contrapartes adventistas, a quienes consideraban sectarios.

Pero, conforme la semana progresó, se hizo obvio un cambio gradual. Los luteranos se asombraron de nuestras expresiones de gran estima hacia Martín Lutero; al principio pensaban que no éramos sinceros pero, eventualmente, empezaron a ver que tal no era el caso. Al mismo tiempo sus ojos se abrieron al nivel de erudita

²Alianza Evangélica Mundial.

³Federación Mundial Luterana.

investigación e integridad que los adventistas exhibíamos. Entre nuestros representantes estaba el Dr. Hans Heinz quien citó de memoria de las obras de Lutero —en alemán!

Para el cierre de la semana estaba claro que toda esa conversación fructífera sería posible y debería de ser continuada. A nuestra invitación, la mayoría de los luteranos cambiaron sus planes de viaje para poder asistir a los cultos de sábado. Se sentaron en las clases de escuela sabática y después escucharon un sermón basado en los evangelios. Comentaron que el mensaje podría haber sido predicado de un púlpito luterano.

Durante los siguientes años tratados de ambos lados se enfocaron en la justificación por la fe y en las Escrituras, en la iglesia y los sacramentos y, finalmente, en escatología.

Por acuerdo mutuo dejamos para el final las conversaciones en las áreas en las que imaginamos ambos lados tendrían menos en común. Los tratados de los luteranos en escatología eran muy delgados. Por contraste, los de los adventistas no se detuvieron en nada, incluyendo tópicos como el remanente y la marca de la bestia. Algunos de los luteranos se atragantaron con la marca de la bestia y me pregunté si el diálogo habría llegado a su fin. Después de algunos intercambios amenos —para ponerlo suave— la buena voluntad establecida durante los tres años de conversaciones previas nos llevó a una conclusión de respeto mutuo.

Durante la reunión final desarrollamos una declaración extensa. Describía la naturaleza y el progreso de nuestros años juntos y concluía con una serie de recomendaciones a nuestras respectivas organizaciones. Cito de la primera de esas recomendaciones:

«Recomendamos que los adventistas y los luteranos reconozcan mutuamente el compromiso básico cristiano de la comunión

del otro. Recomendamos que los luteranos en el contexto de sus iglesias nacionales y regionales no traten a la Iglesia Adventista del Séptimo Día como una secta sino como a una iglesia libre y una comunión del mundo cristiano».

Los documentos del diálogo, lo mismo que el informe, fueron reunidos y publicados tanto por la Lutheran World Federation como por la Conferencia General de Adventistas del Séptimo Día. El libro *Lutherans and Adventists in Conversation, 1994-1998*,⁴ todavía está en circulación en Europa y en América.

La mayoría de los diálogos en los cuales estuve involucrado procedieron relativamente en calma. Sin embargo, cuando nos reunimos con representantes de la World Evangelical Alliance, tuvimos que agarrar al toro por los cuernos. Pronto fue obvio que algunos de la WEA albergaban sospechas profundas acerca de los adventistas y no estaban dispuestos a extendernos su hermandad.

La primera reunión se llevó a cabo en un seminario bautista en Praga, la Republica Checa, con los evangélicos como anfitriones. Uno de sus delegados, un pastor de Suiza, trajo dos grandes folios con material que colocó prominentemente en la mesa frente a él. Permaneció en silencio durante los primeros días pero después lanzó un ataque vitriólico basado en el contenido de los folios. Nos fue entonces aparente que había reunido una lista de ataques que había encontrado en el internet de escritos de algunos exadventistas.

La segunda reunión, en la cual los adventistas fueron los anfitriones, se celebró en Andrews University. Tenía fuertes dudas de que fuese posible llegar a una declaración de consenso para distribuir al público. Mis preocupaciones aumentaron cuando los rep-

⁴Luteranos y adventistas en conversación, 1994-1998.

resentantes evangélicos presentaron el borrador de su declaración final. Era totalmente inaceptable para nosotros. Declaraba que los adventistas basan sus enseñanzas distintivas, incluyendo el sábado, en los escritos de Elena White en lugar de en la Biblia. Protestamos firmemente. Finalmente nos invitaron a producir un borrador de una declaración alternativa.

Bert Beach puso manos a la obra y produjo un documento sucinto que claramente destacaba las áreas en las que ambos bandos estaban de acuerdo y en cuáles en desacuerdo; además, contenía una lista de áreas en las que podría haber una posible cooperación. Después de mucho teje y maneje, y varias enmiendas, la declaración fue adoptada.

Desde ese encuentro, he notado un cambio en la forma como muchos evangélicos se relacionan con los adventistas. En el pasado cuando se enteraban que era adventista, un frío notable se dejaba sentir. Ahora soy saludado amablemente como un hermano cristiano. La WEA en sus frecuentes comunicados de prensa enfatiza que la Iglesia Adventista del Séptimo Día, si bien no es miembro de su organización, está en hermandad con sus miembros, que son más de 600 millones en todo el mundo.

A mi juicio las diversas conversaciones oficiales en las que hemos participado —con la Iglesia Reformada, el Ejército de Salvación, los Menonitas, los Presbiterianos y otros— hicieron mucho bien. Ayudaron a corregir malentendidos, a quebrantar los estereotipos, a quitar prejuicios. Me beneficiaron personalmente: al salir de mi zona de confort adventista, mi pensamiento fue más amplio y se enriqueció. Conocí a hombres y mujeres que no solamente son peritos de altura, sino que también son devotos cristianos. El ver mis creencias adventistas contra el telar de

otras tradiciones religiosas me produjo mayor claridad y aprecio. Aprendí a no titubear o estar a la defensiva.

Algunos de los santos han cuestionado esas conversaciones. En sus mentes el proceso mismo del diálogo demuestra vacilación en relación a nuestras creencias. Les puedo asegurar que están equivocados, terriblemente equivocados. Si los cristianos de diferentes iglesias están *dispuestos* a sentarse con nosotros para descubrir qué es lo que nos motiva; si, como algunos lo han hecho, se acercan a nosotros y nos *solicitan* que nos reunamos con ellos, ¿por qué no entrar en un diálogo franco y honesto con ellos?

No lo hubiera imaginado, pero el Señor tenía todavía más para mí. Me iba a llevar muy lejos, muy lejos de mi zona de confort, mucho más allá de adonde ya había ido. Me reuniría a entrar en diálogo con líderes del Islam.

Así fue como sucedió. Conforme estaba por jubilarme de la *Adventist Review*, mi jefe, el Dr. Jan Paulsen, me presentó una sorprendente invitación: ¿Estaría dispuesto a continuar trabajando en la Conferencia General, a medio tiempo, como su asistente especial a cargo no solamente de diálogos interiglesia sino para ir al campo de la interfe? Con nuestra iglesia creciendo rápidamente alrededor del mundo, los adventistas ahora tienen vecinos que son budistas, hindúes, musulmanes y otros más. Mi nueva responsabilidad involucraría hacer contacto con esos líderes de las religiones del mundo al nivel más elevado posible, procurando hacerles saber quiénes somos, nuestros valores y nuestras creencias.

Esa tarea, para la cual no hay una descripción de trabajo ni derrotero a seguir, fue mi enfoque durante los siguientes ocho años. Me llevó al Reino Hashemita de Jordán varias veces, en el que conocí a los dirigentes religiosos y políticos desde el juez mayor de

la nación a la princesa Basma, hermana del rey Hussein. Algunos de esos oficiales llegaron a ser buenos amigos —como el profesor Hamdi Morad, imam del rey; el embajador Hussein abu-Nieman, representante de Jordán en las Naciones Unidas; y al juez Amjad B. Shmoot, fundador y director del Arab Bridge Center for Human Rights.⁵

Esos encuentros transformaron mi perspectiva, especialmente en relación al Islam. Me sorprendió descubrir lo accesibles que eran esos elevados oficiales y lo poco que conocían de los Adventistas del Séptimo Día, cómo compartieron su creencia en el retorno de Isa (Jesús) y qué tan ansiosos estaban de distanciarse del elemento violento dentro del Islam.

Esos contactos eventualmente rindieron resultados importantes. Bajo los auspicios del Arab Bridge Center y la International Religious Liberty Association,⁶ convenimos un simposio de todo un día en la universidad de Amman —capital de Jordania— considerando el tópico «Enseñanzas con relación a la educación». Tanto oradores adventistas como musulmanes atrajeron dignatarios en Amman, recibiendo extensa cobertura por la prensa. La reunión se inauguró con un saludo del ministro de asuntos religiosos.

«Enseñanzas con relación a la educación» —un mensaje que necesitamos urgentemente en los Estados Unidos hoy.

Mis esfuerzos en las relaciones interfe produjeron reacciones mixtas entre los adventistas. Después de varios años escribí un artículo resumiendo mis experiencias con los musulmanes que fue publicado en *Adventist World*,⁷ —de ahí se hizo viral. Durante los

⁵Centro puente árabe para derechos humanos.

⁶Asociación internacional para la libertad religiosa —una asociación adventista basada en la Conferencia General.

⁷Mundo adventista.

años he recibido muchas cartas pero ese artículo me trajo todo un diluvio de las mismas. Conforme el artículo circulaba por el internet, continué escuchando de los santos por varios años. Muchos de los que escribieron lo hicieron en un tono positivo. Algunos estaban perplejos. ¡Otros estaban al rojo vivo!

Hay mucho más que podría compartir acerca de mis experiencias en relaciones interiglesia e interfe, pero vayamos a las Escrituras.

La Palabra del Señor

Esa palabra viene del libro de Hebreos, tan amado y tan importante para los adventistas:

«Los cuerpos de los animales cuya sangre introduce el sumo sacerdote en el santuario a causa del pecado, se queman fuera del campamento. De igual manera, Jesús sufrió fuera de la puerta, para santificar así al pueblo mediante su propia sangre. Así que salgamos con él fuera del campamento, y llevemos su deshonra» (Hebreos 13:11-13, RVC).

Nunca he escuchado un sermón basado en este pasaje. El escritor aquí hace una aplicación homilética al ritual del santuario terrenal. En el libro de Levítico (capítulos 4 y 6), encontramos que la ofrenda por el pecado era presentada en una de dos formas. La sangre era llevada al Lugar Santo y rociada en el altar o la carne era cocinada y una porción era comida por el sacerdote. Cuando el primer ritual era llevado a cabo —la sangre llevada al santuario— el cuerpo del animal era llevado fuera del campamento y quemado.

«Fuera del campamento»: la expresión aparece varias veces en Números y en Deuteronomio. «Fuera del campamento» era un lugar impuro, un lugar al que los leprosos eran mandados, donde

rondaban los criminales.

El autor de Hebreos presenta este punto: Jesús murió «fuera de la puerta». No murió en el Monte del Templo, en el lugar consagrado para el ritual del santuario. ¡No! Jesús murió en un lugar nada santo, en un lugar impuro en el que los criminales eran ejecutados.

Ahora, dicen las Escrituras, ¡vayamos fuera del campamento! Ahí es donde está Jesús, no en la Ciudad Santa, no en el Monte del Templo. Al plantar su cruz fuera de la puerta —fuera del campamento— nuestro Señor ha abolido las antiguas distinciones entre lo limpio y lo impuro, entre lo sagrado y lo profano. No hay lugar que esté fuera de límites para él. Él es Señor de todo. Incluso de la plaza pública.

Conforme lo hacemos, estemos listos para salir de nuestra zona de confort de nuestra mente y seamos abiertos a lo nuevo, lo grandioso, lo atrevido. Creo que el Señor ha dado a su iglesia ideas y valores que son necesarios para este tiempo. ¿Vamos a seguir a Jesús fuera del campamento?



CAPÍTULO TRES

A la espera de Jesús: *¿El cuándo o el quién?*

No podréis decir que Cristo vendrá dentro de uno, dos o cinco años; tampoco debéis posponer su venida diciendo que quizá no se produzca ni en diez ni en veinte años.—Elena White, 1891

DURANTE LA RECIENTE SESIÓN de la Conferencia General, un refrán escuchado frecuentemente desde el podio era «Jesús puede venir antes de la próxima Sesión», o «esta es la última Sesión de la Conferencia General que se llevará a cabo».

Eso no es nada nuevo —he escuchado las mismas palabras en cada una de las siete Sesiones a las que asistí. Quizá la diferencia estaba en la intensidad con la que la idea del inminente retorno de Jesús era tomada por los delegados y vistas. Se tornó en una mantra.

¿Hay algo de malo en eso? ¿Llamó la atención de la gente? ¿No genera emoción el énfasis en la pronta aparición de Jesús?

Sí, pero no para muchos adventistas. Cuando escuchan a alguien decir que nuestro Señor regresará antes de la próxima Sesión de la Conferencia General —dentro de los próximos cinco años— se dicen a sí mismos: «He escuchado esta canción antes. De hecho, la he estado escuchando durante los últimos 10 (o 20 o 30 o 40 o 50) años. Es una tonada conocida. Pero todavía estamos aquí».

Jugar el juego de la inminencia puede ser emocionante —por un tiempo. Pero también nos puede llevar al agotamiento —al agotamiento escatológico. Hay miles —solamente el Señor sabe cuántos— exadventistas o apáticos miembros actuales, inertes a la bendita esperanza, que simplemente han perdido toda esperanza en la Segunda Venida.

Podemos hacer algo mejor que tocar el tambor del tiempo. A ceñirse el cinturón: nuestra obsesión con el tiempo, en el pasado y en la actualidad, no es lo que el Señor desea.

No es la escatología de Jesús.

No es la escatología del Nuevo Testamento.

No es la escatología de Elena White.

Esto puede sorprender a alguno. Insto a que se considere cuidadosamente lo que escribo; hago una invitación a demostrar que estoy equivocado. Pero vayamos primero a nuestros comienzos y tracemos con pinceladas amplias nuestra historia como un movimiento apocalíptico.

Un recorrido por nuestro historial apocalíptico

Hace unos 170 años, un grupo de hombres y mujeres en Norteamérica se unieron yendo en busca de un sueño. Creían que

podrían ver a Jesús viniendo en las nubes. Estaban absolutamente seguros de que tenían la razón. Algunos abandonaron todos sus planes para el futuro; algunos dejaron que sus plantíos se pudriesen en el campo; todos estaban convencidos de que el mundo estaba por terminar.

Estaban todos equivocados.

De un grupo de hombres y mujeres quebrantados surgió la Iglesia Adventista del Séptimo Día. La Iglesia Adventista del Séptimo Día —desistió de poner una fecha para el retorno de Jesús, pero estaba convencida de que el gran evento se llevaría a cabo pronto, durante su vida.

Tal no fue el caso.

No durante su vida.

Ni durante la vida de sus hijos.

Ni en la vida de sus nietos.

Ni en la vida de sus bisnietos.

¿Podemos todavía soñar el sueño del pronto retorno de Jesús? ¿Será que la disonancia cognitiva ha llegado al grado de que debemos, en toda honestidad, distanciarnos y hacer una reevaluación?

Esta iglesia, que surgió de un sueño, ha crecido y ha florecido en sueños. En ese respecto no es única: tras cada empresa que ha dejado su marca en el mundo —sea un negocio, una universidad, un hospital o una iglesia— una investigación encontrará que alguien o un grupo de personas tuvo un sueño.

Así que los adventistas, soñando el sueño imposible de la inminente parousía, también soñaron otros sueños, sueños afines:

—del evangelio llegando a todo el mundo,

—de clínicas y hospitales y escuelas de medicina y odontología,

—de escuelas primarias, academias, colegios¹ y universidades.

Éramos, somos, los hacedores. Éramos, como H. Richard Monroe, exdirector de Time Inc., nos describió, hiperambiciosos. Nunca hemos tenido suficiente dinero para empezar, mucho menos para seguir adelante, pero lo hacemos de todos modos. Nos hemos empeñado en ser una red global de instituciones educativas y médicas.

¡Qué soñadores hemos sido!

—John Harvey Kellogg, un genio excéntrico;

—Fernando y Ana Stahl, transformadores de la sociedad y la gente del Altiplano en Perú;

—Elena White, reconocida por la revista Smithsonian como uno de los 100 americanos prominentes de todos los tiempos;

—W. W. Prescott, extraordinario educador, fundador de Union College y Walla Walla College (sirviendo como presidente de ambos simultáneamente), lo mismo que Battle Creek College.

—Barry Black, vicealmirante de la Marina de los Estados Unidos, destruyendo estereotipos, capellán del Senado de los Estados Unidos.

Y todavía mucho más. Hombres y mujeres de valor, de determinación, de visión.

Todos ellos soñadores.

Como John Burden y Anna Knight y Leonard Bailey, H. M. S. Richards, Bill Loveless y Roy Branson.

Pero, ¿podemos seguir soñando?

Es una gran historia, la historia del adventismo, la historia de nuestra iglesia. Pero si retrocedemos por un momento, echemos un vistazo general al cuadro que he delineado y consideremos.

¹«Colegio» aquí es *college* en inglés, no lo que se entiende en español.

Los pioneros del adventismo creían que predicaban que Jesús vendría pronto. Pero casi desde el principio empezaron a actuar como si ese sugerente «pronto» realmente no ocurriría pronto:

- compraron prensas para imprentas;
- establecieron una casa publicadora;
- formaron una corporación;
- se organizaron.

Si Jesús estuviese por venir dentro de cinco años, ¿para qué molestarse haciendo todo eso?

Pero no solo eso:

- se casaron;
- tuvieron hijos.

Si uno cree que un tiempo de terribles dificultades está por desatarse en el mundo, ¿no es irresponsable traer hijos al mundo y exponerlos a las mismas?

La historia continúa:

- establecieron una escuela;
- establecieron un instituto de salud;
- establecieron un colegio.²

¿Por qué, si Jesús estaba por volver dentro de unos cinco años, haría uno eso?

Para principios del siglo XX no teníamos un colegio, sino toda una cadena de colegios. La obra de publicaciones estaba ahora colocada en un enorme edificio en Battle Creek y producía mucho material impreso —de todo tipo. Tuvimos que establecer otra casa publicadora. Contábamos ahora con un enorme instituto de salud, famoso en toda Norteamérica e incluso en el extranjero, que atraía a sus puertas a los ricos y los famosos —políticos y presidentes,

²«Colegio» aquí es *college* en inglés, no lo que se entiende en español.

estrellas deportivas, los pudientes y la elite de la sociedad.

Hay que recordar que Elena White vivó durante toda esa dramática expansión. Elena White escribió a favor de esa expansión.

Elena y Jaime White tuvieron cuatro hijos.

Esos hechos hacen parecer incongruente el refrán: «Esta podría ser la última Sesión de la Conferencia General en la tierra». Hay una desconexión masiva en todo esto, una enorme disonancia cognitiva.

Durante la larga carrera de Elena White como mensajera a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, de tanto en tanto hubo individuos entre nosotros que declararon que Jesús estaba por aparecer. Hacían cálculos e interpretaciones privadas de las profecías. Cada vez que aparecían, Elena White los reprendía fuertemente, advirtiendo a los adventistas a no dejarse llevar por el sendero de las emociones.

Su consejo era no presentar más mensajes en relación al tiempo: «Nunca más habrá un mensaje para el pueblo de Dios que se base en el tiempo. No hemos de saber el tiempo definido, ya sea del derramamiento del Espíritu Santo o de la venida de Cristo» (*Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 220).

Poco antes de salir de Estados Unidos para Australia, Elena White predicó en Lansing, Michigan. Para su sermón, predicado el 5 de septiembre de 1891, escogió Hechos 1:3-7 como la base de su mensaje, en el que los discípulos preguntaron al Señor resucitado cuándo iba a restaurar el reino de Israel. Jesús no contestó su pregunta; en cambio, dijo: «No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre» (v. 7, NVI). Esas palabras fueron el tema del sermón de Elena White ese día.

«En vez de vivir a la expectativa de alguna oportunidad especial de excitación», dijo, «hemos de aprovechar sabiamente las oportunidades presentes haciendo lo que debe hacerse a fin de que sean salvas las almas. En vez de consumir las facultades de nuestra mente en especulaciones acerca de los tiempos y las sazones que el Señor ha dejado en su sola potestad y ha retenido de los hombres, hemos de entregarnos al control del Espíritu Santo, a la ejecución de los deberes actuales, a dar el pan de vida, sin mezcla de opiniones humanas, a las almas que están pereciendo por la verdad» (*Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 218).

Más tarde en su sermón, fue más específica: «No podréis decir que Cristo vendrá dentro de uno, dos o cinco años; tampoco debéis posponer su venida diciendo que quizá no se produzca ni en diez ni en veinte años» (*Ibid.*, pág. 221).

El consejo de Elena White todavía rectifica a la iglesia hoy. Si lo obedecemos, vamos a dejar de exclamar «Jesús podría venir antes de la próxima Sesión de la Conferencia General» o cualquier otra declaración que implique que Jesús está por aparecer. En lugar de enfocarnos en el tiempo, deberíamos de enfocarnos en Jesús; en lugar de en el cuándo, en el quién.

Esto va a ser algo difícil de hacer para nosotros. La mantra del tiempo está muy arraigada en el pensamiento adventista. Deberíamos de proclamar el retorno de Jesús —proclamarlo vigorosamente, proclamarlo gozosamente— pero deberíamos desistir de la enfatización respecto al tiempo.

Este es un ejemplo de la prehistoria, cuando era estudiante preparándome para el ministerio en Avondale College en Australia: es

1959 y un predicador visitante está predicando el sermón el sábado. Usa la historia de Noé y cómo predicó por 120 años antes del diluvio. «Miren», dijo el predicador, «Noé predicó por 120 años y después vino el diluvio. Los adventistas hemos estado predicando desde 1844. Si añadimos 120 años, llegamos a 1964».

«No estoy estableciendo una fecha para el fin del mundo», dijo. Pero lo estaba haciendo. Su sermón estaba basado en establecer el tiempo, no en Jesús. Sin el aspecto del tiempo su sermón se hubiese desmoronado.

Es un ejemplo más que obvio, pero predicar y escribir ese tipo de cosas con frecuencia ha caracterizado a nuestra escatología. Es tiempo de ponerlos a un lado; es tiempo de destacar el quién en lugar del cuándo.

¿Qué dice la Biblia? ¿Qué instrucción nos da el Señor acerca de cómo debemos esperar su venida? ¿Qué dicen los escritores del Nuevo Testamento?

La advertencia de Jesús

El Sermón del Monte, en los capítulos 5 al 7 de Mateo, es justamente considerado lo mejor de las enseñanzas de Jesús. Ha sido llamado la carta magna del reino de Dios; siempre se incluye en las antologías de los grandes escritos religiosos del mundo. A Mahatma Gandhi le gustaba citarlo en sus reuniones de oración.³

En ese clásico de la vida cristiana, ¿cuánto énfasis da Jesús a esperar su retorno? Ninguno. Si se escudriña el sermón se pueden encontrar tres palabras que se aproximan: «Venga tu reino» (Mateo 6:10), una oración para que Dios traiga su reino sobre la tierra, po-

³«El Sermón del Monte de Cristo me llena de dicha hasta el día de hoy. Sus dulces versículos tienen todavía hoy el poder de calmar la agonía de mi alma». Gandhi in India, in His Own Words [Gandhi en la India, en sus propias palabras] (Hanover, N.H.; University Press of New England, 1987), pág. 5.

niendo fin a la larga noche de pecado y oscuridad.

Pero hay un discurso largo acerca del Fin en Mateo 24 (también en Marcos 13 y Lucas 21). Aquí el Señor, en respuesta a la pregunta de los discípulos con relación a cuándo se va a llevar a cabo la destrucción de Jerusalén y cuáles serán las señales de su venida, da un vistazo general del futuro, un panorama que abarca, en pinceladas amplias, el periodo entre esa tarde en el Monte de los Olivos y la Segunda Venida. Habrá terremotos y hambrunas, les dice, guerras y rumores de guerras, falsos profetas y falsos cristos, terribles persecuciones lo mismo que la distribución del evangelio del reino por todo el mundo.

Regresará y su regreso va a tomar a muchos de su pueblo dormidos al volante, borrachos a las señales de los tiempos. Así que sus seguidores han de mantenerse alertas, llevando fielmente a cabo las labores que les fueron encomendadas y listos para recibir a su Maestro cuando aparezca.

En esta presentación mayor sobre el Fin, no encontramos ninguna pista de excitación, de una ventana de cinco años durante la cual Jesús retornará. Al contrario, lo opuesto: Jesús nos dice que nadie, ni siquiera los ángeles, pueden saber cuándo va a retornar de nuevo.

El evangelio de Juan, como en muchas otras áreas, presenta otro aspecto de la Segunda Venida de lo que encontramos en Mateo, Marcos y Lucas. No aparece un discurso apocalíptico, sino que encontramos las palabras tan especiales para los adventistas: «Vendré otra vez y los tomaré conmigo» (Juan 14:3, RVA-2015). El énfasis, sin embargo, está no en las señales del Fin como en Mateo 24 y sus paralelos, sino en el Espíritu Santo. Jesús está a punto de dejar sus discípulos y regresar al Padre, pero les promete: «No los

voy a dejar huérfanos; volveré a ustedes... Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho» (Juan 14:18, 26, NVI). Este tema de la venida del Espíritu Santo domina los capítulos 14 al 17 del evangelio de Juan.

En el capítulo final del evangelio de Juan leemos el fascinante incidente entre los seguidores de Jesús. El Señor resucitado y sus discípulos están ante el Mar de Galilea. Pedro le pregunta a Jesús qué va a ser del Discípulo Amado y Jesús le contesta: «Si quiero que él permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú sígueme no más» (Juan 21:22, NVI). Entonces Juan, escribiendo como un viejo cuando los otros doce ya han desaparecido, comenta: «Por este motivo corrió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no dijo que no moriría, sino solamente: “Si quiero que él permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?” (v. 23).

Podemos imaginar la escena: los apóstoles han llegado a ser menos y menos, conforme cada uno de ellos sufre muerte bajo martirio. Ahora solamente Juan queda de los Doce y es ya un viejo. ¿Por cuánto tiempo más ha de seguir con vida? ¡Jesús, ciertamente ha de estar por venir!

Un mensaje basado en tiempo.

Están equivocados. Juan falleció. Y Jesús no regresó.

Todo el Nuevo Testamento, cada libro, palpita con la alegre certeza de la Segunda Venida. Es la «bendita esperanza» de todos los que aman al Señor. Pero esa esperanza significa una espera paciente, una espera con esperanza, una espera con confianza. Una espera que obedece las palabras de Jesús: «Tú sígueme, no más», en lugar de aquella que revolotea con excitación porque se ha con-

vencido de que el tiempo es breve.

La tardanza

Reforzando excitaciones dañinas acerca de la inminente Segunda Venida es la idea que Jesús podría haber venido y debería haber venido antes. Libros, artículos y sermones han asumido que el retorno del Señor se ha retrasado y han tratado de explicar la razón.

Teólogos tan diversos en su manera de pensar como Herbert Douglass y Desmond Ford encuentran terreno común. Para Douglass, el «principio de la cosecha» es la clave: Jesús espera hasta que la cosecha esté madura, queriendo decir que el pueblo de Dios ha alcanzado el carácter que Dios requiere de ellos. Para Ford, la razón de la tardanza se encuentra en el evangelio —el verdadero evangelio de justificación por la fe proclamado con poder sacudirá al mundo y Jesús regresará. Eso podría haberse llevado a cabo en el primer siglo AD; todavía podría llevarse a cabo.

La idea de la tardanza está tan arraigada en el pensamiento de muchos adventistas que es alarmante descubrir que no tiene apoyo con la información que aparece en el Nuevo Testamento. El tono del pensamiento bíblico es diametralmente opuesto a esa idea.

Por más que se escudriñen las páginas del Nuevo Testamento, esa teología no se va a encontrar. Solamente en un lugar aparece alguien señalando «mi señor tarda en venir» (Lucas 12:45, NVI), pero proviene de la voz del siervo insensato, no de uno de los siervos fieles. Así que si ensalzamos el refrán de la «tardanza» nos encontramos en compañía indeseable.

A lo largo de la Biblia, Dios aparece como Señor del tiempo y el espacio. Quien tiene «todo el mundo en sus manos». Dios da a los

seres humanos la libertad de elegir pero no de frustrar Su voluntad. Sugerir que Jesús podría haber regresado hace 2,000 años si sus seguidores hubiesen hecho su trabajo es contrario a las Escrituras —es incongruente con el cuadro bíblico de Dios.

Caemos en una escatología por obras: podemos hacer que Dios dependa de nosotros. Está fuera de nuestro poder, de nuestro alcance, el producir la Segunda Venida. «Dios a su debido tiempo hará que se cumpla. Al único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de señores» (1 Timoteo 6:15, NVI).

Otra expresión adventista común es «terminar la labor», queriendo decir que nosotros terminamos la labor del evangelio para que el Señor pueda retornar. Pero, ¿qué nos dicen las Escrituras? «El Señor cumplirá plenamente su palabra en todo el mundo» (Romanos 9:28, DHH). Él, no nosotros. Tenemos una parte que hacer, pero Dios es Señor de la misión.

De los miles de versículos en la Biblia, uno —solamente uno— sugiere que podemos afectar el tiempo del retorno de Jesús: «Puesto que todas estas cosas han de ser destruidas de esta manera, ¡qué clase de personas no debéis ser vosotros en santa conducta y en piedad, esperando y apresurando la venida del día de Dios» (2 Pedro 3:11-12, LBLA). Ese pasaje, sin embargo, no habla de retrasar la venida del Señor, sino de apresurarla.⁴

¿Cómo deberíamos entonces vivir?

En regocijo, confiadamente esperando el retorno de Jesús.

Viviendo a su gloria, perfeccionando santidad en el temor de Dios.

⁴La mayoría de las traducciones al español, no contienen esa referencia, desde la Reina Valera Antigua a la Nueva Versión Internacional, en lugar de «apresurando la venida», se traduce «apresurándose para la venida», «esperando ansiosamente la venida», o expresiones similares.

Continuar el ministerio de enseñanza y salud de Jesús, conforme tanto de palabra como por nuestra vida esparcimos las buenas nuevas.

Esperando calmada y pacíficamente cada día.

Pablo nos dice: «Venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo» (Gálatas 4:4, RVA). Dios envió a su Hijo una vez en el cumplimiento del tiempo y lo va a enviar de nuevo cuando el tiempo se haya cumplido plenamente.

Sí, regresará, como lo ha prometido. La cruz garantiza la nube. «Como las estrellas en la vasta órbita de su derrotero señalado, los propósitos de Dios no conocen premura ni demora» (*El deseado de todas las gentes*, pág. 23).



CAPÍTULO CUATRO

El mensaje: ¿Mantendremos lo principal lo principal?

Lo principal es mantener lo principal lo principal.—Steven Covey

CUÁL ES NUESTRO MENSAJE que llevamos al mundo? ¿Es algo completamente nuevo en la historia cristiana? Cuando enseñaba en Spicer Memorial College en la India (ahora Spicer Adventist University), llegó un misionero a presentar la semana de oración anual. Sus sermones estaban basados en el tema de la justificación por la fe, llevándonos día tras día a través de historias bíblicas de Abraham, David y otros más. Fue, mayormente, una buena semana, de mucha ayuda y ánimo —hasta su mensaje final el sábado por la mañana. Por alguna razón apro-

vechó la ocasión para atacar el uso del anillo de boda.

En la India las mujeres muestran su condición civil llevando uno o varios anillos de boda. Algunas usan un anillo, pero en otras partes del país una cadena de oro —llamada un thali— es llevada alrededor del cuello. Para otras mujeres, un brazaletes o varios brazaletes anuncian que la mujer es casada. Algunas mujeres usan más de una muestra de su estado civil.

Mucho antes de que Noelene y yo llegásemos a la India como jóvenes misioneros, los líderes de la iglesia adventista habían considerado las costumbres prevalentes y llegado a un standard para los miembros de iglesia: cualquiera de las señales de matrimonio —anillo, thali o brazaletes— pero no más de uno.

El orador, habiendo pasado muchos años en la India, ciertamente conocía la política de la iglesia adventista. Pero tenía una «responsabilidad» al respecto: cualquiera y todas las muestras de matrimonios estaban fuera de lugar. Así que —¿se podría creer?— llevó la serie sobre justificación por la fe a su clímax haciendo un llamado al altar para que la gente pasase al frente y renunciase a su señal de boda.

¡Increíble! Que farsa del evangelio.

Lo que recuerdo es que la reacción de la audiencia fue tibia: unos cuantos estudiantes dóciles y miembros del personal arrastraron los pies al frente. El presidente del colegio¹ estaba furioso, lo mismo que su esposa, quien llevaba un thali. Me fui a casa moviendo la cabeza.

El buen hermano, un sincero y devoto siervo del Señor, sacó sus convicciones de unos breves comentarios en los escritos de Elena White. Esos comentarios estaban dirigidos a Adventistas en

¹«Colegio» aquí es *college* en inglés, no lo que se entiende en español.

Norteamérica y fueron escritos en el contexto de evitar gastos derrochadores. Ella señaló claramente que no era su deseo imponer ese consejo a la iglesia en otras tierras.

Un ejemplo extremoso, quizá, pero no fuera de lo común. Quienes han sido adventistas por largo tiempo y leen este libro han de recordar situaciones similares.

Así que, ¿cuál es nuestro mensaje al mundo? Espero que sea algo más que anillos y brazaletes de boda.

¿Es nuestro mensaje sui generis, el único en su tipo, algo exclusivamente nuestro, algo que Lutero, Calvino, Wesley y otros reformadores no conocieron y no hubiesen reconocido?

Consideremos rápidamente el mensaje adventista a lo largo de nuestra historia. Vayamos después adonde tenemos que ir —a la Biblia— para ver si nuestro mensaje es lo que debería de ser.

El mensaje a lo largo de los años

Los primeros predicadores adventistas, sintiéndose llamados a declarar la importancia del sábado, tendían a enfocar la ley en lugar del evangelio. Predicaban la tal a tal grado que Elena White declaró que sus sermones «eran tan secos como las colinas de Gilboa» (*Review and Herald*, 11 de marzo de 1890). El asunto estalló durante la Sesión de la Conferencia General de 1888, llevada a cabo en Mineápolis, Minesota. Dos jóvenes ministros, Ellet J. Waggoner y Alonzo T. Jones, proclamaron el tema de la justificación por la fe sola. Los líderes de la iglesia, pensando que ese énfasis debilitaba los argumentos a favor de la ley y el sábado, se opusieron fuertemente. Así que Waggoner y Jones se mantuvieron solos contra George I. Butler, el presidente de la Conferencia General, Urías Smith, editor de la *Review and Herald*, y otros de sus parti-

darios fieles.

¡Pero no estaban completamente solos! Un líder se unió públicamente a su mensaje. Elena White, en un triste giro de eventos, encontró que su consejo era rechazado.

Pero el evangelio no puede ser contenido, como ha sido en toda era. Después de la Sesión de 1888, especialmente bajo el liderazgo de la pluma y la voz de Elena White, el mensaje de justificación por la fe avanzó lentamente, cada vez más ampliamente y más lejos hasta que llegó a ser la enseñanza establecida de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Elena White escribió algunas de las expresiones más hermosas del evangelio que puedan ser encontradas. Haciendo eco de la profecía de Isaías del Siervo Sufriente, escribió:

Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fue condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. El sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya. «Por su llaga fuimos nosotros curados» (*El deseado de todas las gentes*, pág. 16).

Comentando sobre la parábola de Jesús acerca del hombre sin un vestido de boda, escribió:

Únicamente el manto que Cristo mismo ha provisto puede hacernos dignos de aparecer ante la presencia de Dios. Cristo colocará este manto, esta ropa de su propia

justicia sobre cada alma arrepentida y creyente. “Yo te amonesto—dice él—que de mí compres... vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”.

Este manto, tejido en el telar del cielo, no tiene un solo hilo de invención humana». (*Palabras de vida del Gran Maestro*, pág. 253).

Durante la contienda sobre el evangelio, el editor Urías Smith escribió una serie de editoriales en la *Review* en los cuales argumentaba que necesitamos la justicia de Cristo para ser justificados pero, después de que hemos aceptado a Cristo, debemos desarrollar nuestra propia justicia guardando la ley. Elena White lo reprendió fuertemente en una carta. Declaró que había leído su editorial y que un «personaje noble» había estado a su lado y le dijo que Urías Smith «estaba caminando como un ciego a la red preparada por el enemigo pero que no sentía el peligro porque la luz le parece oscuridad y la oscuridad luz» (Carta 55, 1889).

De las numerosas gemas de Elena White sobre justificación por la fe, esta es mi favorita:

Para quien está contento con recibir sin merecer, quien siente que nunca puede recompensar tal amor, quien pone a un lado toda duda y falta de fe, y se convierte como un niño a los pies de Jesús, todos los tesoros de amor eterno son un don gratuito y eterno (Carta 19e, 26 de octubre de 1892).

Así, incluso después de 1888 y el firme consejo de Elena White acerca de la total, suficiente muerte de Cristo en la cruz por nuestros pecados, uno encuentra de tanto en tanto intentos de añadir a la

sencillez del evangelio. Esos esfuerzos algunas veces suenan similares a los argumentos de Urías Smith ya mencionados —que la muerte de Cristo nos justifica, pero después de eso nuestras obras son necesarias para vivir la vida santificada.

Otra posición, una que va hasta el finado M. L. Andreasen, enfatiza la justificación que debe ser tenida por los redimidos en la tierra cuando Jesús regresa. Esa teología de la «última generación» se enfoca en la perfección del carácter en lugar de la justificación por la fe. Al hacer tal cosa se cae en el error al que Pablo se dirige en la carta a los Gálatas, a saber, añadir algo al evangelio, el cual declara que Cristo lo ha hecho ya todo por nosotros.

Tomando en cuenta nuestra enrevesada historia, ¿cuál debería ser nuestro mensaje para el mundo?

Lo principal

Lo principal de mantener lo principal lo principal, escribió Steven Covey, autor de *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva*, que ha vendido más de 25 millones de copias.

No una cosa entre otras, no lo segundo más importante, sino lo principal.

El apóstol Pablo nos dice qué es lo principal. Escribiendo a los creyentes en Corinto unos 25 años después de la muerte de Jesús, les dice:

Ahora, amados hermanos, permítanme recordarles la Buena Noticia que ya les prediqué. En ese entonces, la recibieron con gusto y todavía permanecen firmes en ella. Esa es la Buena Noticia que los salva si ustedes siguen creyendo el mensaje que les prediqué, a menos que hayan creído algo

que desde un principio nunca fue cierto. Yo les transmití a ustedes lo más importante y lo que se me había transmitido a mí también. Cristo murió por nuestros pecados tal como dicen las Escrituras (1 Corintios 15:1-3, NTV).

Pablo está aquí llegando a la conclusión de una carta muy larga. Ha tratado muchos tópicos —divisiones y facciones en la congregación, con un descarado caso de inmoralidad (un hombre ha tomado a la esposa de mi padre como su compañera sexual), con carne que ha sido ofrecida a ídolos antes de ser vendida en el mercado, con temas de relaciones maritales, con conducta desordenada durante la Cena del Señor, con el abuso de los dones espirituales, y otros asuntos.

Al terminar su carta, Pablo no menciona ninguno de esos tópicos. En cambio, les recuerda lo principal —el evangelio.

«Por este evangelio», les dicen, «son salvos». Y por este evangelio nosotros somos salvos. Es lo principal. Es lo de primera importancia.

Los Corintios necesitaban que se les recordase. Nosotros necesitamos que se nos recuerde.

Los Adventistas del Séptimo Día somos muy buenos para soñar nuevos planes y programas. Demasiado frecuentemente encontramos un plan que va a, como nos gusta decir, «terminar la obra». Jesús no ha regresado como pensamos que debería de haberlo hecho. De una manera u otra, es nuestra culpa, así que necesitamos encontrar la respuesta —necesitamos un programa más, el programa que ponga fin a todo y entonces vamos a ver a Jesús en las nubes.

No estoy exagerando. Pasé 25 años en la Conferencia General

y los líderes en ese lugar —mayormente hombres y mujeres sinceramente dedicados al Señor— pasan mucho tiempo creando nuevos programas.

Pero todavía estamos aquí. Después de miles de planes y programas, después de gastar una tonelada de dinero tratando de hacer que funcionen, ¡todavía estamos aquí!

¿Qué falló?

¿Qué es lo que sigue fallando?

Reconsiderando todos esos años, tengo que preguntar, ¿fuimos culpables de no hacer de lo principal lo principal?

Pablo estaba seguro de lo principal; no estaba confundido. ¿Y nosotros?

¿Qué piensan los adventistas que es lo principal?

¿El sábado, porque nos aparta de los demás? Nuestros pioneros le dieron duro al sábado; apalearon a los clérigos guardadores del domingo en sus debates. El sábado es importante: es el regalo de Dios a la humanidad, necesario hoy más que nunca antes. Pero el sábado, tan importante como lo es, no es lo principal. No, según Pablo: no está en su lista de «lo más importante».

¿La segunda venida? Otra enseñanza de gran importancia, la «bendita esperanza» nos asegura que este mundo turbulento no es la última palabra, que Dios no nos ha abandonado y dejado a la deriva, trastabillando en la oscuridad y el temor. ¡Jesús viene otra vez!

Pero la Segunda Venida, tan apreciada por nosotros, no es lo principal, aunque para muchos adventistas lo es. Pasan horas y horas tratando de descifrar cuándo retornará Jesús, aunque nos dijo que nadie, ni siquiera los ángeles, saben cuándo va a ser. Algunos nos enfocamos en los eventos de los últimos días, las calami-

dades, la persecución, el «tiempo de angustia».

Y, por lo tanto, perdemos de vista lo principal.

Bueno, ¿el Mensaje de los Tres Ángeles? Esa es nuestra comisión, nuestras órdenes de marcha. ¿No quiere el Señor que vayamos más allá de Martín Lutero y los reformadores para llevar el mensaje final a un mundo que perece?

No hay que ir tan de prisa. Consideremos Apocalipsis 14 de nuevo y ahí, justo al principio de los mensajes de los tres ángeles, encontramos que es el «evangelio eterno» lo que ha de ir a toda nación, tribu, lengua y pueblo (v. 6).

Eso significa que lo principal para nosotros es lo mismo que era para los creyentes en Corinto 2,000 años atrás.

Tuve un inning muy largo como editor de la *Adventist Review*. Recibía muchas cartas, la mayoría de ellas afirmando mi trabajo, otras algo desagradables, y algunas tan calientes que eran necesarios guantes de asbesto para poder tocarlas. De tanto en tanto había cartas en las cuales el escritor decía que Dios le había dado un mensaje para la iglesia y que debía ser impreso en la *Review* inmediatamente. Me advertían que si no lo publicaba Dios me castigaría.

Muchas contenían esfuerzos erróneos: cálculos y gráficas, compilaciones de citas de Elena White, pamplinas, pamplinas, pamplinas.

Siempre pasando por alto lo más importante. Todo eso sin darse cuenta de que lo principal es mantener lo principal lo principal.

¿Qué es lo principal?

Pablo nos lo dice y es algo sencillo. No es necesario sacar un

doctorado para entenderlo. No es necesario ir al seminario para descubrirlo.

Lo principal, lo que es de mayor importancia, viene en cinco palabritas: «Cristo murió por nuestros pecados». Cinco palabritas, pero llenas de significado. Cinco palabritas, pero son el evangelio. Cinco palabritas, pero nos hablan del significado de la muerte de Jesús de Nazaret.

Cristo: para los soldados romanos, la muerte de Jesús era una ejecución más de un alborotador. Otro día, otro pobre diablo.

La crucifixión era el método brutal de Roma para tratar a los disidentes. Estrechaban sus brazos en dos travesaños y en ellos clavaban sus muñecas y sus tobillos. La cruz era después levantada con el cuerpo colgando de la misma y dejada caer en el hueco. La víctima colgaba indefensa, incapaz de moverse o espantar las moscas o las hormigas que se acumulaban ante la sangre. Era una manera lenta y agonizante de morir; algunas veces se tardaban varios días.

Siempre era un espectáculo público. Roma quería enviar un mensaje, fuerte y claro, a todo aquel que considerase la idea de alzarse en rebelión: Esto es lo que te espera. Así que en la cruz de Jesús, sobre su cabeza, escribieron: «Jesús de Nazaret el Rey de los Judíos» (Juan 19:19, RVR1977). En las narrativas de la crucifixión en los cuatro evangelios, las palabras varían un poco, pero todas incluyen «el rey de los judíos».

Rey de los judíos —sarcástico, insultante.

Rey de los judíos —advertencia, estén atentos.

Pilato escribió «Jesús», pero Pablo dice «Cristo». Para los romanos el hombre en la cruz era simplemente eso, un hombre, un ser humano. Pero para Pablo y para nosotros es mucho más. Es el Cristo, el Ungido, el Mesías.

En Cesarea de Filipo Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen ustedes que soy?» Pedro, en un destello de inspiración replicó: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16).

Ahí es donde empieza el evangelio. Así es como lo principal empieza: «Cristo». No simplemente un hombre, aunque era realmente humano. No simplemente un buen hombre. No simplemente el mejor hombre que haya vivido jamás —el más puro, el más amable, el más noble. Era todo esto, pero era todavía más.

Algunas veces esta vida nuestra, hermosa como es, pareciera ser demasiado para llevar. Padecemos de cáncer o vemos a un ser amado con cáncer y eso nos hace sufrir. Perdemos nuestro empleo. Nuestro matrimonio, que había empezado tan bien, se torna agrio. Nos encontramos siendo tratados injustamente. La gente en la iglesia nos ve con mala cara. Nos preguntamos: ¿Cómo puedo lidiar con esto? ¿Cómo puedo seguir viviendo?

Clamamos, «¿por qué Señor? No pedí nacer. ¿Por qué me haces esto? Señor, si eres Dios, me tienes que pedir perdón».

Entonces venimos al Calvario. Vemos al Hombre colgado en la cruz en el centro. Lo escuchamos exclamar, «¿por qué?» Y ese «¿Por qué?» contesta todos tus «¿Por qué?». El letrero en su cruz dice «Jesús», pero no es solamente Jesús, el hijo de María. Es el Cristo, el Mesías, el Hijo del Dios viviente.

Es entonces que nos damos cuenta: Dios no tiene que pedirnos perdón. ¡Nosotros tenemos que pedirle perdón!

Murió: Lo principal, lo de primera importancia, nos dice Pablo, el evangelio, es: Cristo murió por nuestros pecados.

No es: Cristo vivió una vida perfecta. Sino: Cristo murió por nuestros pecados.

Nunca nadie ha vivido tal vida. Él es nuestro Ejemplo. Pero

el evangelio nos dice que antes de que hablemos de Cristo como nuestro Ejemplo, antes de que podamos decir otra cosa acerca de él, él murió.

Consideremos las cuatro historias acerca de Jesús de Nazaret, los evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Algunas veces se les conoce como las «vidas» de Jesús, pero no lo son. En realidad son las «muertes» de Jesús, con una introducción muy extensa.

Mateo tiene 28 capítulos, pero los últimos ocho —alrededor del 30 por ciento— se enfocan en la semana final de la vida de Jesús de Nazaret.

Marcos solamente tiene 16 capítulos y los últimos seis capítulos, tres octavos del libro, tratan con la Pasión de Jesús.

En Lucas son 24 capítulos y seis —una cuarta parte de ese evangelio— se enfocan en los últimos eventos de la existencia terrenal de Jesús.

En el evangelio de Juan el énfasis en la muerte de Jesús es todavía mayor: no menos de 10 capítulos, de 21, tratan con la Pasión de Jesús. Casi la mitad del libro.

Si uno fuese a escribir la biografía de Abraham Lincoln y terminase dedicando 50 por ciento del libro a los eventos relacionados con su asesinato por John Wilkes Booth en el Ford's Theater, ¿qué dirían los críticos? «No escribió una biografía de Lincoln —ha escrito acerca de la muerte de Lincoln».

Mateo, Marcos, Lucas y Juan lo entendieron. Entendieron el evangelio. Lo principal, lo de primera importancia, es la muerte de Cristo.

Todos los escritores del Nuevo Testamento siguen el mismo patrón. En una investigación rigurosa del Nuevo Testamento, aparte de los evangelios, se puede difícilmente encontrar alguna refe-

rencia a la vida de Jesús de Nazaret. Considerando la atención que damos a esa maravillosa vida, el silencio pareciera extraordinario. Pero lo que uno encuentra en cada libro de Hechos a Apocalipsis, es una constante referencia a la muerte de Cristo. Todos, en armonía con Mateo, Marcos, Lucas y Juan, tocan la misma nota. Su violín tiene únicamente una cuerda.

¿Qué está pasando? Están manteniendo lo principal lo principal.

Pero, ¿por qué enfocarse en la muerte? ¿Por qué Jesús siguió volviendo al tema conforme él y sus discípulos hacían su último viaje de Galilea a Jerusalén? «Ahora vamos rumbo a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley. Ellos lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles. Se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán. Pero a los tres días resucitará» (Marcos 10:33, 34).

Sus palabras llevan una nota de inevitabilidad: su destino es morir. Va a morir en Jerusalén, no solamente porque era una amenaza tanto para los romanos como para la clase dirigente judía, sino porque era su destino, su papel en el plan divino. Así que en el camino de Emaús el domingo por la mañana después de la resurrección, reprendió a Cleofas y a su compañero por su falla en comprender las Escrituras y preguntó retóricamente: «¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?» (Lucas 24:26, NVI).

«Está claro en las Escrituras», estaba diciendo. El Antiguo Testamento se enfoca en la muerte del Mesías.

¿Dónde? En los rituales en los cuales se centraba la vida espiritual de Israel —la muerte de animales. El Antiguo Testamento está bañado en sangre. En una lectura del libro de Levítico nos

lleva a encontrar ritual tras ritual, sacrificio tras sacrificio. Los sacerdotes que ministraron en el santuario eran como carniceros santos.

Por supuesto, todos esos sacrificios, toda esa sangre, en sí mismos no podían mejorar a la gente. El pecado es un problema moral —no se puede mejorar matando a un animal. Supongamos que me molesto y golpeo a alguien de modo que muere. ¿Cómo puedo solucionar el problema? ¿Con el sacrificio de una oveja o una cabra? Simplemente vamos ahora a tener entonces a un hombre muerto lo mismo que a una oveja o una cabra muerta.

Es por eso que el libro de Hebreos, que trata en detalle el tema del santuario en el Antiguo Testamento, nos dice inequívocamente: «Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados» (Hebreos 10:4, NVI). Pero continúa argumentando que hay un sacrificio que borra los pecados, el sacrificio de Jesús. Solamente un sacrificio. Uno, para toda la gente, para todo el tiempo: «Cristo fue ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno, sino para traer salvación a quienes lo esperan» (Hebreos 9:28, NVI).

Aquí, en Hebreos, consideramos más profundamente el misterio del Hombre en la cruz. ¿Por qué murió? ¿Por qué tuvo que morir? ¿Cuál era el mensaje de todos esos sacrificios de animales en el santuario? El autor de Hebreos nos dice, «la ley exige que casi todo sea purificado con sangre, pues sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Hebreos 9:22, NVI).

Esto empieza a tener sentido. La forma como Dios pone todo de la forma correcta lleva a la muerte. Sin derramamiento de sangre, no hay perdón. Sin la muerte de Cristo, no hay evangelio.

Seamos claros en una cosa. Dios no es una deidad vengativa que demanda sangre. ¡No! ¡Lo opuesto! Dios toma nuestra muerte sobre sí mismo: muere en una cruz.

Por nuestros pecados: en el capítulo 53 de Isaías encontramos una escena profunda. Vemos la misteriosa figura del Siervo Sufriente quien será el agente divino de redención:

Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
y molido por nuestras iniquidades;
sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,
y gracias a sus heridas fuimos sanados.
Todos andábamos perdidos, como ovejas;
cada uno seguía su propio camino,
pero el Señor hizo recaer sobre él
la iniquidad de todos nosotros (Isaías 53:5,6, NVI).

Después, en los últimos versículos de Isaías 53:

Derramó su vida hasta la muerte,
y fue contado entre los transgresores.
Cargó con el pecado de muchos,
e intercedió por los pecadores» (v. 12, NVI).

De nuevo, con el apóstol Pablo: «Cristo murió por nuestros pecados». Después, en la carta a los Corintios: «Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador [o una ofrenda por el pecado], para que en él recibiéramos la justicia de Dios» (2 Corintios 5:21, NVI).

Esto es lo principal. Siempre lo ha sido. Siempre lo será. No

tratemos de añadirle cosa alguna, porque entonces no va a ser lo principal.

Debemos de cambiar una de esas cinco palabritas. En lugar de «nuestros» poner «mis»: Cristo murió por mis pecados.

Todas mis faltas. Todas las veces que he fallado. Todas mis promesas quebrantadas. Todo mi orgullo. Toda mi envidia. Toda mi avaricia. Toda mi falta de consideración. Toda mi malevolencia. Toda mi irresponsabilidad. Todas las oportunidades desperdiciadas de hacer el bien, de ayudar a los demás.

Cristo murió por mis pecados.

Lo hizo. Es real. Es verdad.

Es liberador. Es la puerta para una nueva vida, para reír, para cantar, para crear, para la libertad.

El evangelio de Juan

Solo queda un aspecto de la muerte de Jesús que debemos considerar. Pablo nos dice que lo principal, lo de mayor importancia, «que Cristo murió por nuestros pecados» fue de acuerdo con las Escrituras.

La muerte de Jesús fue una sangrienta, agonizante crucifixión. Lo fue, pero fue más que eso. Fue «de acuerdo con las Escrituras».

Esta no fue una muerte al azar, no fue un accidente de la historia. Jesús de Nazaret no se llevó a cabo en el lugar erróneo en el momento erróneo. No, todo lo que le sucedió fue «de acuerdo con las Escrituras». Tras de Pilato y Caifás, tras toda intriga y traición, estaba Dios. Dios estaba trabajando tras todo ello, trabajando en un plan para salvar al mundo.

El evangelio de Juan nos da una perspectiva de lo que sucede tras bambalinas. Este evangelio, el último de los cuatro escrito,

probablemente unos 30 años después que los demás, muestra una profunda reflexión sobre el significado de la muerte de Jesús. Lo que emerge no es un cuadro que contradice lo que encontramos en Mateo, Marcos y Lucas, sino uno que enriquece enormemente la perspectiva que encontramos en sus narrativas.

El evangelio de Juan, como ya ha sido mencionado, es dominado por la Pasión del Señor y de una manera llamativamente nueva. En lugar de concentrarse en la tragedia y el sufrimiento en la cruz, Juan lo ve en términos brillantes, positivos. Para él, la muerte de Cristo por nuestros pecados está cubierta de gloria.

Esa palabra, gloria, es la clave para comprender el evangelio de Juan. La encontramos al inicio, en el prólogo: «El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14, NVI). La encontramos de nuevo en el segundo capítulo, cuando Juan narra la historia de la fiesta de la boda en Caná y nota: «Esta, la primera de sus señales, la hizo Jesús en Caná de Galilea. Así reveló su gloria, y sus discípulos creyeron en él» (Juan 2:11, NVI).

En total, encontramos en el evangelio de Juan la palabra «gloria» o el verbo «glorificar», mencionada unas 40 veces. La mayoría de las mismas aparecen durante la semana de la Pasión. A lo largo de su ministerio Jesús mira hacia el futuro, hacia lo que llama «mi hora», diciéndole a los discípulos que su hora no ha llegado aún. Por fin, en Jerusalén, les dice: «Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado» (Juan 12:23, NVI). Ora después a Dios: «¡Padre, glorifica tu nombre!». Se oyó entonces, desde el cielo, una voz que decía: «Ya lo he glorificado, y volveré a glorificarlo» (Juan 12:28, NVI).

En la cruz del Calvario las apariencias engañan al casual transeúnte que por mórbida curiosidad ha venido a ver a tres hombres morir crucificados. Hay más de lo que a simple vista se ve; más de unos soldados jugando dados. En la Cruz, se lleva a cabo una batalla campal y feroz. Las fuerzas del mal están llevando a cabo su asalto final contra Dios y su gobierno. El ataque viene con todas las armas del Príncipe de las Tinieblas —la mentira, la tortura, la agonía. Las fuerzas del bien lo reciben directamente. No reaccionan de la misma manera: en lugar de la mentira, la verdad; en lugar de la fuerza, el sufrimiento; en lugar del odio, amor.

Jesús de Nazaret murió en una cruz romana.

Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo con las Escrituras.

Y es un evento glorioso. Un evento glorioso con la gloria que emana del rostro de Dios.

Este es el testimonio de Dios acerca de Jesús. Es mi testimonio pero no ha de ser aceptado por quien yo soy. Es necesario creerlo, aceptarlo, porque es el testimonio de Dios acerca de su Hijo.

«Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras» (1 Corintios 15:3).

Esto es lo principal. Este es nuestro mensaje al mundo, para ser predicado en este tiempo del Fin.

Los últimos rayos de luz misericordiosa, el último mensaje de clemencia que ha de darse al mundo, es una revelación de su carácter de amor (*Palabras de vida del Gran Maestro*, pág. 342).

CAPÍTULO CINCO

Organización: Pensar lo impensable

*Debemos atrevernos a tener pensamientos «impensables».
Debemos aprender a explorar todas las opciones y posibilidades
que nos confrontan en un mundo complejo y rápidamente cambiante.
—J. William Fulbright*

SE ACERCAN CAMBIOS en la estructura de la iglesia adventista —cambios grandes. Los cambios son inevitables, pero la pregunta es: ¿Veremos lo que yace por delante y seremos suficientemente atrevidos para hacer los cambios necesarios o seremos superados —por no decir abrumados— por el tsunami de cambio?

No soy la primera persona que aborda el tema. Por más de 30 años el historiador adventista George Knight, en artículos, libros y presentaciones en público, ha levantado el estandarte profético del

cambio. Incansablemente ha señalado que la iglesia se ha tornado demasiado pesada para cumplir su misión. Su artículo «The Fat Lady and the Kingdom»¹, publicado originalmente en la *Adventist Review* en 1991, fue publicado más tarde como libro con el mismo título (1995). En otro libro provocadoramente titulado *If I Were the Devil*² (2007), Knight elaboró sobre el mismo tema.

Otras voces, particularmente en Norteamérica, han llamado la atención en años recientes a tendencias que tendrán un impacto serio en nuestra iglesia.

Muy pocas personas, incluyendo a los adventistas, reciben bien el cambio. Muchos lectores encontrarán este capítulo inquietante, incluso alarmante. Pero creo que la escritura está en la pared — usando una metáfora bíblica. Muchos trozos de evidencia señalan abundantemente claro que no podremos sostener la organización que nos ha servido muy bien durante un siglo. Las realidades de una iglesia mundial —números, estructura, finanzas— nos van a obligar a hacer cambios serios en la forma como operamos la iglesia.

A los adventistas nos gusta un buen informe. Nos regocijamos con lo más grande, lo más nuevo, lo más amplio, lo primero. Nos ponemos de pie para cantar «Bendiciones ricas, libres, cual copiosas lluvias das»³ (340, en el *Himnario adventista*). Pero se nos hace difícil lidiar con las realidades que producen los tiempos cambiantes: cuando la iglesia está declinando, en lugar de crecer, cuando cerramos una iglesia, cuando una institución se va en bancarrota. No hemos aprendido a cantar el canto del Señor en una tierra

¹La dama gorda y el reino o, simplemente, La gorda y el reino.

²Si yo fuese el diablo.

³El original inglés usa "Praise God from whom all blessings flow" —alabad a Dios, de quien fluye toda bendición—, que es la doxología, pero que en español no tiene una letra similar.

extraña, como el pueblo de Dios fue forzado a hacer hace mucho tiempo atrás (ver el Salmo 137).

La Review and Herald

Fungí en la junta de la Review and Herald Publishing Association por 25 años. La casa publicadora, fundada por Jaime White en 1852, era nuestra institución más antigua. Situada originalmente en Battle Creek, Michigan, se trasladó a Washington, DC, lo mismo que las oficinas de la Conferencia General, en 1903. Se había convertido en un enorme, próspero y floreciente negocio: empleaba a cientos de trabajadores y publicaba libros de calidad que un ejército de colportores vendía por miles, yendo de puerta en puerta, lo mismo que una pila de revistas que nutrían la vida adventista desde la cuna hasta la sepultura.

Para 1980 la plana en Washington, DC, se había tornado obsoleta y completamente inadecuada para una resonante empresa. «La Casa» se mudó de la ciudad a una localidad rural a 70 millas de distancia en Hagerstown, Maryland. En ese lugar, en un amplio campo verde, una instalación a última moda fue construida en lo que antes era una granja. Fue construida suficientemente grande como para proveer a las necesidades de publicaciones en todo el mundo de la iglesia adventista.

Me uní a la junta poco después de mudarse a Hagerstown. La Casa imprimía la *Adventist Review*; llegué a estar asociado muy cercanamente con los empleados que se encargaban del diseño y la diagramación, la edición, impresión y mercadeo de muchos de los productos producidos en el lugar. Eran un buen equipo de hombres y mujeres que daban lo mejor de sí en esa obra. Creían en la Review and Herald, creían que era la casa publicadora de

Dios. Lo era.

Sugerir en aquellos días que la casa publicadora algún día tendría que cerrar sus puertas era algo impensable. Sin importar las circunstancias que se elevaran, la casa sobreviviría, porque era la institución del Señor. Hasta el mismo fin, muchos continuaron creyendo que surgiría una forma de hacer que la Casa sobreviviera.

Mi experiencia como miembro de la junta de la *Review and Herald* me hizo pasar por una amplia gama de emociones. Por varios años las reuniones de la junta eran ocasiones de camaradería y hermandad con miembros que volaban o manejaban de diferentes lugares de los Estados Unidos. Escuchábamos informes del progreso y llevábamos a casa regalos en la forma de los últimos libros producidos, pero hacíamos muy poco análisis —mucho menos análisis críticos— del negocio. Parecíamos estar felizmente ignorantes de que serios cambios en las imprentas y en el mundo de las publicaciones habían sido introducidos por la era digital a nuestro alrededor. Recuerdo solamente una voz sugiriendo que la Casa debería diversificarse y no depender totalmente del material impreso. Provino de un laico bien informado, pero no se le prestó mucha atención y pronto desapareció de la junta. Conforme pasaron los años me sentí cada vez más incómodo en las reuniones de la junta. Los informes anuales de los auditores mostraban un declive continuo en las entradas —año tras año estaba en rojo. Parecía claro que la Casa estaba yendo a la ruina. La junta, sin embargo, en ningún momento tuvo la oportunidad de hacer frente a la situación —todas las discusiones sobre finanzas estaban restringidas al comité de finanzas de la junta.

La *Review and Herald* tenía problemas serios. El mundo había cambiado: las revistas batallaban por sobrevivir; el material en

línea estaba reemplazando al material impreso; la gente de la ciudad no habría sus puertas a los vendedores que iban de casa en casa. Las finanzas de la Casa se fueron al suelo. Finalmente llegó el día triste, el día impensable en 2014 cuando la *Review and Herald*, en bancarrota, cerró como negocio y el terreno con su edificio fue puesto en venta.

Aprendí esto de esa experiencia: no dar nada por sentado. No podemos contar con el futuro —para una universidad, para un colegio,⁴ para una academia, para un hospital, para una casa publicadora adventista; para la Conferencia General; para la Sesión de la Conferencia General. También aprendí la falacia de razonar que «el Señor no nos va a permitir fallar». Es peligroso predecir lo que el Señor hará, más allá de su voluntad que ha revelado en las Escrituras.

La tercera cosa que he aprendido es el tener cuidado del abuso de los escritos de Elena White. Sus consejos, que creo son inspirados por Dios, se dirigieron a situaciones específicas en la vida de la iglesia y, como ella misma indicó, el tiempo y el lugar deben siempre ser tenidos en cuenta al aplicarlos a diferentes situaciones. Para demasiados adventistas, entonces y ahora, sin embargo, los escritos de Elena White funcionan como un compendio de declaraciones que pueden ser sacadas en línea, arrancadas de su contexto y aplicadas de manera para lo que nunca fue su intención. Así, entre los factores que llevaron a la equivocada confianza en la permanencia de la *Review and Herald* estaba una apelación a declaraciones aisladas que parecían apoyar esa convicción.

Tres presidentes de la Conferencia General —Folkenberg, Paulsen y Ted Wilson— trataron de resolver la creciente crisis

⁴«Colegio» aquí equivale a *college*, no en el sentido que se usa fuera de los Estados Unidos.

de las publicaciones en Norteamérica. La Review and Herald, como la Pacific Press, su contraparte en Nampa, Idaho, era una institución de la Conferencia General con un vicepresidente de la Conferencia General como el presidente de su junta. (La Pacific Press es ahora una institución de la División Norteamericana.) La casa publicadora en el este de los Estados Unidos, más grande y edificada excesivamente, era cada vez menos rentable; la otra, la Pacific Press, más pequeña y compacta, estaba funcionando bajo firmes principios financieros. Tenía sentido el unir a ambas casas publicadoras y cada uno de los tres presidentes estableció una comisión para estudiar esa unión. Los tres presidentes fallaron: intereses particulares, lo mismo que citas de Elena White, condenaron al fracaso sus esfuerzos.

La Review and Herald se fue a bancarrota. Los medios adventistas pusieron poca atención al asunto. La iglesia, en sus niveles más altos, se hubiera beneficiado de un comité contundente y cándido que hubiese analizado qué fue lo que se hizo mal para poder aprender de la pérdida de esa institución premier. Los adventistas encontramos muy duro lidiar con desarrollos negativos.

Me dolió intensamente por los trabajadores de la Review and Herald. Para muchos de ellos la Casa era su vida. Empezaron a trabajar ahí desde jóvenes, le dieron sus mejores años, establecieron sus hogares cerca del edificio, creían en su ministerio y lucharon para que tuviese éxito. Pero lo impensable sucedió. ¿Podría haber sido administrada mejor —administrada de una manera más apropiada a una institución cristiana? Tengo que concluir que la respuesta es sí y por eso me preocupa que no hayamos aprendido las lecciones que el Señor tenía para nosotros de la pérdida de la Review and Herald. (Tengo que mencionar que la iglesia fue muy

compasiva con los empleados de la Casa que perdieron su trabajo).

Soy optimista en cuanto a la Iglesia Adventista del Séptimo Día se trata. Me regocijo en su increíble crecimiento, sus vigorosos empeños misioneros, sus nuevos hospitales y universidades. Pero también soy realista. Con la alegría también hay evidencias que dan mucho qué pensar:

—Mientras que la iglesia avanza en algunas áreas, en otras está pereciendo. Los adventistas en la Europa Occidental luchan por sobrevivir.

—La pérdida de la *Review and Herald* no fue un evento aislado. Para los adventistas europeos, la venta de nuestra institución médica por excelencia, Skodsborg Sanitarium, en Dinamarca, dejó un sabor amargo. En Norteamérica, Atlantic Union College sufrió de problemas financieros, perdió su acreditación y está luchando por volver a ser lo que era. Muchos miembros de iglesia son exalumnos de academias que ya no existen.

Los tiempos están cambiando y la iglesia tiene que cambiar antes de que el cambio nos sea impuesto. ¿Podemos ver lo que viene y estamos planificando para hacer cambios? ¿O nos aferramos a falsos sueños y falsos razonamientos hasta que el techo nos caiga en la cabeza?

Hacer frente a la realidad

La prensa oficial de la iglesia ha hecho muy poco para dar a conocer a los adventistas las realidades a las que hace frente la iglesia y ayudarles a lidiar con los cambios que para mí son inevitables. Una excepción notable es un editorial en el *Adventist Record* de la División del Pacífico Sur por James Standish, su editor, inmediatamente después de la Sesión de la Conferencia General en San An-

tonio. Simplemente titulado «Pensamientos», el editorial cándidamente hace relación a varios temas concernientes a cómo funciona nuestra iglesia. Lo reproduzco en su integridad:

«Caminar por San Antonio el día después de la Sesión de la Conferencia General se siente macabramente como el día después del apocalipsis. La vida que parecía tan real ha desaparecido. Las calles están vacías. Los pabellones están desmantelados. El silencio ha descendido en el Alamodome. Pero no por mucho tiempo. Irónicamente, Mötley Crüe, una banda de heavy metal de Los Ángeles pronto va a reemplazar a los adventistas en la arena grande.

»Muy pronto va a ser como si nunca hubiésemos estado aquí. Un hipo en el tiempo. Un bulto en la carretera. Una neblina etérea que se ha disipado.

»Hay hombres y mujeres que se fueron eufóricos. Sus puntos de vista confirmados. Su unguimiento reconocido. Su fe rejuvenecida. Y estoy muy contento por ellos. Me gustaría ser uno de ellos. Pero no lo soy.

»Espero que no te moleste este nivel de candor. También espero que no te moleste que esté compartiendo mis preocupaciones como solamente uno de posiblemente 18.5 millones de adventistas.

»Digo posiblemente, conforme el informe del equipo del secretario de la CG ha dejado claro, los números de nuestra membresía son tan poco fiables que lo único que sabemos con certeza es que no tenemos idea de cuántos miembros realmente tenemos. Tenemos un inherente incentivo a exagerar. Un impedimento a limpiar los libros. No contamos con una auditoría global independiente. Esto produce resultados predictiblemente distorsionados.

»Uno de los incentivos para inflar los números es que el número

de delegados depende del número de miembros. Pero ese no es el único problema en la forma como los delegados son elegidos. Globalmente necesitamos desesperadamente un proceso más transparente y democrático para elegir delegados. También necesitamos menos delegados exoficio. Una gran cantidad de delegados exoficio son pastores ordenados y, por lo tanto, varones. Hay algo alarmante sobre un salón con casi 2,600 delegados debatiendo el papel de las mujeres en la iglesia en el que solamente el 17 por ciento de los delegados son mujeres. Y el resultado del voto, por su naturaleza, asegura que esa es la forma como probablemente va a continuar ya que tantos puestos exoficio son reservados exclusivamente para los ordenados. Esto produce circularidad autoconfirmadora que es tanto imprudente como injusta.

»Obviamente el tema más divisivo que se discutió fue la ordenación de las mujeres. La distinción entre la ordenación de diáconos y ancianos y la ordenación de pastores, no es bíblica; es administrativa. ¿En qué punto, cuando lidiamos con una cuestión que no es una creencia fundamental, no es un asunto de salvación, en el que la distinción es administrativa y en la que dedicados, creyentes en la Biblia, fieles adventistas ven las cosas de manera diferente, estamos de acuerdo en respetar la conciencia de los demás?

»Lo cual me lleva a mi mayor preocupación —nuestro alejamiento de nuestras raíces radicales de la Reforma. Creemos que Dios habla a todos. Pero hemos votado bajar la cortina a la conciencia de otros. No tenemos otro credo que la Biblia. Pero pasamos una extraordinaria cantidad de tiempo debatiendo las jotas y las tildes de las Creencias Fundamentales. Como movimiento, nos estamos dirigiendo muy peligrosamente al jerarquialismo, el formalismo y el dogmatismo que nuestros pioneros rechazaron ex-

plícitamente. Un amigo bromeó: “Criticamos a los católicos por sus tradiciones y sus dogmas elaborados durante 1700 años desde que Constantino se apropió del cristianismo pero, ¡mira lo que hemos establecido en un siglo!”.

»Finalmente, después de hacer algunos cálculos, llegó a un estimado *grosso modo* de que cuesta un promedio de \$A30 millones a la iglesia organizada y otros \$15 millones a los ministerios asociados para tener una Sesión de la CG. Así que está en la gama de unos \$45 millones pagados por donaciones adventistas. Si lo equiparamos a miembros, por año, durante cinco años, no es mucho. Pero cada Sesión de la CG me deja preguntándome si esta es la mejor manera de gastar nuestro tiempo, dinero y energía.

»Imaginen si tuviésemos una Sesión más sencilla y cada cinco años gastásemos \$45 millones en un evangelismo coordinado en una de las ciudades más grandes del mundo. Imaginen una competencia por almas en lugar de un puesto y fondos de los donantes. Imaginen 60,000 adventistas uniéndose para evangelizar París, Lagos, Shanghái o Melbourne. ¡Con el respaldo de un presupuesto de \$45 millones! Alternativamente, imaginen usar \$45 millones para alimentar un promedio de 25,000 niños hambrientos, cada día, por cinco años. Es nuestra decisión. Me pregunto, ¿qué nos pediría Jesús que hiciésemos?

»Amo nuestra iglesia. La amo lo suficiente como para poner en riesgo mi carrera para hablar francamente de mis preocupaciones. Lo suficiente para hacer lo mejor de mi parte para ser la solución».

Tiempo de reconsiderar la Sesión de la Conferencia General

La Sesión de la Conferencia General ha llegado a estar tan asociada con la iglesia adventista moderna que cuestionarla pareciera

casi una herejía. Pero los hechos son estos: Una búsqueda en las Escrituras y en los escritos de Elena White no va a dar apoyo a la forma como se conduce en la actualidad la Sesión de la Conferencia General. Tanto han cambiado las Sesiones que el propósito original casi se ha perdido. Es hora de reconsiderar, considerar cambiar la Sesión de la Conferencia General y la estructura de la iglesia desde arriba hasta abajo.

Se puede decir mucho a favor del formato actual. Si James Standish se fue de San Antonio con un mal gusto en su boca, muchos otros que estuvieron presentes tuvieron una reacción totalmente opuesta. Se fueron sintiéndose animados —inspirados por la fiesta de presentaciones musicales, alentados por la predicación bíblica y la esperanza de la Segunda Venida que fue proclamada fuerte y frecuentemente, radiantes con el calor de la hermandad cristiana y orgullosos de ser parte de algo tan GRANDE, creciente y dinámico.

Mi primera experiencia con una Sesión de la Conferencia General fue durante nuestros años como misioneros en la India. Estábamos con permiso de ausencia, estudiando en el seminario; era fácil y un ahorro para la División Surasiática el nombrarme delegado oficial a la Sesión, que se reunía en Cobo Hall en la cercana Detroit. Después de unirme a la *Adventist Review* fui nombrado delegado a seis Sesiones seguidas, durante 30 años. Para esas Sesiones la rutina de producir boletines diarios ocupaba mi tiempo día y noche. Además de asistir a los servicios los sábados, mi participación en cada Sesión era mínima; estaba, sin embargo, profundamente involucrado en su planificación en las oficinas generales de la iglesia.

Después de cada Sesión —después de que había cesado la

frenética actividad y las celebraciones— los lectores de la Review siempre hacían la misma pregunta: ¿Valió la pena? Siempre daba la misma leal respuesta de rigor: ¡Sí! La Sesión cuesta mucho pero si divides esa cantidad entre la membresía mundial, el costo es casi insignificante.

La respuesta ya no me convence. El defecto con ese argumento está en que solamente un porcentaje minúsculo de la membresía —quizá 1 por ciento— tendrá alguna vez la oportunidad de asistir a una Sesión de la Conferencia General. Únicamente aquellos suficientemente afortunados de poder pagar su pasaje o ser elegidos como delegados o ser parte del personal con todos los gastos pagados pueden disfrutar esa experiencia. Quienes asisten pagando sus gastos vienen mayormente de Norteamérica, Europa y Australia.

Los números que menciona Standish en su editorial hacen que me atragante: \$A30 millones (\$US24 millones) y \$A45 millones (\$US36 millones). Tengo que hacer frente a esa realidad ahora, no como un editor de la Review sino como un miembro en las butacas. Tengo que decir que ahora lo veo como algo inadmisible. Inadmisible en términos de los niños y refugiados hambrientos y los hombres y mujeres sin albergue —tiritando, pasando hambre, muriendo.

Y nosotros —que hacemos una gran profesión de fe de tener «la verdad» — ¡gastamos \$36 millones! ¿Para qué? ¿Para hacernos sentir orgullo? ¿Cómo vamos a hacer frente al Señor cuando nos dice: «Les aseguro que todo lo que no hicieron por el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron por mí» (Mateo 25:45, NVI)?

En este punto en mi vida cuando quizá veo más claramente lo que realmente importa y lo que es superficialidad y escapatismo, no puedo aprobar los gastos exorbitantes asociados con la

celebración de las Sesiones de la Conferencia General como la del evento en San Antonio.

Los gastos reales van mucho más allá de los cálculos hechos por James Standish. La asombrosa realidad es que nadie —ni el tesorero de la CG, ni nadie— realmente conoce el costo total. Cientos (¿miles?) de personas trabajan antes de la Sesión, durante la misma y después. Una gran cantidad de energía y tiempo se utiliza para producir la altamente organizada, despampanante extravagancia en que se ha convertido.

Una extravagancia adventista. El adventismo en su mejor momento. ¿Podrá ser también su peor momento?

No siempre fue así. Durante más de 100 años de nuestra historia las Sesiones de la Conferencia General fueron suficientemente pequeñas como para poder celebrarse en iglesias —como la famosa Sesión de 1888 en Mineápolis, Minesota, o en la iglesia de Sligo, en Takoma Park, Maryland. Pero algo sucedió durante el transcurso de los últimos 70 años. Los ministerios independientes en una cantidad de áreas surgieron y se multiplicaron. En la actualidad hay cientos de ellos. Todos procuran un lugar bajo el sol adventista; todos desean ser vistos y escuchados y ser capaces de explicar sus actividades y hacer su presentación cuando los adventistas se reúnen en grandes cantidades —o sea, durante la Sesión de la Conferencia General.

La planificación de las Sesiones de la CG nunca para. Tan pronto como termina una Sesión, el enfoque se pasa a la siguiente. En realidad su planificación ya ha comenzado años antes. La Sesión se ha tornado tan grande que muy pocos lugares en el planeta ofrecen las facilidades apropiadas para suplir sus variadas necesidades —sentar a una audiencia de más de 70,000 durante dos fines de

semana, salones múltiples para los distintos comités, una enorme área para exhibiciones de los ministerios de la iglesia y ministerios independientes, habitaciones para miles de delegados y personal, lo mismo que para otros tantos miles que planifican la vacación de sus sueños asistiendo a la Sesión de la Conferencia General.

La Sesión de la Conferencia General —¡una extravagancia adventista! ¡La versión adventista de una convención política norteamericana! ¡Tanta energía! ¡Tanta creatividad! ¡Tanto que uno queda estupefacto!

Pero también —tanto dinero. Tantos fondos que podrían ser usados en nuestra misión. Cada cinco años en el ciclo adventista el trabajo se reduce a velocidad baja conforme los líderes se preparan para la Sesión que se avecina.

¿No es tiempo de reconsiderar lo que estamos haciendo y hacia dónde vamos?

Esto es lo irónico: el formato actual, con todo su trabajo, pompa y gastos, no sirve más para el propósito que la Sesión de la Conferencia General fue establecida. Se supone que la Sesión de la Conferencia General sea una reunión de negocios. Pero trata de tener negocios con más de 2,000 personas «en la misma mesa» —¡imposible! El sistema está averiado, colapsado ante nuestros ojos. San Antonio fue el punto de inflexión. El pastor de la iglesia más grande en Norteamérica —la iglesia de Loma Linda University, con más de 6,000 miembros— llegó temprano el 8 de julio y se puso en fila para hablar sobre el tema de la ordenación de las mujeres que estaba programado para ese día. Esperó y esperó. Se acabó el tiempo; nunca tuvo la oportunidad de hablar.

¿Es esta mi iglesia? Difícilmente lo puedo creer.

Necesitamos cambios, cambios grandes. ¡Algo tiene que suced-

er de una manera u otra!

Esta es mi sugerencia: es demasiado tarde para cambiar la siguiente Sesión de la Conferencia General (2020), pero para 2025 reunámonos, no en los Estados Unidos, sino en el sur global. Hagámosla mucho más pequeña, sin todos esos accesorios. Cortemos los gastos a un total de \$5 millones. ¡Hasta eso es demasiado!

Hora de recortar

Es hora de empezar a pensar en reformar la estructura de la iglesia en todos sus niveles. Necesitamos una organización que sea sencilla, pequeña y equitativa. Una organización simplificada y flexible —enfocada en la misión en lugar de la burocracia, en la iglesia local en lugar de la jerarquía.

Empecemos por arriba. La Conferencia General creció con los años conforme creció la iglesia mundial. Cuando el «campo misionero» era joven y todavía no había desarrollado líderes nacionales, era necesario un personal en las oficinas generales que pudiese nutrirlos y guiarlos. Esos días hace mucho pasaron a la historia. Las oficinas generales en Silver Spring, Maryland, son demasiado grandes. Es necesario recortar y reemplazar con una fuerza de trabajo reducida extremadamente para servir al campo mundial.

Los empleados en las oficinas generales de la iglesia trabajan diligentemente, prestando un servicio sincero y dedicado. Sus vidas tienen que ver con comités y viajes; constantemente están tratando de desarrollar programas nuevos que «terminen la obra». Cuando era uno de ellos pertenecía a unos 40 comités —¡otros pertenecían a muchos más! La gente en ese lugar tiende a identificarse en el número y la importancia de los comités a los que pertenecen. Las conversaciones típicamente tienen que ver con el lugar de donde

han regresado y adónde van después.

No deseo rebajar a ninguno de mis excolegas. Son finas personas. Pero la realidad es que desde la butaca, muy lejos de Silver Spring, todos los comités y todos esos viajes son polos opuestos de las necesidades de la sufriente y desesperada humanidad.

Necesitamos evaluar y reducir. Si no lo hacemos me temo que el curso en el que vamos nos va a llevar hacia una organización centralizada y sobrecargada en la parte superior, como el Vaticano.

¿Cómo sería una Conferencia General reducida? Una operación mucho más pequeña. Solamente en respecto a una cosa añadiría personal: creo que cada División de la iglesia mundial debería de estar representada en el nivel más elevado para asegurar ecuanimidad. ¿Y qué de los múltiples ministerios y servicios? Cortarlos, cortarlos de tajo. El presente edificio de la Conferencia General será demasiado grande para un personal reducido; las oficinas generales podrían mudarse a un local más modesto.

Vienen los cambios

Creo que es inevitable que las finanzas de la Conferencia General se reducirán considerablemente. Una razón principal es que Norteamérica, quien antaño proveía los medios financieros, contará con menos fondos para enviar a la Conferencia General. Dos tendencias en la División Norteamericana serán responsables de ese cambio.

Primero, los patrones de ofrendas están cambiando. A lo largo de nuestra historia el principio del diezmo ha proveído una base sólida y estable en la cual se han establecido las finanzas de la iglesia. Pero la generación responsable por esa seguridad financiera está envejeciendo, pasando de la escena. Los que le siguen están

mucho menos inclinados a enviar un diez por ciento regular de sus entradas para apoyar la organización de la iglesia. La generación de los millenials en particular demuestra patrones de comportamiento radicalmente distintos a los de las generaciones previas. Desconfiados de las organizaciones en todas las áreas de la vida, tienden a no unirse a organizaciones. Por ejemplo, su relación con el gimnasio en las ciudades grandes es lo contrario al de sus mayores: en lugar de obtener una membresía en un club de ejercicio, prefieren ir de lugar en lugar, pagando por cada entrada.

La iglesia se verá afectada inevitablemente. Esos miembros no sienten la misma lealtad a la congregación de la iglesia local o a la más grande iglesia adventista ya sea nacional o globalmente. Cuando regresan el diezmo —asumiendo que lo hacen— lo más probable es que decidan adónde lo envían en lugar de dejar que la iglesia decida cómo se distribuyen los fondos.

¿El resultado? Menos fondos fluyendo hacia la tesorería en base regular. Por lo tanto, menos fondos enviados a la Conferencia General.

Otro factor va a ampliar ese déficit: las necesidades en Norteamérica misma demandarán que una porción más grande del pastel financiero permanezca aquí mismo.

La División Norteamericana ha tratado de hacer frente a su futuro. Ha comisionado un estudio amplio que produjo un amplio reporte que presentó durante las reuniones a final de año. El informe consideró una reorganización estructural, como reducir el número de unidades administrativas (Uniones y Conferencias). Una reestructuración radical podría producir un ahorro de \$150 millones anuales.

Loren Seibold, un pastor de iglesia por muchos años, con una

sagaz mente analítica, ha examinado la situación de las iglesias pequeñas en la División. Su conclusión realista: dentro de 10 años podemos esperar que 1,000 congregaciones pequeñas adventistas van a desaparecer. No tienen jóvenes; están muriendo. A lo largo de la División los pastores están reclamando una porción más grande del diezmo para ministrar a nivel local.

Los desafíos financieros se extienden a la educación: han declinado drásticamente los estudiantes en las escuelas K-12; varias academias han cerrado; los colegios⁵ y las universidades enfrentan preocupaciones por la falta de alumnos. Los problemas son reales, los números desmoralizantes. La conclusión pareciera ser inescapable: La División Norteamericana contará con menos fondos para enviar a la tesorería de la Conferencia General. Su propia misión demandará que más de sus fondos generados por su territorio permanezcan en el mismo.

La Conferencia General necesita nombrar un comité especial que haga frente a los hechos y explore contingencias. Ninguna opción debería ser descartada. El comité debería de incluir las mejores mentes financieras, de negocios y de centros académicos, lo mismo que empleados de la iglesia.

Se avecinan grandes cambios. ¿Serán planificados o nos tomarán por sorpresa? ¿Serán forzados en la iglesia por situaciones financieras o los líderes tendrán la sabiduría y el valor de verlos y actuar antes de que sea demasiado tarde?

En antaño se decía de los hombres de Isacar que eran «expertos en el conocimiento de los tiempos, que sabían lo que Israel tenía que hacer» (1 Crónicas 12:32, NVI). Que el Señor levante esos hombres y mujeres para la iglesia adventista.

⁵«Colegio» aquí equivale a college, no en el sentido que se usa fuera de los Estados Unidos.

CAPÍTULO SEIS

Los adventistas y la creación: Júbilo o confrontación?

*The heavens declare the glory of God;
The skies proclaim the work of his hands.*
—Psalm 19:1 (NIV)

EN LA BIBLIA, TANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO como en el Nuevo Testamento, la doctrina de la Creación ocupa un lugar prominente. El Dios que adoramos, el Dios que servimos, es el Creador de los cielos y la tierra; no somos Dios sino las criaturas que él ha hecho. Esta creencia es el fundamento de todas las Escrituras.

La reacción bíblica de esa realidad es una jubilosa celebración. Las huestes angélicas explotan en alabanzas eufóricas en reconocimiento de ese hecho. Las cortes celestiales resuenan con júbilo;

toda criatura en todo ámbito —desde lo más alto hasta lo más profundo de los océanos— se une en exultante alabanza y adoración. Así es como reaccionan ante la doctrina de la Creación.

¿Y nosotros?

Una extraña distorsión ha seducido a los Adventistas del Séptimo Día. No nosotros que, más que la mayoría de los seguidores de Jesús, enfatizamos la Creación, pasamos muy poco tiempo en júbilo. Al contrario, esta enseñanza básica de la Palabra ha llegado a ser nexos de argumentos, debates, polarización y sospechas.

La Sesión de San Antonio trajo al frente la pasión alborotada por este tópico conforme los delegados disputaban acerca de las revisiones la Creencia Fundamental 6, Creación, que fueron presentadas a la Sesión. Eventualmente los cambios recomendados por la Conferencia General fueron votados con un apoyo firme, pero parece cierto que la última palabra en esta creencia fundamental no ha sido expresada. En lugar de resolver el problema, en lugar de hacer a un lado la polarización, es muy probable que esta nueva declaración agrave las diferencias. Especialmente, ¿van a entrar los adventistas en una nueva era caracterizada por sospechas contra la ciencia y los científicos? ¿Y qué de los científicos adventistas? ¿Se encontrarán cada vez más aislados en nuestros colegios¹ y universidades?

Están en juego temas muy importantes. Por una parte quienes hacían presión para que se cambiase la fraseología en uso desde 1980 lo hacían con preocupación de que esa verdad bíblica no se pusiese en peligro. Por otra parte tenemos a quienes estaban interesados en que esta doctrina mantuviese su expresión bíblica sin tratar de amplificar o explicar su significado más allá de las pal-

¹«Colegio» aquí es *college* en inglés, no lo que se entiende en español.

abras de las Escrituras.

Detrás de todo este debate está el papel de la ciencia en las creencias y prácticas adventistas. En San Antonio nuestra iglesia tuvo que hacer frente a la pregunta básica que muchas otras iglesias han tenido que enfrentar desde que *El origen de las especies* de Charles Darwin fue publicado en 1859.

Si bien es cierto que muchas iglesias que ensalzan las enseñanzas de la Biblia se vieron convulsionadas por los puntos expresados en la teoría de la evolución, el tema corta con particular profundidad entre los Adventistas del Séptimo Día. Nuestra práctica distintiva —la observancia del séptimo día de la semana como el sábado bíblico— está en juego en el debate. Pero algo más está en juego: no solamente el sábado sino el Señor del sábado, Jesucristo mismo.

Nuestro enfoque de larga duración al mundo natural nos prohíbe escondernos tras una posición oscurantista que rehúsa hacer frente directamente a los desafíos presentados en la evidencia científica. Mantenemos que las Escrituras son la revelación de Dios a la humanidad, inspiradas por el Espíritu Santo, pero también creemos que la naturaleza es el segundo libro de Dios, no tan perfecto como la Biblia, pero igualmente importante para enseñarnos acerca de Dios y su carácter.

A lo largo de nuestra historia los adventistas hemos promovido el estudio del mundo natural y hemos respetado altamente a quienes han dado su vida a la investigación. Nuestras instituciones educacionales incluyen el estudio de las ciencias en su currículo en todos los niveles y en una variedad de campos los adventistas han llegado a ser investigadores de punta. En particular hemos promovido la investigación en las áreas de salud, de manera que

Loma Linda University Health² ha llegado a ser reconocida internacionalmente por su investigación de avanzada.

Para los adventistas, por lo tanto, la controversia entre la creación y la teoría de la evolución nunca puede ser reducida a aceptar o rechazar los preceptos bíblicos o la información científica. Creemos que ambos tienen un Autor. Estamos obligados a luchar con las tensiones que surgen de ambas áreas.

Así encontramos en nuestra iglesia una organización que es única en el mundo —el Geoscience Research Institute.³ Esa institución, establecida y financiada por el nivel más elevado de la iglesia, tiene como misión lidiar con lo expresado anteriormente. Su personal está compuesto de adventistas dedicados que son todos científicos con doctorados de universidades de renombre. Su afán es lograr lo que una hueste de otros científicos y creyentes cristianos han considerado una imposibilidad —armonizar la información de las Escrituras con la evidencia del mundo natural.

Todo el debate entre adventistas está muy distante de la celebración de la Creación que encontramos en las Escrituras. Del júbilo a la sospecha; del canto al temor de perder el empleo; de regocijarse a la incertidumbre del rumbo que ha tomado la iglesia —¿cómo pudimos llegar a este punto?

Cómo llegamos aquí

Desde el inicio de la era Darwiniana, los líderes de la Iglesia Adventista encontraron imposible reconciliar la teoría de la evolución acerca del origen de la vida con el registro bíblico de la Creación. Elena White escribió fuertemente contra las nuevas ideas, lo mismo que otros pioneros del joven movimiento. Inicialmente la reacción de

²Loma Linda University y Loma Linda Medical Center son ahora Loma Linda University Health.

³Instituto de Investigación Geocientífica.

los adventistas estaba basada en argumentos bíblicos y teológicos, pero con el siglo XX una serie de apologistas adventistas empezaron a atacar a la evolución con bases científicas. Muy destacado entre ellos estuvo George McCready Price, cuyos escritos catapultaron a los adventistas a la vanguardia de quienes continuaban sosteniendo el punto de vista bíblico tradicional de la Creación. Price fue seguido por Frank Marsh, Harold Coffin y otros científicos creacionistas adventistas. En esa manera, durante la mayoría del siglo XX, los adventistas no solamente estuvieron en contra del Darwinismo, sino que dirigieron el movimiento contra el mismo.

Desde Elena White a McCready Price y sus sucesores, los adventistas se mantuvieron unidos en la creencia de que la Tierra era joven. Afirmaron que en el registro de la Creación de Génesis 1-2 se describen eventos que ocurrieron en el pasado reciente —hace unos 6,000 años.

Desde el inicio del debate con Darwin y los cristiano conservadores, los 6,000 años han sido un punto de inflexión, la prueba del agua regia. Para los adventistas asumió un peso importante porque Elena White hizo referencia a esa cantidad numerosas veces en sus escritos, generalmente cualificándolos con términos como «alrededor de 6,000 años» que, de ninguna manera, minimizaron la fuerza del número.

Ese número, sin embargo, no proviene de ninguna declaración bíblica específica. Se originó con James Ussher, un arzobispo del siglo XVII que unió todos los registros cronológicos de las Escrituras, sumó las cantidades y llegó a 22 de octubre, 4004 AC, a las 6 p.m. como la fecha de la Creación. Durante muchos años las copias de la KJV⁴ llevaba en cada página fechas basadas en la cronología

⁴La primera versión oficial inglesa de la Biblia —la Biblia de King James.

usada por Ussher.

Aunque algunos cristianos, incluyendo a los adventistas, continúan apoyando los 6,000 años establecidos por Ussher, la mayoría de quienes propugnan por una Tierra joven se han colocado en una posición más flexible. La metodología de Ussher tiene sus errores: falló en tomar en consideración las interrupciones en las listas genealógicas reveladas por un estudio cuidadoso. Con todo eso, aun poniendo a un lado los 6,000 años, los creacionistas de la tierra nueva piensan que son menos de 10,000 y, cuando mucho, menos de 20,000 años.

De esa manera los 6,000 años, explícitos o implícitos, funcionaron y todavía funcionan como un ancla, un bastión que salvaguarda la Creación reciente y, con ella, el sábado.

Para algunos adventistas el pendón de los 6,000 años ha sido importante por razones que no tienen nada que ver con la doctrina de la Creación. Los han visto como una señal del inminente retorno de Jesús. El razonamiento es este: La Biblia enseña que «para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (2 Pedro 3:8, NVI), así que si la Creación se llevó a cabo alrededor del año 4,000 AC, entonces 2,000 AD marca el principio del séptimo periodo de 1,000 años —el milenio profetizado en el capítulo 20 del libro de Apocalipsis.

Si uno acepta la fecha de 4,000 AC de la cronología de Ussher, el sexto día de 1,000 años expiró en 1996 AD. No es de sorprender que los libros escritos por adventistas anunciando el próximo retorno de Jesús, basados en esos cálculos, circularon ampliamente durante los años 90. El tópico encontró escuchas ansiosos en los campestres y en sermones que los predicadores usaban para suscitar a la gente. Pero 1996 vino y se fue, tal como el año 2000. El

mundo entró al nuevo milenio y los días siguen pasando sin cesar, uno tras el otro. Como es de comprender, el argumento a favor de la escatología basada en los 6,000 años ha disminuido: ha sido falsificado con el paso de los años.

McCready Price era un educador, no un científico. Sus ataques contra la teoría de la evolución estaban basados no en observaciones en el campo sino en los trabajos de otros. Estableció con fuerza las fallas de los argumentos basados en el registro fósil: las «brechas» en la secuencia, la inhabilidad de dar razón a la aparición repentina de nuevas formas de vida, etc. Sus sucesores (Clark, Marsh, et al.), sin embargo, eran científicos entrenados. Lo mismo que el personal del Geoscience Research Institute. Esos científicos adventistas consideraron al Diluvio como una explicación de los muchos fenómenos que encontramos en la actualidad en la naturaleza.

Para los pioneros adventistas en la defensa de la Creación la evidencia que debían tener en cuenta provenía de un campo solamente —la geología. Hoy, sin embargo, con la explosión de investigaciones, la tarea es mucho más difícil. Líneas convergentes de investigación —desde la datación radiométrica, las placas tectónicas, los núcleos de hielo y el ADN, lo mismo que la columna geológica— señalan a un planeta que es inexorablemente mucho más antiguo que 6,000 años. La información acumulada, en lugar de apoyar la noción de una Tierra joven, señala a todo lo contrario.

¿Cómo vamos los adventistas a relacionarnos con esa información? ¿Vamos a tratar de negarla? ¿Vamos a enterrar la cabeza en la arena? ¿Vamos a inventar la teoría de que Satanás falsificó la información natural para engañarnos?

Un ejemplo: los dinosaurios. Cuando fueron descubiertos los primeros fósiles de dinosaurios, algunos creacionistas negaron ro-

tundamente su existencia porque tales criaturas no cuadraban con el gran esquema de la Creación. Pero se descubrieron más huesos de dinosaurios —muchos más— en diferentes lugares y países, hasta que la evidencia no pudo ser negada.

Nuestra herencia adventista de actitud receptiva al estudio del mundo natural nos llama a enfrentar la evidencia, sin importar qué tan perturbadora sea —y tratar de construir una metanarrativa (un esquema global, un cuadro general) que la incluya.

La larga sombra de Galileo

Los científicos adventistas, como sus colegas, trabajan bajo la larga sombra de Galileo Galilei (1564-1642). Galileo presentó evidencia en sus escritos de que la Tierra circulaba alrededor del Sol y no viceversa. Era una idea que había originado con Copérnico. Pero, para los teólogos de la iglesia que mantenían, supuestamente basados en la Biblia, que la Tierra era el centro del universo, las enseñanzas de Galileo eran herejía. Galileo fue arrestado y llevado a juicio en 1633. Enfrentando la amenaza de tortura, repudió públicamente sus enseñanzas. Sus libros fueron prohibidos y, por el resto de su vida, permaneció bajo arresto domiciliario.

Los argumentos de las Escrituras pesaron más que la investigación científica. Fue un triste día para la teología y los teólogos, lo mismo que para el estudio bíblico.

Sorprendentemente fue hasta recientemente —1992— que el papa Juan Pablo II expresó pesar por la forma como el caso de Galileo fue tratado y concedió oficialmente que la Tierra no está estacionaria.

Ese año, 1663, el año del juicio y condena de Galileo, fue el punto de inflexión en la historia de ideas. Antes, la teología vencía

a la ciencia; después, la ciencia reinó sobre la teología, cambiando radicalmente el pensamiento y las prácticas tanto de creyentes como de no creyentes.

Nosotros, los adventistas, colocamos en gran riesgo nuestro mensaje y nuestra misión si fallamos en aprender las lecciones de ese triste capítulo en la historia cristiana. Debemos precavernos de poner a la teología en contra de la investigación científica. Debemos mantenernos rígidamente fieles a la herencia proveniente de la misma Elena White —las Escrituras y la naturaleza son ambas fuentes de la verdad, cada una iluminando a la otra.

Para los adventistas durante el siglo XX, la doctrina de la Creación, con una comprensión de una Tierra joven (6,000 años), se tornó incrementalmente problemática. La información del mundo científico se acumulaba de tal manera que era necesaria una reevaluación, a la vez que el comienzo de la era de la información con televisión, radio e internet distribuyó la información por todos lados. A la vez los jóvenes adventistas procuraban títulos de posgrado, en las ciencias lo mismo que en otras disciplinas; nuestros colegios,⁵ establecidos originalmente para proveer personal a la iglesia organizada, estaban ofreciendo licenciaturas, después maestrías y después doctorados en ciencia conforme metamorfoseaban y se convertían en universidades. Entre los jóvenes, la mayoría asistía a escuelas públicas y estaban expuestos a la teoría de la evolución.

¿Hacia dónde estaba yendo la iglesia adventista? Algunos líderes de la iglesia se preocuparon porque consideraron que la doctrina de la Creación —tan importante para nosotros desde el principio y vital para nuestra enseñanza del sábado— estaba sien-

⁵«Colegio» aquí es *college* en inglés, no lo que se entiende en español.

do amenazada. La ola de pensamientos naturalísticos que estaba envolviendo al mundo diluiría, si no se le ponía un alto, nuestra posición histórica y eventualmente la subvertiría, como sucedió con otras denominaciones.

En este clima la noción de los 6,000 años tomó gran importancia. ¿Deseamos un punto de referencia para medir la verdad? Seis mil años. ¿Queremos una línea sobre la arena, una línea que grite: «¡Ni un paso adelante!»? Seis mil años.

Seis mil años. Así de sencillo; era algo intransigente.

Recuerdo un par de incidentes del Seminario Teológico en Andrews University, cuando era maestro de teología y exégesis del Nuevo Testamento y decano asociado de 1975 a 1980.

El primer incidente ocurrió unos cuantos años antes de que yo llegase a la escena; pero todavía estaba fresco en la mente de la facultad del seminario. El presidente de la universidad, bajo presión de los líderes de la Conferencia General, elaboró una declaración dogmática que se esperaba que todos los miembros de la facultad firmarían para indicar su lealtad al adventismo ortodoxo. Un punto de la declaración incluía la creencia de un periodo de 6,000 años como la edad de la Tierra.

La facultad del seminario estaba en una disyuntiva. Para muchos la empresa completa olía mal. El problema estaba no en que no creyesen en lo que se les pedía que firmasen; el proceso implicaba desconfianza y falta de franqueza. (No estaba ahí, pero también tengo problemas con juramentos de lealtad en cualquier lugar, en cualquier momento).

El esfuerzo fracasó. Quizá hubiese fallado de todos modos pero falló repentina y totalmente cuando uno de los miembros de la facultad declaró que no podía apoyar el concepto de los 6,000

años con una conciencia limpia. Esa persona era el venerado Dr. Siegfried H. Horn, el padre de la arqueología adventista y el mejor conocido escolar adventista en los círculos fuera de la iglesia.

Vamos ahora varios años adelante. Estoy enseñando en el seminario así que me toca ser testigo y participar en lo que sucede. El Dr. Grady Smoot era presidente de Andrews University; el Dr. Tom Blincoe, decano del seminario; el pastor Robert Pierson, presidente de la Conferencia General. Dos vicepresidentes de la Conferencia General, el Dr. Richard Hammill y el pastor Willis Hackett, llegan a la universidad con declaraciones establecidas por las oficinas de la iglesia mundial en Washington, DC. El pastor Hackett es responsable de diseminar la declaración acerca de la inspiración y la revelación; el doctor Hammill es responsable por la declaración acerca de la Creación y la edad de la Tierra.

Recuerdo con afectuosa nostalgia la dinámica que tuvo lugar. Durante la primera reunión de los «hermanos» con la facultad del seminario, uno de los maestros, sonrojado y agitado, denunció la declaración sobre inspiración y revelación como herejía porque dijo que bordeaba en la inspiración verbal.

El siguiente día el grupo creció al incluir a los maestros de religión y ciencia de otras escuelas de la universidad y el enfoque era el documento sobre la Creación y la edad de la Tierra. Muchos de los presentes hablaron; la reunión fue de un lado para otro, a favor y en contra, por varias horas. Al fin, el pastor Neal C. Wilson, padre del presente presidente de la Conferencia General y en ese entonces presidente de la División Norteamericana, se puso de pie. «Viví en Egipto por mucho tiempo», dijo, «y conozco mucha de la historia y la arqueología de esa tierra para apoyar los 6,000 años de la Tierra. No encaja en la evidencia. Es necesario establecer un

periodo más extenso».

¡Cataplán! La declaración murió ahí mismo.

Eso fue hace unos 40 años. Pero las preocupaciones oficiales acerca de hacia dónde estábamos yendo como iglesia iban en aumento. Empeorando las cosas, empezaron a circular informes de maestros en escuelas adventistas promoviendo la evolución. El presidente de la Conferencia General, el pastor Jan Paulsen, tomó la iniciativa. Asignó a Lowell Cooper, un vicepresidente general, para que organizara conferencias en cada División de la iglesia mundial para estudiar temas surgidos a causa de descubrimientos científicos. Se establecieron reuniones a nivel nacional y después a nivel internacional; el tópico era ampliamente considerado y se expresaron divergentes puntos de vista abiertamente. El resultado fue que la posición histórica adventista fue reafirmada. Aunque no era el consenso, algunos de los asistentes expresaron fuerte apoyo por un cambio de fraseología de la Creencia Fundamental #6, Creación, para prevenir alguna falsificación en relación al aspecto del tiempo —la edad de la Tierra.

Lo cual nos lleva a San Antonio.

Cambios en San Antonio

Durante los primeros 120 años de nuestra existencia los Adventistas del Séptimo Día no tenían una declaración oficial de su creencia en la Creación. En 1980, cuando las 27 Creencias Fundamentales fueron votadas durante la Sesión de la Conferencia General, se añadió una nueva declaración, a saber:

Dios es el Creador de todas las cosas, y ha revelado por medio de las Escrituras un registro auténtico de su actividad

creadora. El Señor hizo en seis días «los cielos y la tierra» y todo ser viviente que la habita, y reposó el séptimo día de la primera semana. De ese modo estableció el sábado como un monumento perpetuo de la finalización de su obra creadora. El primer hombre y la primera mujer fueron hechos a imagen de Dios como una corona de la creación; se les dio dominio sobre el mundo y la responsabilidad de cuidar de él. Cuando el mundo quedó terminado era «bueno en gran manera», porque declaraba la gloria de Dios.

Esta declaración, como las otras 27, era esencialmente una adopción de los pasajes de la Biblia.

Los delegados a la Sesión de San Antonio, sin embargo, adoptaron cambios significativos, como una comparación con la declaración previa revela:

Dios es el Creador de todas las cosas, y ha revelado en las Escrituras el relato auténtico e histórico de su actividad creadora. Él creó el universo, y en una creación reciente de seis días el Señor hizo «el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y descansó el día séptimo». De ese modo estableció el sábado como un monumento perpetuo de su obra creadora, que realizó y completó en seis días literales, y que junto con el sábado constituye la unidad de tiempo que en la actualidad llamamos semana. El primer hombre y la primera mujer fueron hechos a la imagen de Dios como corona de la creación, se les dio dominio sobre el mundo y la responsabilidad de cuidar de él. Cuando el mundo quedó terminado era «bueno en gran manera», proclaman-

do la gloria de Dios.⁶

Lo más obvio en la revisión que confronta al lector es el nuevo énfasis en el aspecto del tiempo. La Creación es ahora indicada como un acto «reciente», aunque no se hace mención específica del periodo de 6,000 años. Los «días» de Génesis 1 son señalados como «días literales», mientras que la semana de la Creación misma se especifica como «la unidad de tiempo que en la actualidad llamamos semana». Todo esto de hecho está incluido en la frase inicial a la cual «e histórico» es añadido a lo que antes solamente era un «relato auténtico».

Quienes elaboraron la revisión obviamente hicieron un esfuerzo supremo para modificar la declaración de la Creación de manera que descartase la posibilidad de entender que los «días» de Génesis 1 fuesen largos periodos de tiempo. En esto, tuvieron éxito; sin embargo, se pueden hacer dos observaciones.

Primero, la declaración nueva es polos aparte en el sentir de la declaración bíblica acerca de la Creación. En las Escrituras, Creación evoca una doxología y adoración espontáneas. El salmista exultantemente exclama:

Los cielos cuentan la gloria de Dios,
el firmamento proclama la obra de sus manos
(Salmo 19:1, NVI).

Tema toda la tierra al Señor;
hónrenlo todos los pueblos del mundo;
porque él habló, y todo fue creado;

⁶La diferencia en el lenguaje se debe a que las declaraciones fueron tomadas de dos páginas adventistas de entidades oficiales de la iglesia.

dio una orden, y todo quedó firme (Salmo 33:8, 9, NVI).

El Nuevo Testamento lleva la doctrina a niveles todavía más elevados. Nos enteramos que es la Palabra, eterna, igual a Dios, a través de quien «todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir. En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad» (Juan 1:3,4, NVI). Encontramos este glorioso pasaje, posiblemente un himno cristiano primitivo que se centra en Cristo, el Creador de todas las cosas en el cielo y en la tierra:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él. Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente. Él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de la resurrección, para ser en todo el primero. Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz (Colosenses 1:15-20, NVI).

Con razón los cielos resuenan en alabanza conforme toda criatura se postra en adoración al Creador:

Digno eres, Señor y Dios nuestro,
de recibir la gloria, la honra y el poder,

porque tú creaste todas las cosas;
 por tu voluntad existen
 y fueron creadas (Apocalipsis 4:11, NVI).

Disfrutar de esos pasajes y después volver a la nueva creencia fundamental sobre la Creación es una enorme decepción. Por una parte tenemos adoración, doxología, alegría, regocijo, adoración; por otra parte una declaración prosaica que, tratando de salvaguardar a Génesis 1 de ser mal interpretado, falla al tratar de prestar un testimonio bíblico a Cristo el Creador.

Deberíamos de notar que se incluye un cambio importante en la comprensión adventista de la Creación en la declaración revisada. Por primera vez es oficial el concepto de una creación en dos etapas. Se establece una distinción en la obra de Dios al crear el universo y sus actividades en Génesis 1: «Él creó el universo, y en una creación reciente de seis días el Señor hizo “el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y descansó el día séptimo”».

Esta enseñanza está en divergencia con los pioneros, incluyendo a Elena White. En su interpretación de Génesis, no hacen distinción entre nuestro mundo con su sistema solar y el resto del universo. Aquí, por primera vez en nuestra declaración oficial, aparece la idea de una «brecha» entre los primeros versos de Génesis 1. Dios crea el universo pero deja a nuestro planeta en la oscuridad y sin vida por ¡Sabe cuánto tiempo! ¿Quizá por miles de años? ¿Por millones? ¿Billones?

Implícita en este cambio en interpretación es la aceptación de la información geológica que sugiere que nuestro planeta es muy viejo. Así que ahora tenemos a una Tierra muy vieja —mientras que hay vida nueva en la Creación, con el registro de Génesis so-

breimpuesto a la teoría de una Tierra vieja.

¿Baluarte o el hombre del saco?

La gran mayoría de los Adventistas del Séptimo Día no están al tanto del cambio en la Creencia Fundamental #6 ni preocupados por el cambio. Para ellos la religión se centra en la iglesia a la que asisten cada sábado. Difícilmente conocen los nombres de los líderes en el nivel de la Conferencia y lo que sucede en ese lugar, mucho menos los desarrollos en otros niveles administrativos de la iglesia.

Para otros el cambio incorporado en San Antonio será un baluarte contra un evolucionismo insidioso. Otro grupo, probablemente pequeño en número, se va a mortificar. Verán en esta declaración el potencial para una caza de brujas entre los maestros de ciencia (y posiblemente maestros en la facultad de religión) en los colegios⁷ y universidades adventistas. La nueva fraseología podría llegar a ser el hombre del saco;⁸ irónicamente una doctrina que tiene que ver con la Creación será usada para reprimir la creatividad.

Si tal cosa sucede, la Sesión de la Conferencia General de 2015 con el tiempo será reconocida como un punto de inflexión, cuando la iglesia adventista oficialmente dejó a un lado su amplitud de miras en relación a la revelación de Dios en el mundo natural y tomó el paso hacia el oscurantismo.

Para los empleados de la iglesia, especialmente, la cuestión ardiente será: ¿Es esta nueva fraseología para ser considerada *descriptiva* o *prescriptiva*? O sea, ¿describe la comprensión adventista actual (al nivel oficial) o es una doctrina a la cual los maestros y pastores deben dar su consentimiento? Si se trata del último caso, podemos ver un escenario en el que «firme en la línea o hasta aquí

⁷«Colegios» aquí corresponde a colleges, no en el sentido que se entiende en español.

⁸En algunas partes también se le da el nombre de «el robachicos» o «el cuco/coco».

llegó» pronto toma lugar. Van a producir agruras a los miembros de facultades cuya conciencia no les permita dar consentimiento a algo que no pueden apoyar ya sea porque leen «reciente» como indicación de un periodo de tiempo que la información no apoya o porque están opuestos a un enfoque que amordaza la libertad a investigar y explorar nuevos horizontes.

Preveo mucha argumentación sobre qué quiere decir ese «reciente» en la Creencia Fundamental #6. El presidente de la Conferencia General lo puso claro en la discusión en San Antonio que, para él, «reciente» quiere decir alrededor de 6,000 años. Otros que creen en una Tierra joven irán a más de 6,000 años o 7,000, hasta 10,000. Un número cada vez menor se sentirá cómodo con 20,000 años; unos cuantos con 50,000. A la luz de millones y billones de años que se consideran en relación a la edad de la Tierra, incluso 50,000 años pueden ser considerados como «reciente».

No puedo resistir tener algunos pensamientos traviosos al contemplar diversos escenarios. ¿Qué del empleado de la iglesia que se rehúse a aceptar la nueva fraseología porque no está de acuerdo con la creación en dos etapas como ha sido presentada? ¿Será tal persona acosada por estar de acuerdo con el punto de vista de Elena White y los pioneros?

Espero y oro para que la gente evite caer en el tipo de escenarios que he descrito. El potencial para desastre, sin embargo, está ahí y necesitamos estar conscientes del mismo.

Aparte de quienes son empleados por la iglesia está el mundo de los científicos adventistas. Podemos ufanarnos de contar con muchos hombres y mujeres de renombre, fieles miembros de iglesia, que pasan sus días (y sus noches) en una variedad de disciplinas científicas. Algunos trabajan en instituciones de investigación

de punta, otros ya han dejado su marca entre sus colegas. Uno es un Fellow de la Royal Society of Canada y un Fellow of the European Academy of Sciences.⁹ En los Estados Unidos, dos adventistas son miembros del prestigioso Institute of Medicine National Academy of Sciences.¹⁰

Esos individuos mayormente mantienen un perfil bajo entre nosotros. Pero no está muy lejano el día cuando los adventistas serán orgullosamente sacudidos porque uno de nuestros miembros será honrado con un Premio Nobel.

Debemos de afirmar y animar a los científicos adventistas, no a verlos con recelo. Nuestra declaración de creencias debe ser tal que esos hermanos y hermanas puedan apoyarlas sin vergüenza.

El enigma

Creo que la Biblia y el mundo natural dan testimonio de Dios, que ambos son fuente de verdad que ignoramos a nuestro peligro. Pero cómo encajan las piezas del rompecabezas de nuestro origen, nuestro mundo, nuestra historia —ese es el enigma.

El mundo es maravilloso; el mundo es horrible. La vida —nuestra vida— es maravillosa; la vida, a veces, es difícil de llevar.

Jesús es maravilloso. Él, el Creador de todas las cosas, vivió y enseñó vida, amor, dar de sí, generosidad. En el mundo en cambio encontramos violencia, depredación, muerte. Dentro de cada uno de nosotros —en nuestros intestinos— hay billones de formas de vida naciendo y muriendo constantemente.

¿Quién puede resolver el enigma?

Un naturalismo absoluto ve el universo como un sistema cerrado de causa y efecto en el cual todo, incluyendo nuestros

⁹Miembro de la Sociedad Real de Canadá y Miembro de la Academia Europea de Ciencias.

¹⁰Instituto de Medicina de la Academia Nacional de Ciencias.

orígenes, ha de ser comprendido como resultado de causas totalmente naturales. En esa narrativa, Dios es innecesario e irrelevante. Rechazo ese esfuerzo por resolver el enigma de la existencia porque no toma en cuenta lo que para mí es el primer dato —la realidad de Jesucristo y mi vida en él.

CAPÍTULO SIETE

Misión: Más que contar cabezas

Hablamos de la Segunda venida; la mitad del mundo nunca ha escuchado de la primera.—Oswald J. Smith

ALGUIEN QUE OBSERVE OBJETIVAMENTE a la Iglesia Adventista podría llegar a la conclusión de que nuestro libro favorito de las Escrituras es Números. Por supuesto, no lo es, pero tenemos una fascinación con contar cabezas.

No todo tipo de cabezas —solamente las cabezas de los recién bautizados. Nos encanta: tantos bautizados en esta campaña evangelística, planes para un esfuerzo a gran escala con el blanco de bautizar (tambores) 100,000 miembros nuevos, tantos bautizados en un día. Mil, 3,000 (como en el día de Pentecostés), 5,000 (ahora mejor que en el día de Pentecostés). Sin parar de contar.

Los santos se regocijan al escuchar acerca de nuestros miembros nuevos. Los ganadores de almas de éxito se tornan en héroes. Algunos son candidatos obvios para puestos de liderazgo.

Pero está la otra parte, el lado negativo. Pastores que tienen muy pocos nuevos que informar —o, todavía más vergonzoso, ninguno—; temor por reuniones de obreros en las que los administradores pasan lista de bautismos. Con razón apresuran a los chicos de 10-12 años a que bajen a las aguas bautismales. . .

Ese enfoque adventista no es tan malo. La Gran Comisión, palabras mismas del Señor Resucitado, ponen el tono de las órdenes de marcha para los seguidores de Jesús: «Ir, hacer discípulos, bautizar, enseñar» (Mateo 28:19, 20). No deberíamos de olvidarlas ni diluirlas. Algunos pastores requieren que se les dé un empujón para salir de su casa y compartan las buenas nuevas.

Creo esto: cada obrero del evangelio que con oración cumple con su llamado al ministerio encontrará almas que, como lo pone Elena White, «miran fijamente al cielo» (*Los hechos de los apóstoles*, pág. 90), listos para unirse a su redil. Las he encontrado en los lugares más inesperados. Están en todas partes, esperando, con los corazones listos para ser transformados por el Espíritu, listos para tomar el siguiente paso a la vida eterna.

No todos los terrenos son fértiles para la semilla del evangelio. Algunos son duros y pedregosos, otros son poco profundos, algunos tienen hierbas, como lo enseñó Jesús. No es justo e irreal esperar que todos los siervos del Señor vean sus sinceros esfuerzos igualmente recompensados con un número de bautismos.

No todos los bautismos son iguales. La labor de un ministro trae al alfolí solamente una persona y eso le puede hacerse sentir fracasado. Pero el Señor no cuenta como nosotros lo hacemos.

Cada alma que elige a Jesús y a su reino es de un valor inestimable. Esa alma puede, bajo la nutriente influencia del Espíritu, llegar a ser un H. M. S. Richards o una Elena White.

En el Londres del siglo XVIII un jovencito que buscaba la paz con Dios se topó con un servicio religioso en Aldersgate Street, el orador era un laico, sin nada en particular que lo distinguiese y desconocido para las generaciones futuras. Guiado por el Espíritu, predicó un mensaje sencillo. El jovencito sintió su corazón «extrañamente sobrecogido»; su vida cambió desde el encuentro esa tarde. John Wesley predicaría a muchos miles. Con su hermano Charles estuvo a la cabeza de un reavivamiento religioso que transformó la sociedad.

Una búsqueda de los evangelios no va a encontrar ninguna justificación para la obsesión adventista por contar cabezas. Ciertamente el Maestro mismo es un mal ejemplo en términos de evangelismo. Toda su predicación solamente le produjo resultados magros. Solamente doce individuos se mantuvieron a su lado cuando las cosas fueron de mal a peor; uno de ellos lo traicionó a sus enemigos y otro negó públicamente conocerlo siquiera.

¿Fue Jesús un fracasado? Algo está mal aquí —no con Jesús, sino con la manera como nosotros los adventistas hemos distorsionado la Gran Comisión. Jesús fue fiel a su misión. Pudo declarar al final de su ministerio en la tierra, «He llevado a cabo la obra que me encomendaste» (Juan 17:4, NVI). Había traído el reino de Dios al mundo y encendido una llama que nunca se extinguiría.

Consideremos al otro gran evangelista del Nuevo Testamento, el apóstol Pablo. Cruzó todo el imperio romano, plantando iglesias en ciudad tras ciudad. En algunos lugares la cosecha de almas era abundante, pero en otras era magra, por conteo humano. Pablo no

pareciera haberse preocupado contando cabezas. En algunas iglesias, como en Corinto, los conversos hacían hincapié en quién había sido bautizado por quién. Pero Pablo desdeñaba tales cosas como insignificantes. No recordaba a quién había bautizado: «Cristo no me envió a bautizar sino a predicar el evangelio» (1 Corintios 1:17, NVI), dijo. ¡Qué diferencia con nuestra obsesión por los números!

Hemos caído en un patrón mundano en nuestro ministerio. Hemos adoptado la comprensión secular de la misión. Establecer blancos, contar cabezas y medir el «éxito» en la sala de consejo, no en la iglesia de Dios.

Esto es lo triste: nuestro conteo de cabezas es selectivo. Nos regocijamos por las cabezas que pasan por el agua, pero ignoramos a las cabezas que se salen o se alejan de la iglesia. Hacemos un gran esfuerzo y gastamos miles en evangelismo pero, ¿estamos listos para ir a buscar a todos aquellos que un día se bautizaron y seis meses más tarde no están con nosotros? ¿Un año más tarde? ¿Dos años más tarde?

Incluso un modelo corporativo de misión demandaría tal investigación.

Es hora de que la iglesia adventista cambie muchas de las cosas que hacemos para cumplir la misión que Dios nos ha dado para llevar al mundo. ¿Cómo es que llegamos al patrón nada bíblico de reducir la misión a contar cabezas? ¿Adónde vamos —adónde deberíamos de ir— ahora? No soy un historiador pero tengo una teoría concerniente a lo que ha sucedido. Mi teoría empieza con una historia que tiene que ver con mi padre.

Ciento cuarenta y cuatro mil y todo eso

Mi padre nació en Suecia, en una de las 30,000 islas del ar-

chipiélago de Estocolmo. Salió de su hogar de joven y navegó por el mundo, primero en un buque de vela y después en buques de vapor. Viajó hasta el puerto de Adelaida, en Australia, se enamoró de una jovencita de ojos café de nombre Edith Painter, completó su contrato y migró a las antípodas.

Después de unos años, ya con hijos, mi padre hizo otra decisión. Un domingo de tarde fue a un parque donde la gente podía hablar en público sobre política, religión o lo que quisiese. Ese día mi padre escuchó a un hombre proclamar el pronto retorno de Jesús — un predicador adventista. Mi padre se interesó y le impresionó lo que escuchó; al poco tiempo fue bautizado y se unió a la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Todo esto pasó hace mucho tiempo, durante la Primera Guerra Mundial. Había mucha excitación entre los miembros de iglesia, me contó después, porque la membresía en la joven denominación estaba llegando a un número cargado de significado bíblico —144,000. Hoy el tópico de los 144,000 —mencionado en Apocalipsis 14— se ha desvanecido, pero en esos días era un tópico caliente. En el creciente número de miembros los adventistas vieron evidencia del tiempo del Fin. Cada bautismo nos llevaba más cerca.

Hoy en día esa manera de pensar nos parece pueblerina. Todo el mundo, con sus billones de hombres y mujeres, ¿y solamente 144,000 serían salvos? De todas las iglesias y todas las religiones, ¿solamente los adventistas? ¡Increíble!

El conteo siguió adelante. Llegó a 144,000 y siguió avanzando. Pero Jesús no regresó; fue algo decepcionante. Pero el juego basado en los 144,000 continuó. ¿No había dicho Elena White que no había una persona en veinte lista para ser trasladada al cielo? —Por supuesto que lo dijo. Entonces quizá la masa crítica no era

144,000 sino $144,000 \times 20$. Ese número fue alcanzado y rebasado. Pero Jesús no regresó.

Gradualmente el interés en el asunto de quiénes eran los 144,000 pasó de moda. Las interpretaciones basadas en números literales lentamente dieron paso a una comprensión simbólica, como lo señala Apocalipsis 7:9.

No puedo probarlo, pero creo que es probable que el crítico número 144,000 esté detrás de la inclinación de los adventistas a contar cabezas. Ha sido y sigue siendo un impulso, un factor motivador, muy arraigado en la psique adventista.

En general, creo que nuestra preocupación por los números nos ha servido más positiva que negativamente. Desafortunadamente, sin embargo, nos ha llevado a considerar nuestra misión de una manera truncada que ha traído como consecuencia serias distorsiones.

Es hora de reconsiderar nuestra misión. ¿Cuál es nuestra misión al mundo? Empecemos considerando lo que la Biblia enseña sobre misión.

Misión en el Nuevo Testamento

Los lectores de este libro probablemente se sorprendieron ante la discusión previa. Algunos sin duda responderán que Dios nos ha dado nuestra orden de batalla en el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14:6-12. Lo mismo que el pasaje tan repetido de la Gran Comisión (Mateo 28:18-20) y las palabras de Nuestro Señor: «Y este evangelio del reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mateo 24:14, NVI).

Tan importante como lo es Apocalipsis 14:6-12 para enmarcar

la misión adventista, primero deberíamos de considerar al Señor de la misión. ¿Cómo definió Jesús, por sus palabras y acciones, la misión?

Para Jesús, la misión se centraba en el reino, el Basilea, la regla o reino de Dios. Cuando Jesús empezó a predicar, su mensaje era: «El reino de los cielos está cerca» (Mateo 4:17, NVI). El reino se estaba dejando ver; el cielo había bajado en la persona del Hijo de Dios. Él era —es— el Rey del cielo; donde Él está, está el reino, la gente se rendía ante Él como su Señor.

De esa manera, cuando Jesús inició su famoso sermón, anunció: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3). No dijo será, sino es. Incluso ahora mismo, el reino del cielo está aquí.

El reino no es solamente en palabras, en la predicación. Significa vida nueva; significa libertad; significa liberación; significa sanidad. El sermón que Jesús predicó un sábado en Nazaret lo puso claramente. Citando Isaías 61:1-2, declaró:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha ungido
para anunciar buenas nuevas a los pobres.
Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos
y dar vista a los ciegos,
a poner en libertad a los oprimidos,
a pregonar el año del favor del Señor

(Lucas 4:18, 19, NVI).

En el capítulo diez de Mateo encontramos a Jesús enviando a los Doce en una misión de entrenamiento. Jesús «Les dio autoridad

para expulsar a los espíritus malignos y sanar toda enfermedad y toda dolencia» (Mateo 10:1, NVI), igual que cómo él lo hacía. El mensaje que salieron a predicar sería: «El reino de los cielos está cerca» (v. 7). Los envió para que «Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien de su enfermedad a los que tienen lepra, expulsen a los demonios» (v. 8).

En la comprensión adventista, Mateo 24:14 juega un papel muy importante. Lo consideramos no simplemente un llamado a los cristianos de todas las eras, sino como una aplicación especial para nosotros debido a nuestra comprensión de los eventos del tiempo del Fin. Hemos unido el tiempo del Fin con la predicación a todo el mundo en una relación de condicionalidad: únicamente cuando el evangelio ha sido predicado a todo el mundo entonces vendrá el Fin. Cuando me uní a la iglesia siendo un adolescente, acostumbrábamos repetir el lema de la Sociedad de Misioneros Voluntarios: «El evangelio a todo el mundo en esta generación».

La antigua Sociedad MV, con sus Menores Misioneros Voluntarios no existe más pero el ímpetu proveniente de Mateo 24:14 continúa, si bien en una forma disminuida en la mayoría del mundo adventista. Muchos adventistas en la actualidad titubean cada vez más en hacer la parusía dependiente de nuestra proclamación del evangelio. Entienden —correctamente, a mi ver— que el texto simplemente señala que cuando la Segunda Venida se lleve a cabo las buenas nuevas tendrán que ir a todo el globo. Es una «señal» del Fin, lo mismo que terremotos, hambrunas, plagas y portentos celestiales.

Haciendo a un lado puntos de interpretación, sin embargo, este texto tan significativo para los adventistas, contiene un elemento que pasamos por alto aunque nos salta a la cara —«el evangelio

del reino». No solamente las buenas nuevas acerca de Jesús, sino el mismo mensaje que Él anuncio al inicio de su ministerio: «El reino de los cielos está cerca» (Mateo 4:17, NVI). El reino —liberación, libertad, vida nueva, salud, restauración. El reino —mucho más que hacer un llamado a la gente para que acepten a Jesús y sean bautizados.

Porque el mensaje que hemos de proclamar es el evangelio del reino, no lo podemos nunca reducir a contar cabezas. Tratar de cuantificarlo, medirlo marcando países como «entrados» o «no entrados» es truncarlo de tal manera que lo transforma.

La declaración más sucinta de la misión cristiana viene del Salvador Resucitado: «Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes» (Juan 20:21, NVI). Llevar a cabo la obra de Jesús —sanar, enseñar, predicar— esa es nuestra misión. No solamente predicar, sino todo su trabajo.

En este respecto los Adventistas del Séptimo Día brillan fuertemente en comparación con otras iglesias. Nuestro énfasis es la persona completa —espíritu, alma y cuerpo— no solamente el espíritu nos lleva más cerca al patrón establecido por nuestro Señor que otros que, perpetuando la antigua separación no bíblica de la separación entre el cuerpo y el alma, se enfocan en predicar y enseñar. Para ellos la declaración de Elena White de que «En un pan bien hecho hay más religión de lo que muchos se figuran» (*El ministerio de curación*, pág. 234), pareciera ser incomprensible.

Los adventistas no solamente enseñamos integridad, la practicamos. Operamos hospitales y clínicas, preparamos alimentos sanos, llevamos a cabo seminarios de salud, ayudamos a hombres y a mujeres a librarse de sus adicciones, acudimos a prestar socorro cuando azotan los desastres, alimentamos al hambriento y vesti-

mos al desnudo. Gastamos cantidades enormes de tiempo y dinero en actividades no relacionadas con la proclamación del evangelio.

Hemos seguido este ministerio multifacético desde los días pioneros del movimiento. Cuando todavía era un movimiento joven, con pocos miembros y recursos, Elena White urgió que iniciásemos una escuela y después una institución de salud. Conforme empezamos a crecer en fuerza, conforme las cuerdas de la carpa adventista se extendían más y más, añadimos más escuelas, después colegios,¹ seguidos por universidades; más clínicas, hospitales y escuelas de medicina.

Inevitablemente surgieron tensiones entre el lado estrictamente ministerial (predicar) de la obra y el no ministerial. El conflicto llegó a su punto crítico con las actividades del brillante, mercurial Dr. John Harvey Kellogg,² cuyo gran centro en Battle Creek, Michigan, se hizo famoso mundialmente, atrayendo clientes de las figuras destacadas en la sociedad y en los deportes, incluyendo al presidente de los Estados Unidos.

Elena White no vio una dicotomía entre el ministerio de predicación y el ministerio médico —ambos eran aspectos de la misión que Jesús mismo estableció. Llegó al grado de propugnar que los médicos recibiesen credenciales ministeriales, como los predicadores. Era una teología radical, a años luz de las prácticas de otras iglesias.

Desafortunadamente se desarrolló una ruptura conforme Kellogg construyó el sanatorio en Battle Creek cada vez más grandioso y a su imagen. Se llevó a cabo una lucha por control entre la Conferencia General y Kellogg; terminó con el sanatorio pasando a manos de Kellogg y fuera del control de la denominación y Kel-

¹«Colegios» aquí es *colleges*, no en el sentido que se entiende en español.

²Quien, entre otras cosas, nos trajo los famosos Korn Flakes.

logg siendo removido de la hermandad en la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Las pérdidas por ambos bandos fueron enormes. El joven movimiento adventista fue sacudido en sus bases pero sobrevivió y floreció.

El cisma dejó heridas que hasta el día de hoy no han sanado completamente. Si bien tanto las bandas ministeriales como médicas han crecido más allá de lo que los pioneros hubiesen imaginado, cada una ha seguido por su camino; la estrecha relación concebida por Elena White se ha desgajado.

De tanto en tanto los miembros de iglesia y los administradores señalaban dudas acerca de los hospitales adventistas. Con enfermeras, doctores y otro tipo de personal que no son adventistas, con estructuras salariales gobernadas por tasas de mercado en lugar de políticas denominacionales —¿son esos hospitales realmente adventistas? ¿Vale la pena todo el esfuerzo requerido de los administradores de la iglesia?

Esta es la mayor preocupación para muchos —¿cuántos bautismos se producen como resultado de tanto gasto y esfuerzo?

Ese tipo de razonamiento es completamente equivocado. No estamos en la arena de la atención médica principalmente para contar cabezas. Lo hacemos porque Jesús lo hizo. Dedicó la mayoría de su ministerio a mitigar el sufrimiento humano.

Es hora de que abracemos de corazón el ministerio médico lo mismo que la Agencia de Desarrollo y Recursos Asistenciales y toda actividad que eleve a la humanidad. Que las consideremos no de mala gana o como participantes de segunda categoría sino como socios cabales en la misión.

El hacer eso reorientará radicalmente nuestra comprensión de

la misión. Si bien es cierto que el evangelismo continuará y debería de continuar, quebrantaremos nuestra obsesión con contar cabezas y dejar de medir el «éxito» de la forma como lo hacen las corporaciones seculares.

Esas consideraciones nos llevan a notar algo en los evangelios que con frecuencia pasamos por alto —la diferencia entre el reino de Dios y la iglesia.

El reino de Dios y la iglesia

En el Nuevo Testamento encontramos una gran diferencia entre los evangelios y los otros elementos. En los evangelios la palabra «reino» aparece 102 veces, algunas veces como el «reino de Dios» otras veces como el «reino de los cielos». (Las expresiones parecieran ser paralelas). Muy raramente Jesús se refirió a la *ecclesia*, la iglesia. Después de los evangelios sin embargo, la palabra «iglesia» predomina abrumadoramente y la palabra «reino» casi desaparece.

Es digno entonces notar, como otros lo han hecho antes, que Jesús predicó el reino de Dios y la iglesia fue el resultado.

La iglesia no es el reino de Dios. El reino incluye a la iglesia pero abarca mucho más.

El reino (griego: *basileia*) es el dominio o feudo de Dios. En cualquier lugar que Jesús es confesado ser Señor —donde quiera que una persona se someta a su ley— está su reino. El reino es invisible, silencioso. Pero es real.

Por otra parte, la iglesia (griego: *ecclesia*) es la comunidad de «llamados a salir». Es visible, es corporal.

El reino es totalmente espiritual. Sin mezcla, sin aleación. La iglesia, sin embargo, es una mezcla de lo humano y lo divino. Porque es una institución humana, está sujeta a los errores y las

fallas de la humanidad. No es, no puede ser, perfecta en esta tierra. Sus líderes, sin importar que tan dedicados sean, cometen errores. Consideraciones políticas, inevitablemente, tienen lugar. A veces en la historia de la iglesia los líderes de la iglesia han cometido abusos enormes —arrogancia, injusticia, avaricia y corrupción, incluyendo inmoralidad sexual.

Los adventistas hemos existido por poco tiempo, relativamente, pero no es de sorprender que el mismo tipo de abusos (aunque a un nivel menor) se hayan manifestado. Incluso en los días de Elena White, un siglo atrás, ella reprendió la corrupción en los niveles más elevados de la iglesia adventista, especialmente la arrogancia del «poder de rey» en la Conferencia General.

Es endiabladamente fácil caer en la trampa de persuadirnos a nosotros mismos y a los demás de que, porque hemos sido ordenados al ministerio o elegidos por un comité para un puesto de liderazgo, somos capacitados con una sabiduría especial o tenemos autoridad sobre los otros miembros de la iglesia.

Debemos tener presente continuamente que la iglesia no es el reino de Dios y poner atención a las lecciones de nuestra historia.

Otro peligro —y este es uno grande— es el de pensar que la iglesia es una corporación. Por algunos años un comité principal de la Conferencia General era el «comité de administración por objetivos». Al considerarlo, apenas puedo creer que tal nombre haya existido. Representaba un modelo totalmente corporativo de la iglesia, estableciendo blancos, evaluaciones y midiendo el «éxito».

¡Qué lejos de la comisión de Jesús: Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes» (Juan 20:21, NVI)! La iglesia es un cuerpo espiritual, ¡no es General Motors o Ford! No debemos

permitir nunca que los modelos de pensar del mundo tengan influencia en nuestra comprensión y práctica de la misión.

Reflexiones sobre misión

Durante nuestro año como graduandos en Avondale College, Noelene y yo recibimos un llamado para servir en la India. Esto era extraordinario por tres cosas: todavía no habíamos graduado, no habíamos solicitado trabajar en el extranjero y no estábamos comprometidos —mucho menos casados. Los términos del llamado y las obligaciones que íbamos a cumplir suponían que seríamos socios en la misión: yo sería el preceptor de muchachos y maestro de Biblia, Noelene maestra de música en la escuela Vincent Hill, una academia³ con internado en Mussoorie, en el norte de la India.

Estamos profundamente agradecidos por los 15 años que pasamos en la India. Esa experiencia abrió nuestros ojos al mundo, nos enriqueció, amplió nuestros horizontes y nos presentó a maravillosos estudiantes y colegas que todavía cuento entre mis amistades. Nos lanzó en una trayectoria en la vida —de Australia a la India a América y al mundo — que nunca hubiésemos imaginado.

Estaremos eternamente agradecidos de haber recibido ese llamado, el Señor nos dio la gracia de contestar, «¡sí!»

Mirando al futuro...

La misión es la savia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. La misión está tejida en nuestra identidad; la misión define quiénes somos y por qué existimos. Cuando abandonemos nuestra misión, pereceremos.

El punto, por lo tanto, no es el sí, sino el qué. ¿Qué tipo de misión

³«Academia» aquí significa *academy*, una escuela de nivel secundario, no como se podría entender en español.

nos motivará en los años por venir? ¿Haremos a un lado nuestra fascinación con los números y comprenderemos y haremos misión en el espíritu de Jesús, quien vino a hacer completos a hombres y mujeres?

CAPÍTULO OCHO

Interpretación de las Escrituras: ¿Tendrá Elena White la última palabra?

*Los escritores de la Biblia eran los escribientes
de Dios, no su pluma.—Ellen White*

SI EL TEMA DE LA ORDENACIÓN DE LAS MUJERES dominó el pensamiento de los adventistas durante el periodo anterior a la Sesión de la Conferencia General en San Antonio, los cinco años posteriores estarán enfocados en temas relacionados con la interpretación de la Biblia.

Ciertamente, la clara polarización sobre el papel de las mujeres en gran manera tiene que ver con las diversas maneras de leer las Escrituras. Adventistas sinceros de ambos lados estudiando la misma Palabra llegaron a conclusiones completamente distintas. Desde el inicio de nuestro movimiento los adventistas han sido «el Pueblo del Libro», ferozmente protestantes en colocar las Escrituras por encima de sacerdotes y prelados, concilios y tradiciones. «¿Qué dice la Biblia?» Ha sido nuestra consigna. Pero cuando el tema de la ordenación de las mujeres fue estudiado cuidadosamente, las enseñanzas de las Escrituras no parecían ser claras —ciertamente no para todos. Algunos estudiantes argüían que apoyan, incluso ordenan, la ordenación de las mujeres; otros concluyeron que la prohibían.

Conforme las personas seleccionadas oficialmente para estudiar el más amplio tema de la interpretación bíblica se preparan para su trabajo en los días por delante, no es mi intención anticiparme a la discusión. Como alguien que por muchos años ha sido estudiante y maestro de la Palabra, simplemente me quiero concentrar en dos áreas que pienso son críticas. La Sesión de la Conferencia General de 2015 destacó tendencias que se han estado desarrollando durante varios años que me perturban profundamente. Los temas que estamos enfrentando pueden ser pronunciadamente encuadrados de esta manera:

1. ¿Van los adventistas a retroceder en cuanto a la interpretación bíblica e ir en la dirección de un método literalista/fundamentalista?
2. ¿Llegarán a ser los escritos de Elena White determinantes en el estudio de la Biblia en lugar de seguir siendo lo que han sido hasta ahora, una luz menor que ilumina la luz

mayor, la Biblia?

Pero antes, un poco de historia —cómo hemos enfocado la interpretación bíblica durante el relativamente breve espacio de nuestra existencia— y después una breve reseña personal de mi encuentro con la Biblia.

Los adventistas y la Biblia

Los adventistas toman la Biblia muy en serio, lo han hecho desde los días de los pioneros y todavía lo hacen. La Iglesia Adventista del Séptimo Día no existiría sin la Biblia: fue el estudio de la Palabra lo que guió a los pioneros del movimiento a las dos plataformas doctrinales que forman nuestro nombre: el séptimo día sábado y la expectativa del pronto retorno de Jesucristo. Tenemos varias otras enseñanzas distintivas y todas de igual manera llegaron a ser parte de nuestro sistema de creencias como resultado del estudio de la Biblia.

Muchos cristianos también tienen a la Biblia en alta estima y profesan derivar tanto sus doctrinas como sus prácticas de la misma. Los adventistas, sin embargo, diferimos de ellos en nuestro concepto de la Biblia en dos puntos muy importantes, aparte de nuestras doctrinas distintivas.

Primero, tenemos un concepto dinámico de la verdad. No observamos un credo del pasado, como lo hacen los luteranos con su Confesión de Augsburgo o los presbiterianos con su Confesión de Westminster. Para nosotros la verdad es progresiva. Un versículo preferido por los pioneros es: «Por esto, yo no dejaré de amonestaros siempre de estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente» (2 Pedro 1:12, RVA). La verdad no era simplemente la verdad; era la verdad presente.

El preámbulo de las Creencias Fundamentales de los Adventistas del Séptimo Día pone eso en contraste con los credos de otras iglesias:

Los Adventistas del Séptimo Día aceptan la Biblia como su único credo y sostienen que ciertas creencias fundamentales son enseñanzas de las Santas Escrituras. Estas creencias, así como están presentadas aquí, constituyen el entendimiento y la expresión de la Iglesia sobre las enseñanzas de las Escrituras. Una revisión de estas declaraciones se podría llevar a cabo en una sesión de la Asociación General cuando la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, sea llevada a un entendimiento más completo de la verdad Bíblica o encuentre palabras más adecuadas en las cuales expresar las enseñanzas de la Santa Palabra de Dios.

No es de sorprender que la iglesia tomara mucho tiempo para formular una declaración oficial de sus doctrinas. Mientras se desarrollaron varias listas de nuestras doctrinas, fue hasta 1980 que las Creencias Fundamentales fueron votadas por una Sesión de la Conferencia General. Eran 27 doctrinas; en 2000 se añadió la doctrina 28. Durante la Sesión en San Antonio varias creencias fundamentales tuvieron revisiones significativas.

Esa comprensión dinámica de la verdad tiene implicaciones importantes. Coloca a los adventistas ante la posibilidad de cambios —incluso cambios mayores— en nuestras creencias y prácticas.

Segundo, a diferencia de los cristianos fundamentalistas, no creemos en la inspiración verbal (dictado) de las Escrituras. Creemos firmemente en su inspiración pero bajo una interacción

dinámica de lo humano y lo divino, de esa manera son los escritores de la Biblia y no sus palabras los que fueron guiados por el Espíritu Santo.

Para el musulmán, el Corán es una copia al 100 por ciento del prototipo celestial. Cada palabra, en árabe, fue dada por Alá.

Ese no es el caso para los adventistas y la Biblia: la Biblia es al mismo tiempo la Palabra de Dios y la palabra del hombre. Como la Palabra de Dios, es perfecta para el propósito previsto por Dios que es llevar al lector a Él y su salvación en su Hijo. Como la palabra del hombre, lleva las marcas de la humanidad: variaciones en estilo de escrituras, errores gramaticales ocasionales e inexactitudes.

Elena White expresó este concepto sucintamente:

La Biblia está escrita por hombres inspirados, pero no es la forma del pensamiento y de la expresión de Dios. Es la forma de la humanidad. Dios no está representado como escritor. Con frecuencia los hombres dicen que cierta expresión no parece de Dios. Pero Dios no se ha puesto a sí mismo a prueba en la Biblia por medio de palabras, de lógica, de retórica. Los escritores de la Biblia eran los escribientes de Dios, no su pluma. Considerad a los diferentes escritores.

No son las palabras de la Biblia las inspiradas, sino los hombres son los que fueron inspirados. La inspiración no obra en las palabras del hombre ni en sus expresiones, sino en el hombre mismo, que está imbuido con pensamientos bajo la influencia del Espíritu Santo. Pero las palabras reciben la impresión de la mente individual. La mente divina es difundida. La mente y voluntad divinas se combinan

con la mente y voluntad humanas. De ese modo, las declaraciones del hombre son la palabra de Dios (*Manuscrito* 24, 1886. Escrito en Europa en 1886).

Los adventistas han avanzado mucho desde los días de William Miller. Miller, un granjero, no estaba versado en griego y hebreo. Llegó a sus interpretaciones tan particulares de las profecías bíblicas empleando solamente dos herramientas —las Escrituras y una concordancia; su Biblia era la King James Version.¹ Miller revisó cada texto bíblico uno por uno, dejando que las Escrituras se interpretaran solas.

Su enfoque —que consideraba a la Biblia esencialmente uniforme en toda su variedad literaria (historia, poesía, sabiduría, profecía, apocalíptica, evangelios, cartas) y el espacio de 1500 años entre los primeros y los últimos escritos —fue continuado por los pioneros del movimiento adventista. Se convirtieron en peritos de la Palabra, expertos en la comparación de un texto con otro, invencibles en sus debates con el clero de otras denominaciones.

Este método del estudio de la Biblia, que podríamos llamar enfoque «llano» o «textos de prueba» ya que se centra en versículos individuales en lugar de pasajes o libros de la Biblia, nos ha servido bien. Trajo bendiciones incontables a los fieles amantes de la Palabra quienes abrían la Biblia y simplemente la leían. (Algunas personas, en una variación de este método, tienen la costumbre de abrir su Biblia en cualquier parte y poner su dedo en un texto al azar, esperando que el Señor les muestre su voluntad de esa manera). No podemos leer que el método «llano» sigue siendo el enfoque favorito de la mayoría de los adventistas en todo el mundo.

¹La versión inglesa de la Biblia, lleva el nombre del rey James I de Inglaterra, quien comisionó su traducción en 1604.

Usé ese método por años en mis devociones personales, en mi predicación y en mi enseñanza. Al considerarlo me pregunto cómo es que pasé por alto el importante y profundo consejo de Elena White que son los «pensamientos» los inspirados, no las palabras. El método «llano» se centra en las palabras, no en las ideas o conceptos. No quiero ser brusco —¡excepto conmigo mismo!— pero ese método es más apropiado para el Corán que para la Biblia.

El Señor abrió mis ojos cuando, con permiso de estudio de la India, me matriculé en el Seminario en Berrien Spring para estudios de posgrado. Para obtener el grado de maestría en teología sistemática, tomé cursos en exégesis bíblica —uno de los cursos basado en Primera de Corintios y el otro en el libro de Hebreos. En esos cursos no revoloteábamos por las Escrituras; estábamos fijos en el libro en cuestión, involucrados en un estudio profundo del mismo, permitiendo que nos señalase su sentido original, escuchándolo en lugar de escuchando nuestras propias ideas.

Por un tiempo este método, nuevo para mí, fue desconcertante. Los pasajes que pensaba comprender, cuando eran examinados a la luz del texto griego y su contexto, en realidad significaban algo completamente diferente. Pronto estuve absorto entusiasmadamente en este tipo de estudio: me di cuenta de que para tomar la Biblia en serio —como lo deseaba y se me había enseñado— debería de ser fiel a la misma.

Desafortunadamente no todos los miembros de la clase compartían mi entusiasmo. Casi todos eran estudiantes ministeriales; varios eran pastores ordenados. Se molestaron con el instructor porque pareciera estar socavando la autoridad de los versículos que habían empleado en sus sermones los sábados y en su evangelismo. Se inquietaron y echaban chispas en la clase hasta que, even-

tualmente, se fueron a quejar con el presidente de la universidad, el Dr. Richard Hammill.

Hammill inició una investigación. Como parte de la investigación, decidió entrevistar a algunos de los estudiantes. Su procedimiento fue criticado ampliamente por los enterados pero creo que Hammill estaba buscando la manera de exonerar al profesor en lugar de usar la información contra él. Un día me encontré en la oficina del presidente hablando de la clase del Dr. Sakae Kubo. ¿Qué clases había tomado con Kubo? ¿Qué había enseñado? ¿Encontré sus clases inaceptables?

Aunque al principio me sorprendió que me llamasen a entrevistarme y me sentí algo incómodo, pronto decidí compartir mi perspectiva. Le dije a Hammill que pensaba que Kuba era acusado erróneamente y que él simplemente había desglosado los significados de los textos bíblicos, lo cual agradecía en gran manera pero que algunos alumnos estaban molestos porque la exegesis no conformaba con sus nociones preconcebidas del significado de los versículos.

No sé a quién más entrevistó Hammill durante su investigación, pero sé el resultado final: el Dr. Sakae Kubo, uno de los mejores exegetas bíblicos fue sacado del aula de clases y colocado a cargo de la biblioteca del seminario.

Siempre voy a estar agradecido por las clases que tomé del Dr. Kubo. No únicamente abrieron mis ojos, sino que fijaron en mí la determinación de ser fiel al texto bíblico, escuchar lo que dice y permitir que las cartas caigan en su lugar. Después obtuve un Bachillerato en Divinidad (equivalente a la Maestría en Divinidad en los Estados Unidos) de la Universidad de Londres y un Ph.D. en estudios bíblicos de Vanderbilt University. Para mi disertación doctoral

decidí escribir sobre el libro de Hebreos. En su centro estaba un largo capítulo exegético sobre Hebreos 9-10, un pasaje crítico para la doctrina adventista del santuario. Al enterarse de mi trabajo, un colega adventista me advirtió: «¡Hebreos! ¡Ese es un libro peligroso para los adventistas!». Otro profesor de mis días en Andrews me preguntó: «Bill, ¿vas a seguir siendo adventista cuando termines en Vanderbilt?».

Agradecí sus preocupaciones pero también me intrigaron. Si algún libro de la Biblia es problemático para los adventistas, ¿no deberíamos estudiarlo más profundamente en lugar de evitarlo? Mi disertación estuvo terminada en una cantidad de tiempo asombrosamente corta. Rompió territorio nuevo y es citada extensamente en estudios subsecuentes de Hebreos.

Mi experiencia en Vanderbilt ha sido replicada por veintenas de otros adventistas. El número de adventistas alrededor del mundo que han obtenido su Ph.D o Th.D. en disciplinas bíblicas —exégesis, lenguaje, teología, historia, arqueología— tiene que estar en los cientos. Los peritos adventistas presentan documentos a sociedades de prestigio, publican artículos en revistas de punta, contribuyen con sus ensayos a obras relevantes, etc.

¡Qué lejos hemos llegado en 170 años!

La interpretación adventista actual

En la actualidad encontramos muchas diferencias entre adventistas en hermenéutica (métodos de interpretación bíblica). La mayoría de los miembros ni siquiera están conscientes de esas diferencias, o no entienden por qué esto es algo que debería ser discutido. Simplemente van a la Biblia y la leen tal como siempre, pasando por alto los pasajes que no entienden.

Pero cada vez que empezamos a leer la Biblia estamos involucrados en su interpretación. El texto viene a nosotros del pasado distante y de culturas vastamente diferentes a la nuestra. Inevitablemente, tenemos que interpretar.

Un ejemplo sencillo es suficiente para recalcar este punto. Jesús dijo:

Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno (Mateo 5:29, 30, RVA).

¿Qué hace uno con un pasaje como este? Si lo tomamos conforme lo que dice, al pie de la letra, deberíamos de cortarnos la parte del cuerpo que es ofensiva. «Pero», puede alguien decir, «obviamente Jesús no tenía en mente que lo tomásemos literalmente». ¡Obviamente! ¿Qué lo hace obvio? No ha parecido tan obvio para muchos cristianos. Orígenes, un erudito de antaño (185-254 AD) tomó las palabras de Jesús literalmente, ¡y se cortó sus partes pudendas!

No creo que Jesús haya querido que entendiésemos esas palabras exactamente como las leemos, lo mismo que muchas estipulaciones del código mosaico no tienen aplicación en nuestros días. (¿Prohibimos a las mujeres que vayan a la iglesia durante su menstruación? ¿Por qué no? Ver Levítico 15:19-29).

Podría poner muchos ejemplos, pero no hay necesidad de ilus-

trar más el punto. Cada vez que estudiamos las Escrituras estamos involucrados en hermenéutica, aunque no estemos conscientes de hacerlo.

Dos enfoques

Hay un sentido en el que la hermenéutica de cada lector es algo privado, para sí mismo, porque cada uno llevamos al texto nuestra individualidad y nuestra experiencia. Habiendo dicho eso, creo que podemos dividir la interpretación bíblica en dos campos amplios y en contraste —el enfoque «llano», literalista, y el enfoque sutil. El primero tiende a negar la necesidad de interpretar, de ir más allá del sentido literal del texto. El enfoque sutil, por otra parte, viene al texto consciente de los desafíos para entenderlo a causa del tiempo, la cultura, el tipo de literatura, y demás.

Un pasaje que ha sido muy debatido en la discusión acerca del papel de las mujeres es 1 Timoteo 3:2. La versión Reina Valera Antigua lee: «Conviene, pues, que el obispo sea irreprochable, marido de una mujer, solícito, templado, compuesto, hospedador, apto para enseñar».

Algunos de quienes se oponen a la ordenación de las mujeres han tomado «marido de una mujer» como su pendón, argumentando que el texto limita la ordenación a los hombres. Una mujer, dicen, no puede ser «marido de una mujer».

Este es un caso de literalismo llevado al absurdo. Lo que prueba demasiado no prueba nada: si la interpretación es correcta, ¡Pablo mismo no podría ser ordenado porque no estaba casado! Los adventistas tampoco deberían de ordenar a solteros, como sucedía en el pasado y en algunos casos todavía se hace.

¿Qué quiere decir «marido de una mujer»? No puede querer

decir «casado», porque entonces «de una mujer» sería superfluo. No, el punto era que el obispo debería de tener solamente una mujer —no debería de ser polígamo. Como lo señala el *Seventh-day Adventist Bible Commentary*:² «El concubinato y la poligamia eran aceptables socialmente» en los días de Pablo (vol. 7 pág. 298), pero Pablo llamaba a la iglesia a un estándar más elevado.

La traducción de la versión Reina Valera de 1960 de 1 Timoteo 3:2, captura las intenciones de Pablo: «Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar».³

Es decepcionante que el argumento basado en una interpretación literalista de 1 Timoteo 3:2 haya encontrado tanta recepción entre los adventistas. Un desarrollo todavía más inquietante fue la introducción de la teología «de la cabeza»⁴ —algo que no había sido parte de nuestra iglesia— para oponerse a la ordenación de las mujeres. Esta teología es probada falsa a la luz de las enseñanzas bíblicas, conforme ha sido demostrado convincentemente por un documento preparado por la facultad del seminario.⁵ Me perturba que ese estudio, reflejando el pensar de las mejores mentes en la iglesia, fue ocultado bajo la alfombra en San Antonio. (El documento puede ser encontrado en línea en Andrews.edu/sem, haciendo click en «Seminary Statements»).

Así que ahí es donde estamos los adventistas en la actualidad vis a vis la hermenéutica: estamos profundamente divididos. Grandes cantidades de nuestros miembros, sin lugar a duda la

²Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día.

³La palabra del Nuevo Testamento griego es μιῦς (mías): una sola. No «de una mujer», sino «de una sola mujer». En otras palabras, que no practique la poligamia.

⁴En inglés, headship theology.

⁵Gerry Chudleigh escribió un tratado sobre el mismo tema que puede ser leído en español en este sitio: <https://www.smashwords.com/books/view/434511>

mayoría, incluyendo algunos administradores hasta el nivel de la Conferencia General, siguen el método «llano» para comprender la Biblia. Otro grupo, no tan grande, cree de todo corazón en la inspiración de las Escrituras pero toma un enfoque sutil a su interpretación. En lugar de un literalismo sólido, considera los principios que las Escrituras mismas revelan.

Ese fue el patrón que el Señor mismo nos enseñó. En el Sermón del Monte, tomó seis casos de estudio de la Torah⁶ y fue más allá de su interpretación puramente literal. En cada ejemplo, dijo: «Han oído que se dijo... Pero yo les digo...» (Mateo 5:21, 27, 31, 33, 38, 43). En este pasaje el autor de la ley explicó su significado. Lo intensificó, lo radicalizó, lo suplantó.

Cuando un abogado le dijo a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?» No le contestó: «Todos los mandamientos son iguales». En cambio, le dijo: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente» —le respondió Jesús—. Este es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo se parece a este: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas» (Mateo 22:37-40, NVI).

Encontramos sutilezas similares al enfoque de la Biblia en la denuncia que hizo Jesús a los escribas y los fariseos. Diezmaban escrupulosamente hasta las hierbas —menta, eneldo y comino—, pero «han descuidado los asuntos más importantes de la ley», les dijo Jesús, «tales como la justicia, la misericordia y la fidelidad» (Mateo 23:23, NVI). Esa declaración hace eco al gran pasaje en Miqueas 6:8, que es la cúspide de la religión del Antiguo Testamento:

⁶Los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, también conocidos como el pentateuco.

Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.

Para algunos creyentes, cada enseñanza de la Palabra tiene el mismo peso y cada regla para vivir de parte del Señor conlleva el mismo peso. Pero no para Jesús. Enseñó —y vivió— que el amor de Dios es el valor supremo, con amor al prójimo en segundo lugar y que la justicia, la misericordia y la fidelidad son los principios guiadores en la vida de sus seguidores.

Los casos de estudio anteriores presuponen el principio más importante de todos en hermenéutica —la vida y las enseñanzas de Jesús son la piedra fundamental. Él es la verdad.

En base a esa luz comprendemos el significado crítico de las palabras: «Si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti» (y los otros dichos en la misma vena en el Sermón del Monte). Jesús proclamó ser un sanador, liberador, restaurador y todo su ministerio correspondía con sus palabras. No mutiló; transformó a los lisiados. No sacó ojos; devolvió la vista a los ciegos. Por lo tanto, sus seguidores no están interesados en mutilar o cegar —todo lo contrario. El ministerio de Jesús tuvo que ver con totalidad, la nuestra y la de los demás, y así debemos ser nosotros. Sus dichos en cuanto a mutilar y cegar no pueden ser tomados literalmente; tienen que ser vistos en el sentido del «reino» —con el sentido de que toda práctica o hábito que hiera a otros no tiene lugar en la vida del ciudadano del reino de los cielos.

También se vuelve claro que el pensamiento jerárquico que forma la base de la teología «de la cabeza» es contrario a la vida y las palabras de quien dijo «el que quiera hacerse grande entre ustedes

deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de todos. Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:43-45, NVI).

¿Hacia dónde se dirigen los adventistas en la interpretación de la Biblia —en dirección al literalismo o hacia una hermenéutica sutil que va a Jesús en búsqueda de la última palabra?

Voy a compartir brevemente mi pensar en un tópico que, aunque diferente de la interpretación de la Biblia, tiene que ver con el tema: el uso (y el abuso) de los escritos de Elena White.

Elena White y las Escrituras

No tengo ninguna obsesión con Elena White. La descubrí por mi propia cuenta y me llevó a Jesús. No crecí en un hogar en el que se oía constantemente: «La hermana White dice que no debes...», «la hermana White dice que deberías...». Los libros rojos estaban en casa, en el librero en el pasillo. Mi padre los sacaba y los leía. Lo vi leyéndolos a menudo, pero nunca los usó contra mí.

Quizá lo hizo con mis hermanos mayores. No sé. Fui el menor y mi madre no era adventista. Para cuando vine al mundo la guerra sobre la religión había sido lidiada y se había declarado una tregua. Bajo los términos de la paz, la religión era un tema que no se discutía en casa.

Así que mi padre iba a la iglesia y enseñaba la lección de escuela sabática. Estudiaba su Biblia y leía *Signs of the Times*.⁷ Daba gracias antes de cada comida, que siempre era: «Por lo que vamos a recibir que el Señor nos haga agradecidos, amén». Y sacaba los libros de Elena White y los leía.

⁷Señales de los tiempos, la revista misionera equivalente, más o menos, a *El Centinela*.

Cuando cumplí unos 11 años mi padre me animó a leer la Biblia. Solamente leerla, de punta a punta. De Génesis al Apocalipsis. Después a empezar de nuevo. Una y otra vez.

Fue uno de los mejores hábitos que adquirí. Ha seguido conmigo toda la vida. Ha sido, probablemente, la mayor influencia en mi vida. No importa por qué alguien empieza a leer la Biblia, si la sigue leyendo, la Biblia producirá vida nueva, una nueva creación. Me pasó a mí.

Empecé a hablar con mi padre de la Biblia. Empecé a hacerle preguntas. Quería saber qué significaba «selah» en los salmos.

Mi padre conocía la Biblia y al Señor de la Biblia. Paso a paso fue criando la nueva creación. Me pregunto, ahora, qué tanto ha de haber orado por esa nueva vida. Me hice cristiano, nací de nuevo, orando, creyendo, alimentándome de la Palabra —no iba a la iglesia, no estaba bautizado, pero era cristiano.

Elena entra en la escena. No recuerdo cómo empecé a leer sus libros. Si mi padre me los mostró —sospecho que ese fue el caso—, lo hizo de una forma gentil, discreta, de tal manera que no recuerdo cómo. Pero los libros de Elena impactaron mi vida. Lo que leí en sus escritos me mostraba a Jesús. *El camino a Cristo*, me proporcionó perdón. El deseado de todas las gentes me ayudó a amar la historia de Jesús. *Palabras de vida del Gran Maestro* me mostró sus enseñanzas. *Patriarcas y profetas* me abrió el Antiguo Testamento, revelando a Jesús. *El conflicto de los siglos* me introdujo a los eventos de los últimos días.

Elena nunca fue un mazo o una aguafiestas para mí. Puedo entender, captar mentalmente, cómo alguna gente que creció con Elena White haya llegado a odiarla. Puedo entenderlo pero no puedo compartir esa experiencia. Mi consejo a esa gente, como mi consejo

a quienes desean saber de los adventistas y lo que pensamos de ella es: lean sus escritos. Lean *El camino a Cristo*. Lean *El deseado de todas las gentes*. Lean *Palabras de vida del Gran Maestro*. Lean *Patriarcas y profetas*. Lean *El conflicto de los siglos*.

La iglesia adventista tiene un camino muy largo por recorrer en relación a Elena White. Fue una lucha para los pioneros y la lucha continúa. Algunos, en sus días, no querían saber nada de sus consejos, como ahora. Otros, en sus días, querían elevar sus escritos al nivel de las Escrituras, estudiando sus palabras para explicar las Escrituras en lugar de estudiar las Escrituras mismas, como ahora.

Me imagino que siempre habrá un continuo. Algunos adventistas se inclinarán hacia el polo de igualar sus escritos con las Escrituras; otros al polo limitando su valor a su propio tiempo. Necesitamos aprender a vivir con esas diferencias de perspectiva, a aceptar los unos a los otros con esas diferencias así como ella aprendió y las aceptó, en sus días. Quisiera que estableciésemos linderos de referencia aceptables:

Lindero de referencia #1: Los escritos de Elena White no son las Escrituras, nunca pueden ser igualados con las Escrituras, pero han de ser probados con las Escrituras.

Lindero de referencia #2: Sus escritos son inspirados, son de valor continuo para la iglesia.

Creo que esos linderos de referencia podrían ser de enorme ayuda para clarificar el papel de Elena White al mundo y a nosotros mismos.

En años recientes pareciera haber un movimiento para elevar los escritos de Elena White a un lugar igual que las Escrituras o sobre las mismas. La «luz menor» se está volviendo la «luz igual» o la «luz mayor».

¿Estoy equivocado? Ojalá que ese sea el caso.

Me avergüenzo, cuando leo artículos en publicaciones de la iglesia basados más en sus escritos que en la Biblia. Cuando escucho sermones que parecen ser sus consejos en lugar de las Escrituras, me pregunto, «¿qué está pasando?».

Por muchos años estuve involucrado en diálogos oficiales entre la iglesia adventista y otras denominaciones, primero como miembro de un equipo de adventistas y después como su líder. Cuando iniciamos esos diálogos, encontrábamos considerables sospechas y distanciamiento: ¿Son los adventistas verdaderamente cristianos o son un culto? Recurrimos a nuestras declaraciones oficiales que nos colocan decididamente entre los protestantes, entre los cristianos. Fuimos aceptados gradualmente; eventualmente incluso la World Evangelical Alliance⁸ nos reconoció como hermanos con ellos (no como miembros; no procurábamos unirnos a su grupo).

Al leer y escuchar lo que algunos adventistas presentan hoy día, me pregunto cómo se sentirán esos líderes de otras denominaciones, que nos creyeron cuando les dijimos que para nosotros las Escrituras tenían autoridad preminente. ¿Engañados? Eso me preocupa.

También está la creciente práctica entre nosotros de tener siempre que añadir varias citas de Elena White en un artículo o sermón, aunque no añadan nada nuevo, solamente para mostrar que somos verdaderos adventistas. ¿A quién creemos que estamos engañando con esos juegos religiosos? Podremos impresionar a los creyentes, pero no al Señor.

Me alarmaron algunas de las presentaciones en San Antonio. ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Hemos llegado al punto de inflexión?

⁸Alianza Evangélica Cristiana.

¿Ha de tener Elena White la última palabra en la interpretación de la Biblia, en contra de sus consejos?



CAPÍTULO NUEVE

La promesa del adventismo

*Tras él, síguelo,
sigue El Resplandor.*
—Alfred, Lord Tennyson

EN SU MEJOR MOMENTO EL ADVENTISMO es maravilloso. En su mejor momento es un remanente creativo, un agente leudante en la sociedad.

Por supuesto, los adventistas no son los únicos hijos de Dios. El Señor es un Dios grande, demasiado grande para ponerlo en una caja adornada con un moño. Dios tiene muchos hijos como siempre los ha tenido, como los ha tenido en los días de la nación elegida. Dios trabaja de formas múltiples a través de una variedad de agencias.

En su gracia escogió a los adventistas para tener una parte en

su plan. Aunque, como Israel, con frecuencia hemos sido de mente estrecha, exclusivos y narcisistas, cuando hemos permitido a Dios ser Dios en y entre nosotros, los resultados han sido estupendos.

Consideremos: un grupo de creyentes con pocos recursos creen que la salud y la curación es parte del evangelio, mucho antes que la palabra «integral» sea un vocablo común. Ese grupo desarrolla medicina de punta, son pioneros en la comida vegetariana cuando la carne era curso común de cualquier comida, cambia los hábitos de desayuno de la nación. El mismo grupo defiende la libertad religiosa de los demás. Se distribuyen por toda la faz de la tierra; construyen lanchas médicas para el Amazonas, descubren la nutrición escondida en la soya; son pioneros en los trasplantes de corazón a bebés condenados desde el nacimiento; por dondequiera que van dejan una estela de clínicas, hospitales y escuelas.

Hay mucho de que estar orgullosos en esta historia, aunque esa historia tenga capítulos que lamentar y avergonzarse. El adventismo ha sido un movimiento de promesa.

Lo puede ser de nuevo.

Héroe adventista

El adventismo ha tenido sus héroes. Todavía los tiene. Voy a contar la historia de una de sus heroínas.

Gillian Seton, ocho años después de terminar sus estudios de medicina, completó sus cinco años de residencia en cirugía en la University of Utah y aceptó una responsabilidad en el Cooper Adventist Hospital en Monrovia, Liberia. Llegó en febrero de 2015 y rápidamente se estableció en una práctica ocupada como doctora principal en este pequeño hospital de 25 camas. Conforme llegaba el verano del año 2014 surgieron rumores, después llegaron in-

formes, de un surgimiento de las infecciones de ébola en los campos de Guinea, Sierra Leone y Liberia. Los últimos dos países recientemente habían salido de una larga y sangrienta guerra civil, con mucha de su infraestructura todavía destruida. Era el peor lugar para lidiar con lo que pronto se tornó en una epidemia de importancia global.

Conforme la infección y la virulencia del virus ébola se tornaba cada vez más evidente, el pánico azotó Monrovia, la capital. Quienes trataban de atender a los pacientes, tanto en los hospitales como en sus hogares, terminaban contagiados con un alto grado de mortandad. Muy pronto los hospitales de la ciudad empezaron a cerrarse conforme los empleados tuvieron miedo de venir a trabajar o fueron consumidos prestando atención a sus propias familias. Nuestro pequeño personal de Cooper estaba expuesto a las mismas preocupaciones y temores pero determinaron no claudicar. Finalmente fue el único hospital atendiendo a las emergencias médicas en esa ciudad con más de un millón de habitantes, tratando de evaluar a los pacientes en el estacionamiento para proteger al personal y a los otros pacientes del ébola. Después de haberse visto expuesta a pesar de todas las precauciones, Gillian recibió la oferta de un vuelo a casa para protegerse. Rehusó la oferta, declarando calmadamente: «Cuando hay una necesidad, haces lo que se tiene que hacer». Durante el siguiente año, a pesar de exponerse de continuo a la epidemia, cierres temporarios forzados y evacuaciones, regresó vez tras vez a atender a los necesitados.

La clase de graduandos de la Escuela de Medicina del 2016, invitó a Gillian a ser la oradora en la graduación. Su mensaje fue corto pero con poder. Contó de los desafíos que hacía frente personal y profesionalmente conforme veía a una nación batallar y a

los pacientes perecer a pesar de sus mejores esfuerzos. Terminó con tres simples palabras de consejo a los graduandos: «En primer lugar, eres HUMANO. Cometerás errores y no lo puedes hacer todo. Acéptalo, no dejes que te venza. Segundo, no estás SOLO. Echa mano de quienes estén a tu alrededor, busca ayuda, y acude a Dios por asistencia. Finalmente, sé VALIENTE. Es asombroso lo que el espíritu humano puede lograr cuando es llevado al límite». Nuestros estudiantes agradecieron a Gillian con una ovación de pie. (Agradezco al Dr. Richard Hart, presidente de Loma Linda University por esta historia).

El adventismo en su mejor momento es maravilloso, es heroico. Tiene en sí el poder de la promesa.

El Jesús sin chácharas

Poco antes de empezar a trabajar en este libro completé un proyecto sobre Jesús. He escrito muchos libros que tocan algo sobre Jesús, pero nunca algo solamente acerca de Jesús. Por un par de años me enterré en los evangelios —Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Consulté algunos otros libros como el clásico de Elena White, El deseado de todas las gentes, pero no muchos otros. Mayormente me limité a los cuatro evangelios, yendo uno por uno, leyéndolos en su totalidad y después comparándolos entre sí.

Fue una bendición. Fue maravilloso. Con todo eso, fue algo difícil. Entiendo por qué cualquiera que se dispone a escribir sobre Jesús se atiene a un solo evangelio —Jesús en Mateo, o en Marcos, o en Lucas, o en Juan. Son cuatro evangelios —maravillosos, pero desconcertantes. Contienen tanto sobre Jesús y, con todo, dejan a uno con muchas preguntas. El problema: concuerdan pero están en desacuerdo. Están en desacuerdo no en puntos menores, sino may-

ores. Si lees Mateo, Marcos y Lucas, encuentras a Jesús que es todo un galileo. Vive y predica en Galilea y es inmensamente popular. Pero esto molesta al establecimiento religioso y urde tramas contra él para matarlo. Va a Jerusalén para el festival de la Pascua y es arrestado, llevado a un juicio falso y crucificado.

Pero uno va al evangelio de Juan y todo cambia. Sí, Jesús trabaja en Galilea, pero también en Judea. No solamente va a Jerusalén en una ocasión para la Pascua, sino que va por lo menos tres o cuatro veces.

Pude escribir rápidamente —asombrosamente rápido. Traté de ser honesto con el texto, para permitir que Jesús resaltase de sus páginas, Jesús tal como era, un judío del primer siglo, un hombre pobre, un hombre sin nada extraordinario en él —pero el hombre más grande en la historia del mundo.

No una persona «humilde y sencilla». ¡De ninguna manera! No un tipo comodín y bonachón. ¡Por supuesto que no! El Jesús de los evangelios era —es— un hombre radical. Volcaba las mesas de los cambiadores de dinero en el Templo y perturbaba la manera de pensar, la manera de hacer religión en sus días.

Todavía perturba al mundo.

Perturba al mundo adventista.

Me perturba.

Si uno toma a Jesús en serio, termina perturbándolo.

Es el Jesús sin chácharas.

La iglesia es un gran lugar para encontrar chácharas —chácharas religiosas. A las chácharas les encanta la religión organizada. El diccionario define chácharas como «actitud pretenciosa y sin sentido». La palabra puede ser usada para poner fin a una idea que simplemente no tiene sentido pero también podría conllevar una

dimensión religiosa. Podría denotar el pretender ser bueno o piadoso pero sin vivir a la altura de lo que los demás esperan de uno. La religión organizada está llena de chácharas. Los adventistas hemos desarrollado nuestra propia variedad. Nos especializamos en chácharas adventistas.

Lo que me impresiona de Jesús de Nazaret es que en él no hay chácharas. Es real. Es auténtico. Vive lo que predica.

Es el Jesús sin chácharas.

Jesús dijo muchas cosas acerca de las chácharas religiosas pero, extrañamente, no lo escuchamos en nuestros sermones. Quizá no sea tan extraño —sus palabras acerca de las chácharas nos llegan muy cerca para nuestro confort.

Jesús —nada de chácharas.

La iglesia sin chácharas

Un adventismo sin chácharas: eso es lo que quisiera ver en nuestra iglesia.

Este librito, que quizá contenga alguna ponzoña, es en realidad un llamado para nosotros —individual y corporativamente— para ir más cerca de Jesús.

Es un llamado al adventismo en su mejor momento —maravilloso, heroico, auténtico.

Ese «mejor momento», en mi comprensión de la Biblia es:

- gente que edifica puentes y no muros. Que se aseguran de que todos tengan un lugar a la mesa —negros y blancos, pobres y ricos, hombres y mujeres, analfabetas y educados;
- gente que incluye, no excluye; que son la luz y la levadura de la sociedad;
- gente que vive en la dichosa, confiada expectativa del retorno

- de Jesús;
- gente que ensalza a Cristo y a su cruz;
- gente que es auténtica y real, que procuran llevar a cabo el ministerio de Jesús sin orgullo ni pretensiones;
- gente que trabaja para hacer completos a los hombres y a las mujeres;
- gente que ama la Palabra y la interpreta a través de la vida y las enseñanzas de la Palabra hecha carne.

Esa es la promesa del adventismo: un ministerio de esperanza y salud.

¿Alejarme? Nunca

En estos días extraños, estos días de dudas, muchos están abandonando la iglesia. No yo. Aunque la iglesia a veces hace a uno sentir como que le han dado un gancho al hígado, la iglesia es mi hogar. ¿Adónde iría?

Mucho de lo que soy lo debo a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Aunque es débil y con defectos —como, me parece, siempre ha sido la iglesia cristiana— es mi hogar espiritual. Donde me siento en casa. Donde pertenezco.

Me siento increíblemente privilegiado. Desde que acepté a Jesús como Salvador y Señor a los 16 años y eché mi suerte con la iglesia adventista, he sido inmensamente bendecido. No privilegiado financieramente —sin una cuchara de plata en la boca— pero privilegiado de muchas maneras e inmensurablemente más rico que en dólares o euros.

Privilegiado de servir a Jesús en la India, una tierra fabulosa de gente cariñosa y amable.

El Borde

He sido bendecido con una salud excelente. Completé 17 maratones. Escalé el Kilimanjaro. Raramente fallé un día en más de 50 años de trabajo.

Números de que estar orgulloso: pulso de 42, presión arterial 120/65, excelente colesterol. Mi corazón, me ufanaba, era fuerte como un buey.

¡Famosas últimas palabras! En 2014, de visita en Australia, mi mundo se vino abajo. Ataque al corazón. Ambulancia, sirenas, luces, a toda prisa en el sentido incorrecto por las calles de la ciudad.

Directo a cirugía. Stent. Seis días hospitalizado.

Mi fantástico corazón, fuerte como un buey estaba enfermo con múltiples problemas arteriales. Por fin, de vuelta en los Estados Unidos, cirugía de bypass —cuatro arterias bloqueadas.

Me estaba recuperando lentamente cuando de pronto las ruedas se atascaron. Complicaciones de la cirugía produjeron vómito y una drástica pérdida de apetito. Terminé en el hospital. Por semanas caminé por el Borde; con náuseas día y noche.

Por primera vez en la vida no pude orar. Ni siquiera estaba molesto con Dios, solamente demasiado débil, demasiado deteriorado para pedir ayuda.

Bajé al infierno. Pero incluso ahí encontré a Jesús. Cuando no podía orar, sabía que Jesús estaba haciendo lo que yo no podía hacer —Jesús estaba orando por mí. Hasta en el valle de las sombras, Jesús estaba conmigo.

Lenta, muy lentamente, me trajo del Borde. Lentamente empecé a comer de nuevo. Lentamente empecé a despertar y agradecer a Dios por la luz.

Ese año, 2014, fue mi *annus horribilis* —el año terrible. Por

mucho tiempo no quise hablar del asunto, ni siquiera quería pensarlo.

Entonces, seis meses atrás, Noelene y yo estábamos sentados en nuestro restaurante favorito cuando un pensamiento me vino como un rayo: deberías de estar agradecido a Dios por tu *annus horribilis*. ¿Qué? ¿Agradecerle por un año desastroso?

¡Sí, sí, sí! ¡Piensa en lo que Dios te dio durante ese año!

Tantas cosas —tan personales que lo encontraba difícil de poner en palabras.

Primero, no tengo miedo ahora de morir. He estado en el Borde. He visto del otro lado del Borde al Abismo. Y, mis amigos, no es tan malo. Jesús estaba ahí. Está ahí hasta cuando te sientes tan débil, tan terrible que no puedes siquiera hablar.

Segundo, puedo ver claramente ahora; se fue la lluvia. Tantas cosas que me molestaban, que me impacientaban —no valen un comino. Todas esas bagatelas que me hacían sudar —son nada, absolutamente nada.

Solamente una cosa importa. Únicamente una persona importa —Jesús.

Jesús, solamente Jesús.

La iglesia es importante pero, cuando has estado en el Borde, lo único que importa es Jesús.

Las doctrinas son importantes, pero se esfuman cuando has estado en el Borde. Hay solamente una doctrina que importa —Jesús.

Así que, amigos, puedo decir: «Gracias, Padre, por mi *annus horribilis*», y decirlo con sinceridad.

De una forma extrañamente nueva, me siento liberado. Soy una persona sensitiva y siempre me ha preocupado (¡demasiado!) lo que los demás piensan y dicen de mí.

Sigo siendo sensitivo, pero he sido liberado. Cuando has estado en el Borde, sales sabiendo que solamente la aprobación de Uno vale la pena —Jesús.

¿No le gusta a alguien lo que predico? Lo siento, pero hablé lo que Jesús puso en mi corazón, eso es lo que importa.

¿Alguien objeta de lo que escribo? Está bien, escribo solamente después de consultar con mi Señor y él es a quien procuro honrar.

¡Gracias a Dios por el Borde!

¡Gracias a Dios por Jesús, el Señor del Borde!

Jesús, solamente Jesús, es todo lo que necesito, todo lo que deseo ahora y para siempre.

Recientemente encontré una maravillosa declaración de Elena White: «Vas a salir de la tumba sin nada, pero si tienes a Jesús lo vas a tener todo. Él es todo lo que vas a requerir para pasar la prueba en el día del Señor, ¿no es eso suficiente para ti?» (Ms 20, 1894).

Jesús —es suficiente para mí.

Jesús es mi Suficiente.

Ahora.

Para siempre.

CAPÍTULO DIEZ

Unidad: ¿De arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba?

Yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí.

—Juan 17:23, NVI

COMO EDITOR DE LA *ADVENTIST REVIEW* trabajé directamente bajo tres presidentes de la Conferencia General. Mis jefes, ante quienes me reporté, fueron en orden: Neal C. Wilson, Robert S. Folkenberg y Jan Paulsen. Llegué a conocerlos muy estrechamente, pasando muchas horas en total no solamente discutiendo las actividades de la revista de la iglesia

sino también los desarrollos y las preocupaciones de la iglesia.

Puedo asegurar que para los tres presidentes el objetivo principal era la preservación de la Iglesia Adventista del Séptimo Día mundial. Somos una hermandad tan diversa y tan dispersa, una maravillosa conglomeración de «toda nación, raza, lengua y pueblo» (Apocalipsis 14:6). ¿Cómo mantener a la familia —esta familia proveniente de más de 200 naciones— unida? Es un desafío enorme.

Hemos existido por más de 140 años y seguimos unidos. Es una obra del Señor y solamente suya. Hemos crecido y nos hemos regado por el mundo, pero seguimos unidos. De una forma que los cristianos de otras iglesias difícilmente pueden comprender, estamos unidos por lazos de amor y aprecio. Puedes salir de un avión en Bombay o Buenos Aires, Londres o Lagos, y encontrar personas completamente nuevas para ti —pero adventistas— e inmediatamente te sientes seguro, te sientes en casa entre ellos.

Esa unión es preciosa, pero también es frágil. Que nunca hagamos cosa alguna que la ponga en peligro.

Aunque nuestros miembros son casi 20 millones, nos hemos mantenido sin dividirnos. En dos ocasiones durante nuestra historia los cielos se tornaron oscuros amenazando a un desastre inmediato, pero el Señor nos condujo a salvo a través de la tormenta.

La primera crisis de la unidad surgió a principios del siglo XX. En el centro de la misma estaba el brillantemente famoso y mercurial doctor John Harvey Kellogg quien había establecido a su alrededor un mini-imperio con el Sanatorio de Battle Creek como su obra maestra; contaba con más seguidores que la Conferencia General bajo el liderazgo de Arthur G. Daniells. Kellogg tenía algunas ideas aberrantes pero el tema central era control —control sobre el ministerio médico y la participación de la iglesia. Kellogg even-

tualmente siguió por su camino, llevándose al Sanatorio y a una gran cantidad de sus seguidores. La iglesia disminuida, batalló, se recuperó y prosiguió adelante. Los sueños de Kellogg se vinieron al suelo en la década de 1930 cuando el Sanatorio no pudo mantener sus pagos y pasó a manos de sus acreedores.

La segunda amenaza a la unidad surgió en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Los líderes de la iglesia, entusiasmados por el fervor nacionalista presentado por el Káiser Wilhelm II, comprometieron los principios adventistas de no involucrarse con el estado. La iglesia se dividió: los miembros que no pudieron seguir las acciones de sus líderes formaron la Iglesia Adventista del Séptimo Día Reformada, que continúa hasta la actualidad, aunque muy pequeña, con unos 35,000 miembros alrededor del mundo mientras que la Iglesia Adventista añade más de un millón de miembros nuevos cada año.

Los ominosos desarrollos actuales amenazan con fracturar nuestra preciosa unidad ante lo cual muchas veces expresan su preocupación. El 4 de octubre de 2016 los líderes de la Unión Noruega, en una declaración distribuida a través de su página Web advirtieron: «Nunca antes en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día hemos estado tan al borde de una separación mayor en la iglesia».

¿Qué llevó a los administradores noruegos a esa conclusión? Los eventos recientes que se presentaron durante el Concilio Anual de 2016.

Un concilio trascendental

Aunque no trato de estar al día con los eventos en las oficinas generales de la iglesia —tuve ocasión de hacerlo y me conformo

con quedarme con los brazos cruzados y dejar que otros atiendan a tales cosas— por algún tiempo he estado escuchando rumores inquietantes. Los rumores insinuaban que los líderes de la iglesia mundial estaban haciendo planes para actuar contra las Uniones «desobedientes», las que continuaban ordenando mujeres al ministerio. Aunque varias uniones en Europa han votado tomar pasos dirigidos a poner a los hombres y las mujeres en el mismo nivel en el ministerio —siendo todos o ninguno comisionados— los líderes de la Conferencia General tenían en sus miras a dos uniones en la División Norteamericana —la Columbia Union en el este y la Pacific Union en el oeste.

No me sorprendió que las actividades de esas dos uniones disgustasen a algunos en las oficinas generales. Lo que empecé a oír, sin embargo, sonaba tan inimaginable que me rehusaba a tomarlo en serio. Se rumoraba que la Conferencia General estaba contemplando, de ser necesario, desbandar el liderazgo de esas uniones y ponerlas bajo el control directo de la Conferencia General. La Conferencia General pondría después a otros dirigentes en su lugar, quienes revocarían las acciones votadas por los comités de las uniones autorizando la ordenación de las mujeres.

No quería creer que fuese cierto. Era algo de otro mundo, una pesadilla, esa no era la Conferencia General donde trabajé por 26 años.

Estaba equivocado. El Concilio Anual de 2016 demostró que los rumores no eran cosa de locos: los líderes de la Conferencia General habían determinado llamar la atención de la Pacific y Columbia Union amenazando con recurrir a la «opción nuclear» —quedarse a cargo de las uniones.

Quedé estupefacto. Todavía lo estoy. He perdido muchas horas

de sueño por los terribles resultados de ese plan tan descabellado. Creo que las graves conclusiones de nuestros líderes en Noruega estaban en lo correcto.

A lo largo de mi ministerio de más de 60 años siempre he apoyado a nuestro liderazgo. He tomado muy en serio el consejo bíblico: «Acuérdense de sus dirigentes, que les comunicaron la palabra de Dios... Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos, pues cuidan de ustedes como quienes tienen que rendir cuentas» (Hebreos 13:7, 17, NVI). Pero me encuentro ahora en el incómodo papel de llamarles la atención. Preferiría quedarme callado, guardarme mis reservas, pero no puedo hacerlo. Un día, quizá pronto, estaré ante el Señor para dar cuenta por mis palabras —o la falta de las mismas. En ese día no va a importar si alguien en la Conferencia General o en cualquier otra parte se molestó por algo que escribí. Jesús, solamente Jesús —es mi Jefe.

¿Por qué estoy estupefacto? Porque el curso de acción que los líderes de la Conferencia General están contemplando —y lo sabemos ahora no por los rumores sino por sus propios documentos— es inapropiado. Inapropiado desde todo ángulo que se le vea. Inapropiado en su teología. Inapropiado en su historia. Inapropiado en su política. Inapropiado en su espíritu. Es más papal que Adventista del Séptimo Día. Va en contra de la vida y las enseñanzas de Jesús, quien nos enseñó: «Como ustedes saben, los que se consideran jefes de las naciones oprimen a los súbditos, y los altos oficiales abusan de su autoridad. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de todos. Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos

10:42-45, NVI).

¡Esas son palabras fuertes! Quiero compartir por qué llegué a esta conclusión. Voy a ir directo al grano, centrándome en los puntos principales involucrados. Se reducen a estos tres: la ordenación de las mujeres, el papel de las uniones y la autoridad de la Conferencia General.

La ordenación de las mujeres —realidad o ficción

Para algunos adventistas que se oponen a la ordenación de las mujeres, el curso de acción propuesto por la Conferencia General tiene sentido. Algunos pueden argumentar que los líderes deberían de tomar tal acción y sin dilatarse porque las Uniones en desacato están en «rebelión». El razonamiento es sencillo: tres Sesiones de la Conferencia General (1990 en Indianápolis, 1995 en Utrecht y 2016 en San Antonio) votaron en contra de la ordenación de las mujeres. Las acciones de las Sesiones de la Conferencia General representan la voluntad de Dios; por lo tanto, quienes se rehúsen a acatar la decisión de la Sesión están demostrando su oposición a la voluntad de Dios.

¿Sencillo? No tan sencillo.

Esta es la realidad en relación a la ordenación de las mujeres:

Primero, la ordenación de las mujeres nunca ha sido prohibida por una Sesión de la Conferencia General. Las discusiones principales sobre este tópico se celebraron durante la Sesión de 1990, cuando una amplia y larga discusión se llevó a cabo, durando más de dos días para que todo aquel que deseara expresar su opinión fuese escuchado. La acción tomada no expresó desaprobación de la ordenación de las mujeres sino que destacó una falta de consenso y, en beneficio de la unidad, estipuló que la iglesia no pro-

cedería hacia delante en ese momento. En las Sesiones de 1995 y 2016 el tema de la ordenación misma no fue considerado; lo que se presentó fue la opción de permitir a cada División decidir por sí misma tomando en cuenta su misión.

Segundo, el tema de la ordenación no es parte de las 28 Creencias Fundamentales de los Adventistas del Séptimo Día ni lo ha sido nunca. Las Uniones que han ordenado a mujeres no se han apartado de las doctrinas básicas de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Ciertamente se puede argumentar persuasivamente que esas uniones de hecho están acatando las Creencias Fundamentales porque la No. 14, «Unidad en el cuerpo de Cristo», contiene lo siguiente:

«En Cristo somos una nueva creación; las diferencias de raza, cultura, educación y nacionalidad, entre encumbrados y humildes, ricos y pobres, hombres y mujeres, no deben causar divisiones entre nosotros».

Tercero, desde los días de los pioneros la iglesia confió el asunto de quién puede ser ordenado a los niveles locales (Conferencias y Uniones) en lugar de la Conferencia General. Aunque algunos disputan esta interpretación de nuestra historia, varios eruditos adventistas, incluyendo al historiador George Knight, han estado de parte de las Uniones y no de parte de la Conferencia General. Vamos a tomar este punto de nuevo en la siguiente sección, en la que vamos a considerar la política de la iglesia.

Cuarto, para quienes propugnan que la ordenación de las mujeres es cuestión de conciencia —reconocimiento de la igualdad otorgada por el Creador a las mujeres y a los hombres. Como fieles Adventistas del Séptimo Día se sienten obligados ante Dios a obe-

decer su conciencia en lugar de una política de la iglesia cuando esa política está en conflicto con su conciencia.

Por esa razón, un tema que toca el centro de la identidad adventista, parte de nuestro ADN, no puede ser resuelto al imponer un mandato de arriba hacia abajo. Cualquier adventista digno de ese nombre sabe que la conciencia debe estar sobre la política. Me asombra que los líderes en Silver Spring, el asiento del Departamento de Asuntos Públicos y Libertad Religiosa y seno de la Asociación Internacional de la Libertad Religiosa, no hayan captado ese factor esencial en la dinámica.

Pero, ¿qué de quienes están del otro lado, cuya conciencia les lleva a oponerse a la ordenación de las mujeres? ¿Su conciencia no cuenta?

Por supuesto. La Biblia presenta una salida a este dilema en el que la conciencia de uno se opone a la conciencia de otro. Pablo nos ha mostrado cómo proceder en su carta a los cristianos en Roma. En sus escritos encontramos que los seguidores de Jesús estaban divididos sobre el tema de la comida. Algunos consideraban que su conciencia los llevaba a comer solamente vegetales mientras que otros, sin embargo, tenían una conciencia tranquila al ser carnívoros. ¿Cuál fue el consejo de Pablo? Respetar la conciencia de cada creyente en Cristo; no tratar de imponer una práctica uniforme (ver Romanos 14:1-23).

La única solución bíblica para los Adventistas del Séptimo Día es permitir que cada División de la iglesia mundial decida qué es lo mejor para su ministerio en su territorio.

Quinto, las circunstancias de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en China se burlan de la posición oficial de prevenir la ordenación de las mujeres. Los adventistas contamos con una iglesia

enorme y creciente en China que es pastoreada por miles de mujeres. Al terminar su entrenamiento en el seminario establecido por el gobierno, son ordenadas.

Si la ordenación de las mujeres va en contra de las normas de la iglesia a tal grado que se debe tomar una acción drástica contra la Unión del Pacífico y la Unión de Columbia, ¿cómo puede la Conferencia General guardar silencio en cuanto a la situación en China? Argumentar que las circunstancias especiales prevalentes en China requieren adaptación a los requisitos del estado es obviamente insatisfactorio. Si la ordenación de las mujeres es estar en desacato con algo fundamental a las creencias y prácticas de los Adventistas del Séptimo Día, se debería de hacer un llamado a nuestros creyentes en China para que expresen su oposición, manteniéndose firmes como si, digamos, el estado les requiriese que cambiasen el día de culto de sábado a domingo.

Sexto, la forma como la Sesión de San Antonio lidió con el tema de la ordenación de la mujer pone en duda la precisión del voto. Me preocupan dos aspectos de San Antonio: la falla en destacar el papel de las mujeres pastores en China y la falla en presentar a la Sesión un informe de la comisión establecida específicamente para investigar el asunto. La comisión, de composición internacional, se reunió en varias ocasiones en largas discusiones. Cientos de miles de dólares han de haber sido gastados en viajes y en hospedaje para sus miembros. Llegó a la misma conclusión que llegó la comisión de los 70 —fue imposible llegar a un consenso ni los escritos de Elena de White ni la Biblia tratan directamente con el tema. La iglesia, por lo tanto, necesita acoplarse a ambos puntos de vista.

¿Por qué no fue compartida esa información durante la Sesión en San Antonio? A primera vista pareciera que se trató de reprimir

el voto a favor de la ordenación de la mujer.

El proceso de voto dejó mucho que desear. Se instaló un sistema electrónico, de nuevo con un gasto considerable, para asegurar que la votación se mantuviese confidencial. Cuando quienes desarrollaron el sistema lo pusieron a prueba, trabajó a la perfección; pero surgieron argumentos en contra de su exactitud y el sistema nunca fue usado.

Todavía más perturbador es la alegación de que los delegados fueron presionados a votar «No». Me llegaron algunos de esos informes pero tendí a pasarlos por alto. Sin embargo, en el documento sobre el papel de las Uniones escrito varios meses antes del Concilio Anual de 2016, el reputado historiador George Knight señaló: «Es reportado ampliamente que a los delegados de por lo menos dos Divisiones en dos continentes se les dijo en términos nada inciertos cómo votar en asuntos como la ordenación de la mujer, sabiendo que se expondrían a un tratamiento severo si votaban de otra manera» (“The Role of the Union Conferences in Relation to Higher Authorities”,¹ p. 15).

Teniendo en cuenta esos antecedentes, no puedo aceptar que el voto en San Antonio haya resuelto el tema de la ordenación de la mujer.

Finalmente, cualquier atentado de parte de los líderes de la Conferencia General a tomar a su cargo las Uniones del Pacífico y Columbia está destinado al fracaso. La gente eligió a sus líderes; la gente aprobó sus planes de ordenar a mujeres. No estoy muy relacionado con la iglesia en Noruega y en otras Uniones que están a favor de la ordenación de la mujer pero no me sorprendería si no reaccionaran negativamente con la misma pasión.

¹El papel de las Uniones en relación a las autoridades superiores.

¿Qué estaban pensando los líderes de la Conferencia General para salir con la «opción nuclear»? ¿Tienen sus oídos sintonizados con el campo para escuchar a la gente, no solamente a quienes apoyan esa acción tan drástica?

Aunque la estratagema de la opción nuclear tuviese éxito, es necesario considerar sus repercusiones. Inevitablemente se llevaría a cabo una ruptura, una parte de la iglesia se sometería a los dictados de la Conferencia General y otra parte rehusaría someterse. El impacto en la Tesorería de la Conferencia General sería desastroso; estaría en peligro la estructura financiera de la iglesia mundial.

¿Qué motivó a nuestros líderes? ¿Estuvieron motivados por una compulsión a purificar la iglesia a cualquier costo? ¿Estuvieron obsesionados con preservar la autoridad de la Conferencia General? No tengo idea, estoy desconcertado.

Vamos a considerar ahora la relación de las Uniones con la Conferencia General.

El papel de las Uniones

Existe una deliciosa ironía en los esfuerzos recientes de la Conferencia General por hacer que las Uniones en desacato entren en línea. Es esta: la razón principal para haber establecido Uniones fue para proveer un freno al uso excesivo del poder por la Conferencia General. Ahora el zapato está en el otro pie.

Durante los primeros 40 o 50 años de nuestra existencia los Adventistas solamente contaban con dos niveles de estructura —las Conferencias y la Conferencia General. Conforme el movimiento creció y se expandió a áreas fuera de Norteamérica, los problemas administrativos se tornaron más agudos. La Conferencia General en Battle Creek, consistiendo de un grupo pequeño de hombres,

microgestionaba la obra en su creciente totalidad. Eso significaba que los líderes en las conferencias locales tenían que esperar semanas y meses para obtener una decisión de las oficinas generales. Era una organización insostenible.

Al mismo tiempo quienes controlaban a la iglesia desde la cabina de Battle Creek se tornaban cada vez más autocráticos: se otorgaban autoridad a sí mismos. Elena de White no aprobaba lo que estaba sucediendo. Desde su «exilio» en Australia escribió mensajes cada vez más críticos en contra del «poder de rey» usado por la Conferencia General. No escatimaba en el uso de palabras: solicitó que fuesen quitados de sus puestos de liderazgo quienes estaban borrachos de poder.

Las Uniones surgieron de esos antecedentes. La primera fue establecida en el campo australiano en el que A. G. Daniels era su presidente y Elena de White estaba en residencia. Algunos líderes se opusieron decididamente al experimento; sin embargo, pronto demostró sus ventajas dado que las decisiones importantes podían ser asumidas por la gente en el campo.

Al regresar a América en 1990, Elena de White apeló para que se llevase a cabo una reorganización mayor de la iglesia: el papel autocrático de la Conferencia General sería terminado al establecer un nuevo eslabón entre las Conferencias y la Conferencia General —las Uniones. Los líderes en todos los niveles, especialmente en la Conferencia General, habrían de guiar a la iglesia con humildad sin ejecutar una autoridad despótica.

Después de muchas reuniones, la Sesión de la Conferencia General de 1901 implementó esos cambios. Elena de White estaba extática. Los asistentes a la Sesión estaban tan determinados a cambiar la tendencia al poder de rey que el nuevo líder de la

Conferencia General, A. G. Daniels, fue ahora designado como «director»² en lugar de presidente —un arreglo que permaneció solamente por dos años, después de los cuales la iglesia volvió a la estructura presidencial.

Tanto los líderes de la Conferencia General como de las Uniones están de acuerdo en cuanto al origen y el propósito de la introducción de las Uniones. Pero, ¿qué de la responsabilidad de cada una, específicamente vis-a-vis el tema de la ordenación? Es aquí donde divergen las interpretaciones de la historia y la política. Los líderes de las Uniones pueden señalar a declaraciones categóricas en la política que especifican que los niveles inferiores de la iglesia (inicialmente las conferencias y más tarde las uniones) son responsables de cuestiones como la ordenación, incluyendo quiénes pueden y no pueden ser ordenados. La Conferencia General considera esas políticas desde otro ángulo, argumentando que son ellos, no las Uniones, quienes se adjudican la autoridad de la ordenación.

Varios eruditos adventistas, notablemente Gary Patterson (“Does the General Conference Have Authority?”)³ y Gerry Chudleigh (“Who Runs the Church? Understanding the Unity, Structure and Authority of the Seventh-day Adventist Church”, 2013)⁴ han escrito detallados documentos de investigación tomando el bando de las Uniones. La Conferencia General se ha opuesto vigorosamente al razonamiento y las conclusiones de esos estudios. Recientemente, sin embargo, el destacado historiador adventista George R. Knight ha presentado su propio estudio de la historia y

²En inglés el título es «chairman» que, en el mundo de los negocios, recibe el título de «presidente» en español.

³¿Tiene autoridad la Conferencia General?

⁴¿Quién dirige la iglesia? Comprendiendo la unidad, estructura y autoridad de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

las políticas (“The Role of Union Conferences in Relation to Higher Authority”).⁵ Concluye que la información señala a que tanto Patterson como Chudleigh tienen razón.

Como mínimo, podemos concluir que la defensa de la Conferencia General en relación a su autoridad de poner a las Uniones en línea no es tan sólida como se pretende y que en realidad sea cuestionable.

La reacción de la Unión Noruega

Los planes desarrollados por la Conferencia General desataron una tormenta. Líderes y laicos, de varios países, profundamente preocupados expresaron alarma y urgieron una reconsideración prudente antes de tratar de disciplinar a las uniones consideradas en desacato. Los líderes de la Unión Noruega prepararon una respuesta clásica, que amerita una consideración seria y fervorosa por todos los adventistas. La incluyo aquí en su totalidad.

El documento «A Study of Church Governance and Unity»⁶ publicado recientemente por la Secretaría de la Conferencia General afirma estar buscando el desarrollo de la unidad en la Iglesia Adventista del Séptimo Día. El documento tiene numerosas debilidades y es probable que contribuya a dividir la iglesia sobre los temas de la igualdad para las mujeres en el ministerio. Un intento de obligar a las Uniones a cumplir con los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos de la Conferencia General es probable que dé inicio a una serie de eventos incontrolables e impredecibles.

⁵El papel de las Uniones en relación a las autoridades superiores.

⁶Un estudio del gobierno y la unidad de la iglesia.

Sobresimplificación

Un importante problema del extenso documento de la Secretaría es que sobresimplifica el tema bajo consideración: el enfoque de la Iglesia Adventista sobre la ordenación de la mujer. La presuposición básica sobre la cual se basan todos los argumentos del documento es esta: la unidad solo puede alcanzarse al conseguir que las Uniones «desviadas» estén en línea con los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos de la Conferencia General.

Es entendible que la Secretaría de la Conferencia General, cuya función es asegurarse de que las entidades adventistas sigan los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos, escriba solo en términos de obediencia a los reglamentos, pero es una sobresimplificación peligrosa basada en consideraciones pragmáticas, en vez de morales y espirituales.

Las Uniones que han ordenado mujeres pastoras o que han dejado completamente de ordenar pastores, lo hacen porque están convencidas de que la Biblia les dice que deben tratar a hombres y mujeres de manera igual. Sus decisiones no están basadas en política, sino en una obligación bíblica, moral y espiritual.

El documento no toma en cuenta apropiadamente el entendimiento teológico que ha motivado a las Uniones a un curso de acción diferente de las estipulaciones de los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos. Este fracaso en entender esto significa que el documento en realidad no proporciona las bases para la unidad, sino más bien lo contrario.

La obra del Comité de Estudio de la Teología de la Or-

denación (TOSC por sus siglas en inglés) terminó al presentar dos comprensiones opuestas del material bíblico sobre la ordenación de la mujer. Cuando un estudio de la ordenación de la iglesia mundial concluye que ambos puntos de vista son legítimos, es fútil invocar los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos para negar esa diversidad.

Diversidad

La sección III del documento discute «La diversidad, la unidad y la autoridad» y declara: «En la Biblia, la diversidad es una cualidad positiva, no negativa» (p. 10). Lo mismo sucede en los escritos de Elena de White. El documento continúa haciendo la pregunta de cómo se deben definir los límites de la diversidad. La Secretaría propone el principio de que las decisiones sobre los límites de la diversidad deberían ser definidos «colectiva y colaborativamente, no unilateralmente» (p. 12).

El documento analiza la iglesia primitiva en Jerusalén (Hechos 15) diciendo que «es significativo casi tanto por sus procedimientos como por la decisión teológica que se alcanzó» (p. 13). El documento ignora el hecho de que hay dos factores importantes para el éxito de la decisión en el Concilio de Jerusalén. Un factor fue la manera en que el Espíritu Santo llevó a la iglesia a aceptar posiciones que previamente eran impensables, al mismo tiempo en que trabajó poderosamente entre los gentiles. En el concilio, Pedro contó cómo se le había pedido que visitara a Cornelio, mientras que Pablo y Bernabé relataron acerca de su obra entre los gentiles. El segundo factor importante fue el va-

liente liderazgo de los apóstoles al guiar a la iglesia a una interpretación completamente nueva de la Escritura, dando lugar a diferentes prácticas en la iglesia.

En el Antiguo Testamento, Dios había prescrito una manera de adoración y debido a su interpretación literal de la Escritura, los judíos habían llegado a la conclusión de que «era improbable que [Dios] autorizara alguna vez un cambio en cualquiera de sus detalles» (Los hechos de los apóstoles, p. 154). Incluso el liderazgo de la Iglesia ayudó a los miembros a tener una visión más amplia. Elena de White dice que «la existencia misma de la Iglesia» dependía de esta decisión (Los hechos de los apóstoles, p. 156).

En el Congreso de la Conferencia General de 2015 en San Antonio, la Iglesia Adventista del Séptimo Día decidió negar el principio que guio al Concilio de Jerusalén y lo llevó al éxito. La obra del Espíritu Santo mediante las pastoras en China no fue mencionada. Los delegados decidieron en contra de la diversidad en la práctica de la ordenación. Previamente, en los años en que el TOSC hacía su trabajo, los líderes de la Conferencia General habían seguido un silencio conspicuo acerca de cómo manejar la diversidad. La Conferencia General se comportó muy diferente de los apóstoles en el concilio de Jerusalén, ya que no proporcionó ningún liderazgo a la iglesia en un asunto muy divisivo. Creemos que el liderazgo de la Conferencia General debe tomar responsabilidad por sus fracasos en alcanzar una decisión que provea la posibilidad de que diferentes prácticas existan armoniosamente, lado a lado, dentro de la iglesia. Debido al «voto no» en San Antonio, estamos en

una situación mucho más difícil que en la que estábamos antes de San Antonio.

La necesidad por un liderazgo que lidere

La cuestión de la ordenación de pastoras ha sido indudablemente el asunto más difícil y divisivo que la Iglesia Adventista del Séptimo Día ha enfrentado en las décadas recientes. Al enfrentar asuntos divisivos, la iglesia necesita de un liderazgo competente. Sin embargo, el presidente de la Conferencia General no ha hecho ningún intento de crear espacio para que a las divisiones y Uniones se les permita ordenar mujeres. El TOSC no había descartado ninguno de los puntos de vista presentados como ilegítimos. Por lo tanto, los líderes de la Conferencia General tenían la obligación de dejar de lado sus convicciones personales y trabajar por una solución unificadora.

A la Conferencia General se le pidió repetidamente que diera una recomendación a los delegados del congreso de San Antonio. Incluso muchos miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia General les rogaron a los líderes en el Concilio Anual del 2014 que les dieran una guía a los delegados. Los líderes se negaron. El fracaso en crear espacio para puntos de vista diferentes sobre la ordenación de las mujeres al ministerio fue un grave error.

El Pastor Wilson dejó en claro su oposición personal a la ordenación de la mujer, pero nunca intentó solucionar la situación al exigir una solución que ayudara a ambos lados. Si la unidad era un punto importante en la agenda de los líderes de la Conferencia General, no usaron la oportunidad

más obvia para crearla.

El documento de estudio publicado por la Secretaría de la Conferencia General no dice una sola palabra acerca de la obligación de los líderes de la Conferencia General de resguardar la unidad al crear espacio para prácticas diferentes. Este es uno de los principales problemas del documento.

El diálogo es mejor que la confrontación

Josué 22 relata una historia que muestra el valor del diálogo ante políticas diferentes. Después de la conquista de Israel, el relato en Josué 22, describe cómo algunas tribus escucharon que las dos tribus y media que ocuparon la tierra del otro lado del Jordán habían levantado un altar. Los israelitas se reunieron para una guerra contra las dos tribus y media. Ellos no tolerarían que se desobedecieran las reglas.

Sin embargo, después de que algunos representantes hubieran hablado con los líderes de las dos tribus y media, la situación se solucionó. La guerra fue evitada. El altar no autorizado fue aceptado.

Elena de White comenta sobre este tema:

«¡Cuán a menudo provienen serias dificultades de una simple interpretación errónea, hasta entre aquellos que son guiados por los móviles más dignos! Y sin el ejercicio de la cortesía y la paciencia, ¡qué resultados tan graves y aun fatales pueden sobrevenir!» (*Patriarcas y profetas*, p. 496).

Ella continúa extrayendo lecciones de gran importancia y relevancia para la Iglesia Adventista del Séptimo Día

en su actual crisis:

«Muchos que son muy sensibles a la menor crítica dirigida contra su propio comportamiento, dan, sin embargo, un trato excesivamente severo a las personas a quienes consideran en el error. La censura y el oprobio no lograron jamás rescatar a nadie de una opinión falsa, sino que más bien han contribuido a alejar a muchos del camino recto, por haberlos inducido a endurecer su corazón para no dejarse convencer. Un espíritu bondadoso y un comportamiento cortés, afable y paciente pueden salvar a los descarriados y ocultar una multitud de pecado.

»La prudencia manifestada por los hijos de Rubén y sus compañeros es digna de imitación. [...] Los que son movidos por el espíritu de Cristo poseerán la caridad, que todo lo soporta y es benigna» (*Patriarcas y profetas*, p. 497).

Esta es la clase de actitud necesaria para asegurarnos de que la Iglesia Adventista del Séptimo Día permanezca unida. Solo las acciones que muestren los frutos del espíritu traerán verdadera unidad entre el pueblo de Dios «mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley» (Gálatas 5:22-23).

Evaluación de los posibles resultados

Se ha dado a conocer que la Conferencia General está trabajando en un documento delineando la manera de disciplinar las Uniones que obedecen las políticas. Información proveniente de la Conferencia General indica que los líderes de la iglesia quieren usar una presión consider-

able para conseguir que las Uniones estén en línea con los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos.

Hemos visto que pocos de los documentos presentados por la Conferencia General al Comité Ejecutivo contienen alguna evaluación de los posibles escenarios resultantes. Por lo tanto, es importante preguntarnos, ¿cuáles son las implicaciones del fracaso de los líderes de la iglesia en considerar las posibles respuestas a las proposiciones en el presente documento?

Hemos notado anteriormente que el documento «Un estudio del gobierno de la iglesia y la unidad» está sobresimplificando el asunto. Cualquier pensamiento en línea con que el Comité Ejecutivo forzará a las Uniones a ponerse en línea, es demasiado optimista. El mayor problema con este pensamiento es que la Conferencia General está apelando a los reglamentos, pero para las Uniones en cuestión, esto es un tema de un mandato bíblico y moral.

En una confrontación de este tipo, la Conferencia General está condenada a perder. Somos Adventistas del Séptimo Día. Conocemos de memoria Hechos 5:29 «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres».

Aquí hay algunos de los posibles resultados que deben ser considerados:

1. Las Uniones aceptarán el pedido de seguir los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos de la Conferencia General. Probablemente esto es lo que la Conferencia General pretende que pase. Sin embargo, es un resultado improbable, dadas las obligaciones bíblicas, morales y, en algunos casos, legales que algunas Unio-

- nes sienten de tratar a hombres y mujeres como iguales.
2. La Conferencia General intentará reemplazar a los líderes de las Uniones que no obedecen los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos. Una acción de este tipo seguramente se encontrará con una oposición fuerte, y puede ser imposible de lograr ya que las acciones de las Uniones son una expresión de las convicciones de sus miembros de iglesia.
 3. La Conferencia General perderá credibilidad en grandes segmentos de la membresía debido a la manera de manejar la situación.
 4. La Iglesia se podría dividir. Las Uniones afectadas podrían cortar sus conexiones con la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Un efecto dominó puede seguir a esto, con otras Uniones dejando la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Al intentar forzar a las Uniones, una serie de eventos incontrolables e impredecibles se desarrollarán.

La probabilidad de dividir la iglesia al votar duras medidas contra las Uniones que no obedecen completamente los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos es considerablemente más alta que la probabilidad de alcanzar la unidad soñada. Ese debe ser un pensamiento en la mente de cada persona involucrada, particularmente en los miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia General.

Siempre hay más de una opción

El documento «Un estudio del gobierno de la iglesia y de la unidad», publicado por la Secretaría de la Conferen-

cia General, da la impresión de que la obediencia de las uniones es la única solución a los problemas actuales.

Sin embargo, en cualquier situación siempre hay varias opciones. Líderes con discernimiento siempre intentarán presentar varias opciones cuando se enfrentan a un asunto que no es una violación de las Creencias Fundamentales ni de ningún principio bíblico. Pensar que solo hay una sola opción disponible es muy peligroso para un Comité Ejecutivo que enfrenta una crisis.

Aquí hay algunas opciones posibles que pueden preservar mejor la unidad:

1. Dejar la situación tal como está. Continuar con diálogo genuino con todos los lados para encontrar soluciones viables.
2. Trabajar constructivamente hacia una solución saludable similar a Hechos 15 que le abra las puertas a la diversidad. Está dentro del poder del Comité Ejecutivo de la Conferencia General votar cambios al Reglamento Operativo de la Conferencia General que aseguren la unidad en la diversidad.
3. Crear una credencial inclusiva de género. Es la prerrogativa del Comité Ejecutivo de la Conferencia General crear nuevas políticas.
4. Descontinuar la ordenación en su forma actual. Especificar una simple oración de dedicación como la norma cuando las personas comienzan su ministerio en la Iglesia Adventista del Séptimo Día.
5. Archivar la propuesta y estudiar más profundamente el tema para encontrar otros medios de sanación.

Nunca antes en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día hemos estado tan cerca de una división de la iglesia. Ojalá que los líderes y miembros del Comité Ejecutivo mediten en su corazón las lecciones de Josué 22 y Hechos 15 y tomen decisiones sabias que verdaderamente fomenten la unidad en nuestra Iglesia, a pesar de nuestras diferencias.

Conclusión: ¿De arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba?

Para la Iglesia Católica Romana, la unidad fluye de arriba hacia abajo. Es una unidad impuesta, más bien uniformidad.

Históricamente para los Adventistas del Séptimo Día, la unidad fluye de abajo hacia arriba. El centro de nuestra iglesia no reside en Silver Spring, Maryland —sede de las oficinas de la Conferencia General— sino en cada congregación local alrededor del mundo.

Nuestra unidad no proviene de políticas establecidas por humanos sino del Espíritu Santo. «Yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí» (Juan 17:23, NVI), dijo Jesús. «Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz» (Efesios 4:3, NVI), recomendó el apóstol Pablo. Aquí, en la congregación local, es donde nos reunimos para cantar, orar, adorar, estudiar la Palabra y salimos vigorizados para contar a los demás acerca de Jesús —aquí es donde se lleva a cabo la unidad. Esta unidad fluye hacia la Conferencia local, a la Unión local, a la Conferencia General.

«La pregunta enfrentando a la denominación es ¿Qué tan católicos queremos ser?» dice George Knight en su estudio reciente. Concluye su contundente artículo señalando que «después de

115 años el adventismo todavía enfrenta las tentaciones católicas de ejercitar poder como rey y la autoridad de arriba hacia abajo».

En 2013 la Conferencia del Sudeste de California eligió con un margen improcedente en una sesión constituyente a una mujer como su presidente. Bajo su liderazgo la Conferencia ha crecido y prosperado financieramente. Pero cuando aparece ante el Concilio Anual, no hay un distintivo con su nombre, ni se le otorga el voto y la voz que reciben los otros presidentes. En el Anuario de la Iglesia Adventista del Séptimo Día aparecen los nombres de todos los presidentes alrededor del mundo, pero bajo la Conferencia del Sudeste de California aparece una línea en blanco.

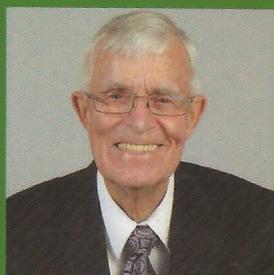
La Dra. Sandra Roberts fue elegida por la membresía de su Conferencia pero la Conferencia General rehúsa reconocerla —es como si no existiera.

¿De arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba?



Erudito, maestro, escritor, editor: William G. Johnsson ha sido una voz extraordinaria para los Adventistas del Séptimo Día durante más de 40 años.

Su actitud reflexiva y semejante a la de Jesús es un sello distintivo de una vida en servicio a la iglesia, documentado por cientos de editoriales y artículos y más de 20 libros. En esta obra coloca su perspectiva en las oportunidades y desafíos que enfrenta la iglesia en estos días, trayéndoos un libro acerca de los temas que encara el adventismo de una forma personal, cándida y, básicamente, esperanzada.



WILLIAM G. JOHNSSON es natural de Australia y obtuvo su Ph.D. en estudios bíblicos de Vanderbilt University. De 1975 a 1980 enseñó Nuevo Testamento en el seminario teológico adventista en Andrews University.

El Dr. Johnsson es mejor conocido para los lectores como el editor de la *Adventist Review*, puesto que tuvo de 1982 a 2006. Durante ese tiempo, Johnsson fue miembro de la Junta de Fideicomisarios del Patrimonio Elena White. Continuó también prosiguiendo su interés de toda la vida tratando de comprender las religiones mundiales y sirvió como asistente del presidente de la Conferencia General para relaciones interreligiosas. Los Johnssons viven en Loma Linda, California, y cuentan entre su mayor gozo a sus hijos adultos —Julie Johnsson, su hija y su hijo y su nuera, Terry y Renee Johnsson—lo mismo que dos nietas maravillosas.

 **OAK & ACORN**
PUBLISHING

ISBN 9781548309862



9 781548 309862

90000 >

